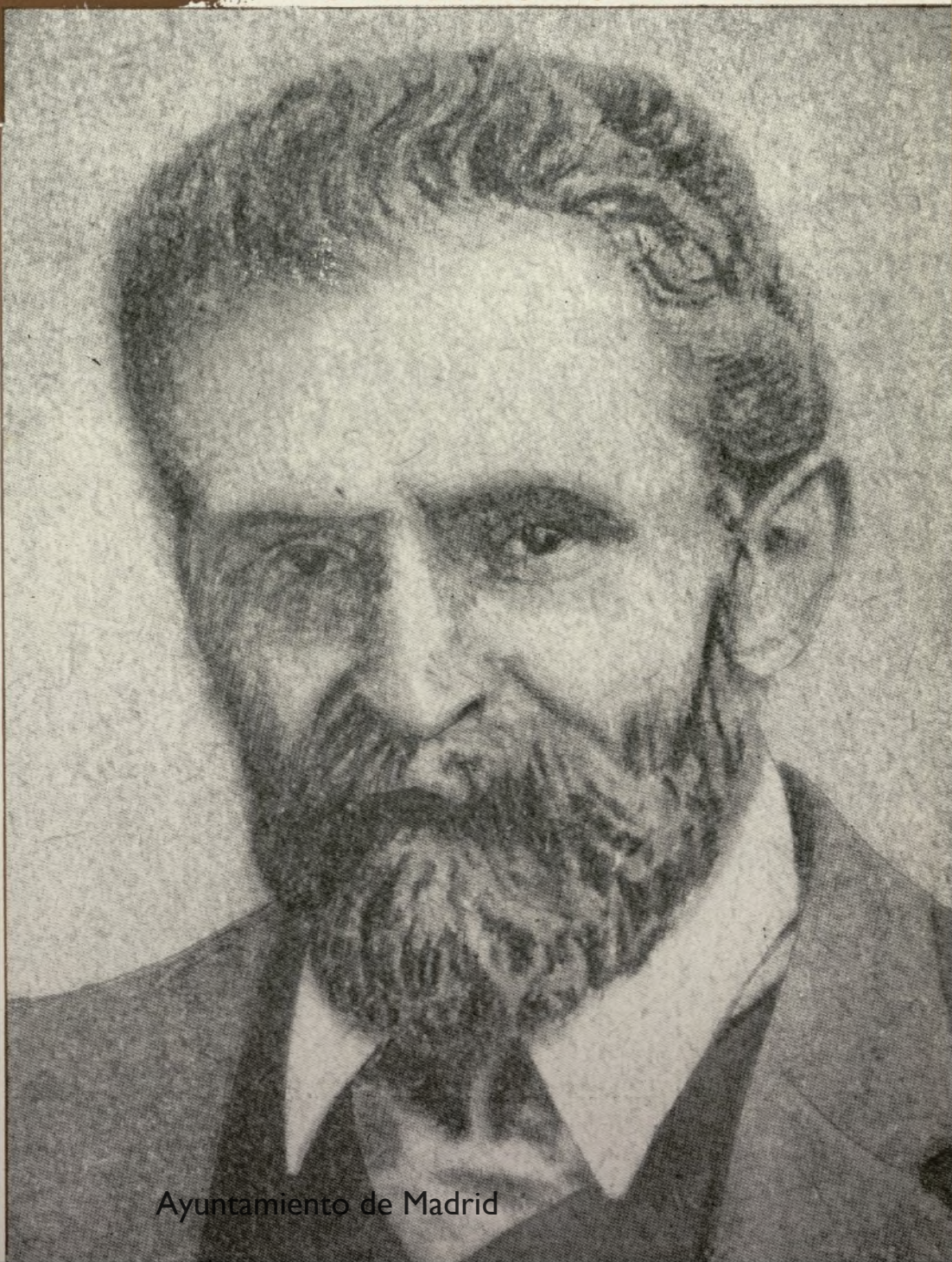


# GENIIT

*sociología —  
ciencia — literatura*



**Ugo Fedeli:** Algunos aspectos del pensamiento de Enrique Malatesta. — **Fontaura:** Malatesta o el prodigio de la voluntad. — **Bernardo Pou:** Malatesta: un hombre, un revolucionario y una época. — **Mariano Viñuales:** Salvador Díez Mirón. — **Benito Milla:** Factores de degradación social. — **G. Woodcock — Ivan Ivakoumovitch:** La muerte de Kropotkin. — **Puyol:** La ruta sin fin. Novela fantástica y real. — **Campio Cárpio:** Enseñanzas de la revolución. — **Francisco Frak:** Así en el cielo como en la tierra. — **U. F.:** Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana. — **J. Carmona Blanco:** Poemas de mar y tierra. — **Fritz Brupbacher:** Marx y Bakunin.



NOVIEMBRE  
1953

# 36

*Revista Mensual*

PRECIO: 80 FRs.

Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

Enrique Malatesta es posiblemente, entre los anarquistas modernos, el teórico que ha sabido sintetizar mejor la variedad de corrientes de la filosofía de la libertad. Dos cualidades destacan en su pensamiento: la sencillez y la profundidad. En este mismo número de CENIT el lector encontrará varios trabajos referentes a su personalidad y a su pensamiento. La gran familia anarquista internacional celebra en este mes de diciembre el Centenario de su nacimiento. Y nada más oportuno en esta época de confusión ideológica que divulgar las lecciones sencillas pero revestidas de una lógica irrefutable de nuestro Malatesta. Como incitación al examen del pensamiento malatestano esta celebración rebasa el marco banal de un recordatorio más. De lograr plenamente sus fines, la reactualización de la vida y pensamiento contemporáneos en su afanosa inquietud de buscar al caos ideológico presente es la única salida posible: la solución anarquista.

### LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENIT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



### ALGUNOS ASPECTOS *del pensamiento de* **ENRIQUE MALATESTA**



**N**ACIO Enrique Malatesta el 4 de diciembre de 1853, en Santa María de Capua, poco antes de realizarse la unidad de Italia, período de guerra de conquistas, de luchas incasantes. Falleció en Roma, a los 79 años, el 22 de julio de 1932, en plena época de dominación fascista. Su vida agitada corre parejas con un período turbulento de la historia.

Cúmplese, en el mes de diciembre de este año de 1953, el centenario de su nacimiento, por lo que se prepara en Italia una serie de actos conmemorativos de carácter diverso en los que intervendrán militantes y simpatizantes del anarquismo internacional.

Muchos de los conmemoradores querrán relatar su primer encuentro con Malatesta, episodios vividos con él, anécdotas que amenizarán y enriquecerán la historia malatestiana con matices insospechados. En verdad harán bien quienes acometan esta tarea, ya que recogiendo todos los materiales producidos se podrá colmar más de una laguna y esclarecer algún aspecto poco conocido de su vida.

Aunque yo—uno de los más jóvenes entre los viejos compañeros italianos—haya conocido a Malatesta y seguido de cerca sus actividades, no quiero detenerme a rebuscar en los recuerdos lejanos. En cambio, trataré de entresacar y ofrecer algunos de los aspectos de su pensamiento.

Ante todo debemos de reconocer que no es tarea fácil referirse al «pensamiento» de Malatesta, máxime si se tiene en cuenta que muchos—sobre todo aquellos que no le conocen a fondo, según me parece—piensan ante todo en el gran agitador que fué éste. Y lo hacen algunos con cierto temeroso recato, con lo que se tiende más bien a minimizar el valor del pensador sin aquilatarlo en ningún terreno con el necesario acierto. Es cuanto ocurre en cuanto a los

aspectos en que el pensamiento malatestiano puede considerarse original con respecto a los problemas de la vida y de las relaciones de hombre a hombre y entre éste y la sociedad.

Pero si en lugar de atenerse a un conocimiento superficial del hombre, contentándose con detalles de sentido anecdótico se procurara concentrarse un poco en su obra y seguirle en algunas de las exposiciones limpias y precisas que abundan en sus escritos, se llegaría a la conclusión inmediata de que él, el pensador, no era menos importante que el hombre de acción. Sobre todo si se tiene en cuenta que estos dos aspectos han sido sentidos y realizados—por Malatesta—en estrecha armonía, cosa que no sucede a menudo en otros pensadores de su temple.

En muy pocos pensadores que sean a la vez hombres de acción se da el caso de que acción y pensamiento se hallen tan ligados entre sí, que en ningún momento se puedan desconectar una del otro.

«¡Pensamiento y voluntad!» Esta es la divisa y en ella se hallaban los factores básicos de su obra. Y el último esfuerzo de su vida laboriosa, realizado cuando el fascismo hacía dura la existencia a sus adversarios, la revista a la que dió tal nombre, «Pensiero e Volontá», es la síntesis del programa de toda su vida (1).

Indudablemente, Malatesta fué un hombre de acción, arriesgado y atrevido. Pero fué al propio tiempo un pensador original y el animador indiscutible de un movimiento de renovación social. Son ya varios los que intentan hoy hacer resaltar en la medida de lo posible, no ya el aspecto de su vida azarosa y aventurera, sino su vida de pensador, empezando por dar a conocer su pensamiento, siempre fresco y actual, a pesar de haberse expresado hace varios lustros.

Se han publicado varios volúmenes de Malatesta vertidos



a casi todas las lenguas corrientes. Sin embargo, no ha dejado ninguna obra voluminosa si se exceptúa su propia vida, que constituye en sí misma una obra verdaderamente completa, importantísima y llena de enseñanzas. En cambio, ha dejado una infinidad de artículos esparcidos en muchísimas publicaciones de los diversos países. Algunos de éstos, como «En el café» y «Entre campesinos», han sido traducidos a las lenguas más diversas y publicados en ediciones repetidas.

Se han publicado en italiano y en español series de sus escritos por las que pueden apreciarse su fondo y su medula (2). No llegan—ni con mucho—, a reunir la totalidad de sus trabajos, ya que actuó en países diversos, de distintas lenguas, y todos sabemos el trabajo que implica reunir el conjunto de una labor periodística tan profícua como la de Malatesta. Sería muy útil acudir a las ediciones conocidas para leer lo más granado y selecto de sus trabajos y poder meditar hondamente alrededor de éstos. Y tan útil había de ser para los trabajadores como para los estudiosos que deseaban adentrarse en el análisis de los fenómenos políticos y sociales. Justamente, sus escritos, claros, sencillos, enunciosos, nos servirán de guía en esta breve presentación de algunos de los aspectos de su pensamiento.

En su larga actividad de escritor, orador y propagandista, se vió inducido a profundizar en los problemas más variados y complejos, y a resolver las cuestiones más diversas, sobre todo en el curso de sus numerosas polémicas, en las que era constantemente maltratado por sus contradictores. Pero él replicó con tan particular don de gentes, con una delicadeza que no rehuía la severidad, lo que le diferenciaba tanto de los demás.

No encontramos nunca en Malatesta la pose doctoral y ampulosa. Huía de ésta siempre como se suele huir de toda cosa nociva. Sus deseos y finalidad eran dirigirse sobre todo a ciertas capas populares y hacerse comprender de éstas; al pueblo que sufre y que labora, y que no ha tenido siempre la posibilidad de estudiar y de formarse una cultura. Y en contacto con este pueblo sabía muy bien cuál había de ser el lenguaje apropiado para hacerle comprender las cosas más difíciles y complejas, llegando a crear así la forma clara y precisa de expresión que fué siempre característica en él.

Nadie ha podido imputar a Malatesta ausencia de claridad. Su lenguaje se hallaba desprovisto de ampulósidades rebuscadas de dudoso buen gusto. Huía del tono de suficiencia y también de la divagación enojosa, y de expresiones «científicas», ya se tratara de cuestiones importantes y profundas o de cosas simples, de carácter corriente. De tal manera, lo mismo le comprendían los cultos que los humildes o ignaros. Sabía colocarse siempre a un nivel de comprensión general para con unos y otros.

Jamás se han hallado palabras gruesas, expresiones vulgares ni insultos groseros en sus escritos, polémicos o no; pues su estilo se hallaba revestido de un razonamiento ajustado, impregnado de la mayor seriedad, y apelaba a argumentos comprobables ateniéndose a la mayor sencillez expositiva, sin desestimar una suerte de cruda entereza cuando la cuestión tratada lo hacía necesario.

Ante el más superficial observador de los escritos malatestinos surge de inmediato una característica notoria: su profunda inquietud intelectual. Inquietud que no podía adaptarse al «quietismo» contemplativo, dosificado, de un cierto conformismo en las ideas eternamente enunciadas. Malatesta optaba por el estudio y el análisis continuos, por el constante examen de los más complejos problemas de la vida; problemas siempre nuevos porque se hallan en constante renovación y perfeccionamiento, por lo que se presentan en cada ocasión en condiciones y situaciones diversas. Su pensamiento ha sido siempre a modo de afilado aguijón que lograba impulsar hacia adelante hasta a los más tímidos, a los retraídos y a los escépticos, y lograba sacudir los viejos moldes mentales que se hacen costumbre y que en cada campo tienden a convertirse siempre en lastre sujeto a los resabios del pasado.

Bajo ningún aspecto se le podría considerar como un «estático» del pensamiento o como encasillado en un sistema o dogma cualquiera, ya que fué un investigador infatigable, siempre en pos de la verdad posible de acrecentar los conocimientos y las posibilidades que pueden contribuir, de manera adecuada y eficaz al mejoramiento de la sociedad.

En ocasión de una polémica, un periodista reprochaba a Malatesta hallarse en posesión de una «mentalidad» dogmática y «científica», o sea la mentalidad de quien cree haber hallado la verdad definitiva y se detiene en ésta sin mayor inquietud renovadora y desechando toda otra investigación. Tal vez se le ocurriera decir tal cosa porque Malatesta acostumbraba a aplicar una particular «firmeza» y rectitud a su pensamiento y actos, y sabía impulsarlos hasta las consecuencias lógicas, lo que desgraciadamente suele asustar o asombrar a la mayoría. Aquel periodista, con su afirmación superficial y apasionada, daba la demostración más clara de lo que suele ocurrir frecuentemente: que por lo general se discute sin haber estudiado ni comprendido previamente el pensamiento del adversario, por lo que se llega a imputar a éste los defectos propios.

Malatesta, por su parte, respondía con justeza: «Protesto contra el calificativo de dogmático, porque si bien me siento firme y seguro en cuanto a lo que quiero, mantengo siempre mis dudas y reservas en cuanto a lo que sé. Y pienso que con todos los esfuerzos que se han hecho para comprender y explicar el Universo, no se ha llegado aún a la certeza, ni mucho menos a la posibilidad, de esta seguridad. Y no sé si la inteligencia humana podrá llegar jamás a definirlo». Por otra parte, puesto que Malatesta había rechazado siempre todo el «cientifismo» determinado por el entusiasmo, afirmaba a su contradictor sentirse halagado ante la idea de merecer el calificativo de «cientifista» en el sentido que él lo entendía, o que mejor dicho debía ser entendida la ciencia, que había de interpretarse como un medio para hallar «la verdad con método positivo, racional y experimental, de modo que el hombre no se vanaglorie jamás de haber encontrado la verdad absoluta y que se esfuerza por acercarse a ésta fatigosamente, descubriendo verdades parciales que ha de considerar siempre como provisionales y sujetas a revisión». A su entender, la ciencia, interpretada de este modo, es algo así como una palanca imprescindible al progreso humano y el resorte necesario para impulsar al hombre a buscar lo nuevo y lo más perfecto, por lo que constituye la base y la esencia del ideal que Malatesta ha predicado durante más de medio siglo: el anarquismo.

En otro artículo afirmaba: «Me congratulo de haberme evadido de la masa de esta época y, por ende, de todo dogmatismo y de todo reclamo de posesión de la «verdad social» absoluta. Soy anarquista porque me parece que la anarquía responde mejor que otra forma de convivencia social a mi deseo de bienestar general, a mis aspiraciones por realizar una sociedad capaz de conciliar la libertad de todos mediante la cooperación y el amor también entre todos, y no porque la anarquía sea una verdad científica o una ley de la naturaleza».

En un artículo que apareció en «Umanità Nova» (diario) del 27 de abril de 1927 (3), subrayaba aún con mayor claridad el concepto que tenía de la ciencia: «El científismo (no digo ciencia) predominante en la segunda mitad del siglo XIX produjo la tendencia a considerar como verdad científica—es decir, como leyes naturales y por lo tanto necesarias y fatales—todo aquello que en el fondo no era más que el concepto correspondiente a intereses diversos y a las diversas aspiraciones que cada uno se hacía de la justicia, del progreso, etc., etc. De este hecho nacen «el socialismo científico» e incluso «el anarquismo científico» que, aunque haya sido proclamado y profesado por nuestros mayores, me ha parecido a mí el producto de concepciones barrocas que confunden en sí cosas y conceptos de orden y de naturaleza distinta».

No hay, pues, en él dogmatismo ni menos aún «cientifis-



mo» alguno, sino inquietud e investigación constante y continuo examen de los hechos, ya que son éstos los que *son* y los que *dicen* aquello que *son* y no lo que quisiéramos o desearíamos que dijese para justificar una idea nuestra preconcebida pero no demostrada.

A través de los estudios y de la acción desarrollada por él se le ve siempre desligado de toda idea preconcebida y de todo dogmatismo suficiente o restrictivo. Se le ve siempre impulsado por el ansia de ampliar sus propios conocimientos y de perfeccionar sus propios medios de lucha. Porque no debemos jamás olvidar que fué un combatiente de primera fila. Utilizaba el método de «experimenta y luego prueba», el único método que permite seguir de cerca los fenómenos de la vida social, de no aceptar jamás como verdad definitiva aquello que no es más que la expresión de verdades parciales y que no harían más que conducirnos hacia el fatalismo y hacia la negación de la voluntad y de la libertad.

Como se puede apreciar, era todo lo opuesto al dogmático, ya que se hallaba animado por el profundo espíritu de investigación propio en todo hombre culto—por lo menos tal como éste era interpretado por él—que «examina los hechos y extrae sus consecuencias lógicas, sean éstas las que fueren», en oposición a quienes se forjan un sistema y para probarlo acuden luego a la confirmación de los hechos o que para dar visos de quimérico al sistema ajeno escogen los hechos que les convienen, ocultando los otros, al objeto de forzar o de tergiversar la realidad y encerrarla en los límites de sus propias convicciones».

Esta conducta, verdaderamente científica, fué siempre su «método» de trabajo, y ha sido la que le llevó a la anarquía, aspiración humana «que no se halla basada en ninguna supuesta necesidad natural y que podrá ser o no ser realizada según el grado de voluntad humana. Se aprovecha ésta de los medios que la ciencia proporciona al hombre en su lucha contra la naturaleza y contra las voluntades contradictorias; puede aprovechar a los progresos del pensamiento filosófico cuando estos progresos se prestan a enseñar a los hombres a razonar mejor y a distinguir con mayor certeza entre lo real y lo fantástico, pero no puede ser confundida—sin caer en el absurdo—ni con la ciencia ni con cualquier sistema filosófico». Porque, según Malatesta, se puede ser anarquista sea cual sea el sistema filosófico que se profese: «El anarquismo, en sus orígenes, en sus métodos de lucha, no se halla necesariamente ligado a ningún sistema filosófico». En conclusión: *El anarquismo es el producto de la rebelión moral contra las injusticias morales.*

Cuando se han encontrado entre sí ciertos hombres que sentíanse asfixiados en medio del ambiente social en que se veían obligados a vivir, y cuya sensibilidad se ha sentido herida tanto por el dolor ajeno como por el propio; cuando estos hombres se han convencido de que buena parte del dolor humano no es la consecuencia fatal de inexorables leyes naturales o sobrenaturales, sino que deriva mediante la acción humana, se abrió entonces el camino que debía conducir hacia el anarquismo:

«Se necesita hallar la causa específica de los males sociales y escoger los medios apropiados para destruir esta causa. Y cuando algunos han comprendido que la causa fundamental del malestar social era la lucha entre los hombres, con el consiguiente dominio de los vencedores y la explotación y la opresión de los vencidos; y cuando vieron que este dominio de los unos y esta sujeción de los otros—a través de los sucesivos hechos y revanchas de la historia—había conducido a la propiedad capitalista y al Estado; cuando a través de estas constataciones se propusieron derrocar al Estado y a la Propiedad, entonces había nacido el anarquismo.»

A Malatesta no le gustaba perderse en la «neblina» de una filosofía inconsistente, y más de una vez repitió que «no entendía de filosofías». A propósito de esto escribe con mucho acierto Luis Fabbrì, en su importante obra dedicada a Malatesta, que esta «aversión» era más bien una reacción

contra el mal gusto y las pretensiones de muchos diletantes en filosofía que adoptaban un lenguaje fatuo, plagado de expresiones filosóficas y hasta pseudocientíficas. Y de hecho su concepción anarquista no le había sido sugerida por ninguna escuela filosófica o científica, sino que con mayor sencillez surgió ésta simplemente de «un programa elaborado por la voluntad humana en la lucha contra las desarmonías de la naturaleza» (4).

Malatesta afirmaba que lo que induce al anarquismo es el sentimiento, la aspiración hacia la libertad y al bienestar para todos, al amor entre todos. Y esperaba mucho de la libertad de estudio, de investigación y de experimentación. De aquella libertad que consagra la «dignidad humana».

La libertad es ciertamente la conquista esencial e incluso el único medio por el cual se pueden y se deben resolver los problemas sociales en provecho de todos. Pero la libertad queda en palabra hueca, sin sentido, si no va acompañada de cierta potencia, es decir, de los medios para ejercer libremente su actividad propia. Paralelamente y sostenidas por la libertad, existen también necesidades materiales a resolver, porque para poder aspirar a cosas elevadas es indispensable un mínimo de bienestar material. De aquí proviene la ineluctibilidad de la emanación moral, política y económica, y en esto se afirmaban las razones que conducían a Malatesta a sostener la necesidad de que estos dos principios—libertad y bienestar—se complementasen al completarse cada uno de por sí. Y proviene de ahí la propia razón de ser del anarquismo. De su anarquismo y de nuestro anarquismo.

Es necesario vencer la costumbre estulta—demasiado arraigada en muchos—de parangonar «anarquía» con desorden y confusión, puesto que justamente, en este mundo lleno de confusión y desorden, las fuerzas que tienden a trastrocarlo, son las únicas que pueden representar dignamente la aspiración del orden. Debe ser tenido en cuenta que es sobre la única base de un sistema social opuesto y diverso al actual que se podrá lograr la instauración de una sociedad basada verdaderamente sobre el orden.

La anarquía es, en realidad, la expresión máxima del orden, como bien decía Eliseo Reclus, en tanto que se reclama partidaria de lo que emana del propio individuo, de su propia autodisciplina y no de lo que proviene de la imposición externa, leyes o violencia.

Esto es lo que significa la anarquía para Enrique Malatesta; y es esta anarquía que ha explicado en infinidad de conferencias y en numerosísimos artículos a través de más de cincuenta años de actividad propagandística y periodística. Podemos citar uno como ejemplo publicado por primera vez en 1899 en el periódico de Palterson, «La cuestión social». Lo titulaba «El programa anarquista». Este artículo, mediante breves modificaciones y agregados, fué adoptado por el Congreso de la Unión Anarquista Italiana, celebrado en Bolonia en el mes de julio de 1920, como programa de la organización anarquista italiana (5).

En el citado trabajo Malatesta sintetiza el programa anarquista de la siguiente manera:

«Abolición del Gobierno y de todo poder que promulgue leyes y las imponga a los demás. Vale decir: abolición de la magistratura y de toda institución dotada de medios coercitivos. Organización de la vida social por medio de las asociaciones libres y de las federaciones de productores y de consumidores, realizada y modificada de acuerdo con la voluntad de sus componentes, guiados éstos por la ciencia y por la experiencia, libres de toda obligación que no derive de las necesidades naturales, a las que cada uno se someterá voluntariamente, inspirados todos y cada uno en el sentimiento íntimo de las necesidades ineludibles.» (6)

Mucho se ha hablado del principio «desorganizacionista» de los anarquistas y de la imposibilidad de crear y de mantener en funciones una sociedad «anarquista». A propósito de esto Malatesta, siempre claro y conciso, escribió hace



más de cincuenta años: «Anarquía significa *sociedad organizada sin autoridad*; entendiéndose por autoridad la facultad de imponer a los otros la voluntad de algunos y no el hecho inevitable y beneficioso de que *el que mejor entienda y sepa hacer una cosa* logre con mayor facilidad hacer aceptar su opinión y sirva incluso de guía en aquella cosa determinada a los que sean menos capaces.

«Estimamos que la autoridad no es necesaria a la organización social, pues lejos de ayudarla actúa como un parásito, no impulsa la evolución, pero canaliza sus beneficios en provecho de una clase determinada que explota y oprime a la otra...

»Por estas razones entendemos—y por eso somos anarquistas—que si creyéramos que no puede existir una organización sin autoridad, en tal caso seríamos autoritarios, porque preferiríamos la autoridad que avasalla y que entristece la vida a la desorganización que la haría imposible.»

Como se puede ver, Malatesta poseía un profundo concepto «social» de la anarquía, un hondo sentido socialista. En el fondo «anarquismo» era para él sinónimo de «socialismo». Socialismo entendido en el viejo sentido, en el que fué tradicional en la Primera Internacional.

Es así cómo durante largos años Malatesta decía o escribía indiferentemente «nosotros, los socialistas» o «nosotros, los anarquistas». Y fué andando el tiempo, al precisarse posiciones distintas en el campo socialista, que—como Kropotkin, Reclus y los más destacados pensadores del anarquismo—abandonó poco a poco esta forma de definirse. Porque la palabra «socialista» había llegado a significar algo muy distinto a lo que antes significaba para la opinión general y se emplazaba cada vez más lejos de su pensamiento. Pero en él persistía lozano el espíritu de los años iniciales y gloriosos de la Primera Internacional, lo que significaba entonces para todos, «una promesa de urbanidad noble y social y el principio de rebelión contra toda prepotencia y contra toda injusticia»; la abolición del odio, de la concurrencia desleal y concupiscente, de la guerra; el triunfo del amor, de la cooperación, de la paz; el advenimiento del bienestar y de la libertad para todos; representaba en el fondo la lucha humana por excelencia, aquella acción que, por encima de las clases y de las castas, fundía a todos los hombres hermanándolos en un gran ideal de igualdad y de solidaridad. Y no reclamaba la sustitución de un partido por otro o de una clase por otra; no pedía la llegada al poder y a la riqueza de un nuevo Estado social (el cuarto Estado). Por lo contrario, preconizaba la abolición de las clases y la solidaridad de todos los seres humanos en el trabajo y en los goces humanos.

Para Malatesta el ideal anarquista representaba la posibilidad de solucionar los problemas humanos. Pero sobre todo, significaba un «método de vida».

No había en él aquellos bellos sueños—que no pasaban de sueños—de los primeros socialistas (particularmente franceses) a lo Fourier o Cabet, etc., imbuidos de un socialismo utópico. Sabía que una de las fuerzas vivas, verdaderamente capaces de renovar el mundo, era la «voluntad».

Y expresaba esto muy bien al escribir: «La armonía no nace espontáneamente—aunque se destruyan el Estado y la propiedad individual—como si la naturaleza se acupara del bien y del mal de los hombres. Es necesario que los hombres la creen por sí mismos y mediante su propia voluntad y esfuerzo. La armonía entre los hombres no es la obra espontánea de la naturaleza. Debe ser lograda y mantenida la acción *consciente y volitiva* de los hombres; equivale a decir que se trata de un hecho contingente, *que puede ser o no ser*, de acuerdo a la forma en que los hombres regulen sus propias relaciones: no es un hecho necesario—es decir, una *ley natural*—, independiente de la voluntad humana».

Por estas razones Malatesta era revolucionario y voluntarista.

Decimos que es necesario hacer la revolución, que *queremos* hacer la revolución. Y nos esforzamos en suscitar y en reunir las voluntades prestas a esta acción. La revolución —se nos dice—no se hace por el capricho de los hombres. Esta llega o se retarda de acuerdo con la madurez de los tiempos. La historia no se mueve a empujones ni por la acumulación de acontecimientos forzados, sino que se desarrolla de acuerdo a leyes naturales, etc. En la práctica, por lo menos en la mayor parte de los casos, no se trata de otra cosa que de un expediente polémico o político. «Se afirma que una cosa es imposible cuando no se desea; se niega el valor y la eficacia de la voluntad cuando se nos invita a realizar determinado esfuerzo en una dirección en la que no estamos de acuerdo. Pero después, cuando una cosa place e interesa, se olvidan todas las teorías, se hace el esfuerzo necesario y—si es necesario el concurso de los demás—se recurre a la buena voluntad de todos y se exalta el valor de la eficacia de la voluntad».

¿Por qué hemos de negar la voluntad y presentar como risible todo esfuerzo hacia una finalidad cualquiera? Esto, decía Malatesta, repugna a nuestros sentimientos. Y sentimiento e intelecto son partes constituyentes de nuestro yo, partes que no sabríamos someter entre sí, la una a la otra, porque «nosotros debemos vivir como hombres que desean arrancar a la vida el máximo posible de satisfacciones: «¿Qué es en esencia la voluntad? No lo sabemos. Pero sabemos acaso ¿que son—en esencia—la materia y la energía? Lo ignoramos. Al parecer es ésta la última palabra que—por ahora—puede expresar una prudente filosofía. Pero nosotros queremos vivir una vida consciente y activa. Y una vida semejante reclama ciertas suposiciones necesarias—a falta de conocimientos positivos—que pueden ser inconscientes, pero que se hallan siempre en el ánimo de todos. Y la primera de estas suposiciones es la confianza en la eficacia de la voluntad. Todo aquello que pueda considerarse útil para un determinado fin reúne las condiciones que limitan o aumentan la eficacia de la voluntad.

»No se es anarquista, no se es socialista, no se es un hombre si no se ejerce el propio esfuerzo hacia un fin u otro, si no se confía en este supuesto, consciente o no, confesado o no, de la eficacia de la voluntad humana.

»Ciertamente, esta voluntad no es omnipotente, puesto que se halla condicionada por las leyes naturales; pero acrecienta su potencia cuando avanza en el descubrimiento de estas leyes. Y su conocimiento, aunque parezca restringir su poder, le proporciona una mayor posibilidad de actuar y de ampliar sus deseos, lo que le da, en el fondo, una potencia real.

»Y como hay más de un hombre en el mundo... la voluntad de cada uno resulta más o menos eficaz según que la voluntad de los otros secunde o contradiga su voluntad personal. Y corresponde a las ciencias sociales descubrir y determinar cuáles son los hechos necesarios, las leyes fatales que se desprenden de la convivencia entre los hombres en las diversas circunstancias en que éstos pueden encontrarse. Se impedirá así el derroche de vanas acciones. Y se logrará que los esfuerzos de los hombres, en lugar de prolongarse en luchas estériles y contradictorias, concurren todas a una finalidad común, útil al conjunto.»

No era, pues, fatalista, aunque sabía que era imposible llegar a la nueva sociedad, que pregonaba y auspiciaba, mediante la constante acción del razonamiento. Por eso decía a este respecto: «Id a persuadir a cualquier individuo que sea insensible al dolor ajeno, que guste de vivir del trabajo de los demás y que halle satisfacción al verse rodeado de esclavos obedientes, de que los anarquistas tienen razón...» (7).

De todas formas, se impone un razonamiento: quien no sea un demente se verá obligado a reconocer una verdad comprobable aunque esta verdad no le plazca. Un sentimiento no se comunica si no se logra despertar un senti-



miento análogo en los demás. Y la anarquía se basa toda ella en un sentimiento; el respeto a la personalidad humana y el amor hacia todos nuestros semejantes. La ciencia, cuando llegue a ser una verdadera ciencia social, podrá contribuir a crear el sentimiento, pero no puede decir hoy que un sentimiento sea mayor que otro. Y la redención humana

no puede ser más que el resultado de un esfuerzo de voluntad: la voluntad de todos aquellos que desean esta redención.

UGO FEDELI

(Versión española por Ildefonso.)

Notas del traductor:

(1) «Pensiero e Volontà», revista quincenal de Estudios Sociales y de Cultura General. Fundada por Malatesta. Comenzó su publicación en enero de 1924 y llegó a publicarse hasta el 10 de octubre de 1926. La dictadura de Mussolini impidió su continuidad. Por otra parte, sus redactores se hallaban encarcelados unos y perseguidos los demás.

(2) Se conocen dos ediciones de sus escritos en italiano. La primera la editó Luis Bertoni, en Ginebra, «Il Risveglio» (El Despertar). Consta de tres volúmenes con el título general de «Malatesta. Scritti» (Escritos). El primero es de 360 páginas y apareció en 1934; el segundo, de 326 páginas (1935) y el tercero de 416 páginas (1936). Hay un prefacio de Luis Fabbri. En esta edición los trabajos se presentaron por orden cronológico y al mismo tiempo seleccionados por periódicos o revistas en que aparecieron por primera vez.

La segunda edición se titula «Malatesta. Scritti Scelti» (Escritos Escogidos), Nápoles, 1947. Ediciones R. L. y «Volontà», 392 páginas. Prólogo de César Zaccaria y Giovanna Berneri. Sus recopiladores han clasificado los trabajos por orden de materias y el lector obtiene la ventaja de poder consultar y conocer de inmediato el pensamiento de Malatesta ante problemas determinados.

En lengua española se conocen tres selecciones de los trabajos de Malatesta: «Páginas de lucha cotidiana» y «Estudios sobre comunismo anárquico», publicados en Buenos Aires alrededor de 1925, e «Ideario», que apareció aproximadamente por la misma época en Barcelona.

(3) «Umanità Nova», diario anarquista, Milán-Roma, fundado en Milán el 21 de enero de 1920. Se publicó hasta mayo de 1921. Luego se trasladó a Roma a causa de incidencias con las autoridades. Dejó de aparecer en diciembre de 1922 por imposición del fascismo (ver «Bibliografía de Publicaciones Anarquistas en lengua italiana», por Ugo Fedeli, traducido y presentado por la S. BAE de la CRIA y que viene publicándose en esta misma revista).

(4) El libro de Luis Fabbri sobre Malatesta fué escrito en vida de éste y a petición de un editor de los Estados Unidos, según refiere el propio Fabbri (ver página 14 de la edición italiana). Debe recordarse que Fabbri falleció en Montevideo el 24 de junio de 1935, tres años justos después de la muerte de Malatesta. Editó una primera edición de este libro en dos tomos (Barcelona, 1938, «Etyl»). El primero «Vida de Malatesta» y el segundo «El pensamiento de Malatesta». Posteriormente se ha reeditado en Buenos Aires la primera parte.

La primera edición en italiano comprende las dos partes en un solo tomo: Luis Fabbri, «Malatesta, L'Uomo e il pensiero» (El hombre y el pensamiento), R. L. y «Volontà», Nápoles, 1951, 300 páginas. De éstas, las 40 últimas corresponden a un apéndice de Ugo Fedeli: «Bibliografía Malatestiana». Consta de un prefacio de C. Zaccaria.

(5) «Il Programma Anarchico» (El programa anarquista). Se halla íntegro en el tomo segundo de «Scritti» (edición de Ginebra), páginas 221 a 237, y en las páginas 255 a la 211 de la edición de Nápoles «Scritti Scelti». No confundirlo con el folleto publicado en ocasión del Congreso de Carrara con el título de «Nuestro Programa», Milán, 1945, 16 páginas.

(6) El trabajo que se cita («El programa anarquista»), se halla dividido en cinco partes: primera, «Qué es lo que queremos»; segunda, «Formas y medios»; tercera, «La lucha económica»; cuarta, «La lucha política»; quinta, «Conclusión». Los párrafos citados forman parte de un enunciado de siete partes con el que finaliza la parte primera.

(7) Quien desee completar detalles en cuanto a la vida, actividades y pensamiento de Malatesta, puede consultar: Armando Borghi: «Errico Malatesta», Instituto Editoriale Italiano. Milán, 1947, 280 páginas, reedición. La primera corresponde a 1933 (Nueva York), y a la documentada obra de Max Nettlau: «Enrique Malatesta, el hombre el revolucionario y el anarquista», de la que se han hecho varias ediciones en español, alemán e italiano. Puede lograrse la última edición en español dada por «Tierra y Libertad», Burdeos, 1945.

# MALATESTA

## o el prodigio de la voluntad



**B**AJO el cielo diáfano de Italia. En Roma, en Nápoles, en Milán, en Ancona, por los pueblos rurales de La Spezia, acá y acullá los compañeros han evocado una fecha; han recordado un nombre, grato, familiar a todos: Malatesta. Y en torno a la personalidad moral e intelectual de Errico Malatesta, que nació el 4 de diciembre de 1853, el diálogo vivaz de esos meridionales ha ido gestando, perfilando la conveniencia de celebrar el centenario del más internacionalmente conocido de los anarquistas italianos.

Saben aquellos compañeros italianos, sabemos todos, que no hace falta guardar para una fecha determinada el cariñoso homenaje del recuerdo. Mas,

posiblemente, para los efectos de la propaganda, se ha considerado plausible recordar y celebrar actos, evocando la vida y la obra del que fué gran amigo de Bakunin.

En torno a Malatesta, escaso es lo que de original se puede decir después de lo que han escrito, en sus obras biográficas, Max Nettlau, Luis Fabbri y Armando Borghi. Pocos como ellos tuvieron la satisfacción de conocer, de tratar a fondo al autor del popular opúsculo «Entre campesinos». Tal vez Pedro Esteve, que convivió también con Malatesta durante la estancia de éste en América, hubiera podido ofrecer detalles interesantes. A tenor de lo que se nos ha referido al respecto de su vida, podemos colegir que ella ofrece copioso caudal de



ejemplaridad. Si nos referimos a sus escritos, habremos de convenir que son densos en pensamientos, henchidos de buen sentido; constituyen un conjunto de razonamientos claros y saturados de una lógica irrefragable; son cantera de sugerencias que incitan a la reflexión.

Importa, sobre todo, al referirnos a Malatesta, destacar su «concepción voluntarista del anarquismo» de la que tanto se ha hablado. En los veinte últimos años transcurridos, tremendos descabros han conmovido el vivir de los pueblos. Diríase que, rota la brújula de la civilización, el mundo marcha a la deriva. Pese a un cúmulo de circunstancias adversas, no hay motivos fundados para sentirse descorazonado al otear la vitalidad del anarquismo, internacionalmente considerado. No es como para dejarse uno llevar de un optimismo simplista, pero queda margen para fundadas esperanzas de acrecentamiento y superación. No obstante, sopesado el pro y el contra, se ha de reconocer que el quebranto, máxime en algunas zonas de Europa, ha sido duro. Se han presentado momentos de prueba susceptibles de hacer zozobrar las conciencias endebles. Incluso ahora no faltan las voces agoreras que presagian toda suerte de calamidades. Y es en tales casos: frente al mal, en la derrota, en la dolencia, frente al enemigo, donde la voluntad juega un papel trascendental. Es en tales circunstancias cuando puede dar el máximo de sí la «concepción voluntarista del anarquismo».

Contra lo que algunos han dado en suponer, Malatesta no desdenaba la ciencia. Ahora bien; al igual que Ricardo Mella, no usaba para con ella un aire reverencial. Sabía que en la relatividad de muchas verdades admitidas por el consenso común, entran también no pocas de las apreciaciones formuladas por los hombres de ciencia. Admitir en todas sus partes, pongamos por caso, el determinismo filosófico formulado por Hamón en su obra «Determinismo y responsabilidad» o el determinismo científico de Le Dantec en varias de sus obras; tomar como verdades de un carácter absoluto sus apreciaciones, sería tanto como negar el propio esfuerzo, la propia determinación, en una palabra: la voluntad. Y esto no podemos admitirlo quienes creemos, quienes consideramos que existe en el individuo conciencia para poder enjuiciar sus propias acciones y para tomar el impulso que precisa para obrar; lo que en sí constituye la voluntad.

Hay frases bellas, con carácter axiomático, que resulta agradable repetir; tienen algunas algo así como una contundente sonoridad que acaricia el oído. Una de ellas es aquella tan repetida del pensador italiano Juan Bovio: «Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía camina la Historia». Ya en su día Luis Fabbri puso algunos reparos a la mentada expresión. No podemos vaticinar, no podemos admitir como una ley inmutable el que la Historia marche hacia la anarquía. No son el cúmulo de acontecimientos heterogéneos que constituyen la Historia, lo que puede llevar a la anarquía. Impulso anarquista, ruta hacia el anarquismo, tan sólo pueden darlo los anarquistas, de pensamiento, de sensibilidad; los que lo sean conscientes, o quienes, sin saberlo, obren como tales. No es ninguna fuerza ciega, ningún fatal determinismo: ha de ser, en todo caso, la coordinada voluntad de realización.

En su notable obra «Malatesta, su vida y su pensamiento» escribe Luis Fabbri: «La anarquía es para Malatesta el objetivo práctico que los anarquistas proponen alcanzar valiéndose de sus pro-

pias fuerzas, de la ayuda de cuantos estén de acuerdo en todo o en parte con ellos y de la influencia que ejerzan sobre las masas; y el anarquismo es el complejo de los métodos y movimientos del pensamiento y de acción, determinados por tal voluntad realizadora. La suya, por tanto, es una concepción voluntarista de la anarquía.»

He ahí como definía Malatesta lo que, para él, constituía una fundamental premisa en toda eficiente actuación: «¿Qué es la voluntad en su esencia? No lo sabemos. Pero, ¿sabemos tal vez lo que son, en su esencia, la materia y la energía? Lo ignoramos. Esta nos parece la última palabra que pueda decir, al menos por ahora, una prudente filosofía. Pero nosotros queremos vivir una vida consciente y activa; y tal vida exige, a falta de conocimientos positivos, ciertas presuposiciones necesarias que pueden ser inconscientes, pero que están siempre en el ánimo de todos. Y la primera de estas presuposiciones es la eficacia de la voluntad. Todo lo que se puede hallar en último término son las condiciones que limitan o aumentan la potencia de la voluntad.» Y corrobora lo expuesto con las siguientes palabras, tomadas de otro de sus artículos:

«No se es anarquista, no se es socialista, no se es hombre dispuesto a un fin cualquiera, sin esa premisa, consciente o no, confesada o no, de la eficacia de la voluntad humana. Ciertamente tal voluntad no es omnipotente, puesto que está condicionada por las leyes naturales; pero se hace tanto más poderosa en el descubrimiento de dichas leyes, cuyo conocimiento, mientras parece restringir su poder, le da la posibilidad de realizar sus deseos, le confiere poder efectivo.»

Bakunín, fuerte, macizo como un roble, conoció a un joven estudiante, débil, encleque, enfermizo. Era Malatesta. Admiraba de éste su inteligencia, sus preciadas prendas morales, su rebeldía. Le apenaba perderlo. A Cañero y a otros amigos, les dijo Bakunín que Malatesta viviría poco; que pronto tendrían la desdicha de perderlo. Pero el autor de «Dios y el Estado» al juzgar a Malatesta por su físico no tenía en cuenta un factor poderosísimo que poseía Errico en su fuero interno: la voluntad; firme, tensa, con temple de acero. Por esto Bakunín se equivocó: aquel jovencete que parecía iba a morir de un día a otro, llegó casi a los ochenta años. Ponía la voluntad en tensión para vivir, para luchar, para pensar y comunicar a los demás su pensamiento. Muchos fueron los perances que experimentó, los sufrimientos físicos y morales, pero tenía voluntad para resistir. Tenía voluntad para ser consecuente con sus ideas de anarquista, cuando, incluso amigos queridos, caían en la defección... He ahí el prodigio de la voluntad.

Hoy y siempre, son aquellos que tienen voluntad para actuar; para incorporar las ideas a la realidad del vivir, quienes más excelente labor realizan. De poco sirven los conocimientos y la experiencia cuando la voluntad de actuar está ausente. No es defecto, sino virtud, el tratar de imitar de otro sus cualidades relevantes. De Malatesta se puede imitar: su voluntad para vencer los achaques de las enfermedades y de la edad; la voluntad en pro de la propagación de las ideas; su voluntad puesta en afán de aprender de la vida y de los libros; la voluntad en ser consecuente, en no flaquear, aunque otros flaqueen. Es así como se es idealista y como se puede sentir la satisfacción de serlo.

FONTAURA



# MALATESTA: un hombre, un revolucionario y una época



**E**NRIQUE Malatesta, teórico profundo del anarquismo militante, agitador y doctrinario por excelencia, representa un símbolo de constancia. Su sentimiento corre parejo con su abnegación y ésta se halla animada por el deseo de transformar la tiranía en armonía universal para todos los hombres.

Nace Malatesta en 1853 en Santa María de Capua, Vetere. Su infancia se desarrolla en medio de un ambiente de gran efervescencia nacional. Es el período álgido de la lucha republicana contra el despotismo borbónico. Por aquel tiempo Garibaldi encarnaba el espíritu rebelde de la masa popular. En la misma Capua, a los siete años de edad, el niño Enrique presenció la crisis de desmoronamiento del viejo sistema y el éxito obtenido por Garibaldi y sus partidarios contra las fuerzas aristocráticas. Es éste un hecho que debió impresionar mucho al futuro batallador anarquista. Por otra parte, el año 1860 marca una etapa muy importante en la evolución social no sólo de Italia sino de Europa.

Vencidas las intentonas socialistas de 1848, entronizada la reacción en Francia por el golpe de Estado del 2 de julio de 1852, los trabajadores empiezan a constituir sus asociaciones mutualistas y piensan en una unión por encima de las fronteras y más allá de los mares. La exposición universal servirá el propósito de la Internacional de los Trabajadores.

En 1867, siendo Malatesta estudiante en el Colegio de los Escolapios de Nápoles, redactó una carta en tonos violentísimos contra el rey, enviándosela con su firma estampada al pie. Este grito de rebeldía le valió el primer arresto. Sus padres pusieron en juego todas sus influencias, pues se le quería enviar a un correccional.

A los 15 años su carácter y su personalidad empiezan a definirse. En Bruselas, durante el tercer Congreso de la Internacional empiezan a deslindarse los campos entre marxistas y anarquistas. Malatesta empezó a militar en esta organización en 1871. Un año después, siendo estudiante de medicina, era ya secretario de la Federación Obrera Napolitana cuyo programa formuló él mismo. Sin embargo, no asistió a la Conferencia de Rimini, que reunió delegados de varios lugares de la península. Se constituyó allí la Sección Italiana de la Internacional.

Max Nettlau, refiriéndose a ese período álgido de romanticismo revolucionario, en su libro sobre Malatesta hace los siguientes comentarios: «Estos comienzos son bastante característicos y únicos, pues en ninguna parte como en Italia, ejercitada por las revoluciones políticas anteriores, llegaron las fuerzas a establecer un contacto tan estrecho y una colaboración tan durable. Esto dió a la Sec-

ción internacionalista italiana un carácter romántico que tuvo fuerte influjo en la formación de Malatesta».

Cuando fué delegado al Congreso Socialista Internacional antiautoritario, Malatesta conoció y habló por primera vez con Miguel Bakunín. Este apreció el alto valor del joven anarquista, lamentó de su endeble constitución física y en la Boronata llegó a decir a unos compañeros: «Lástima que esté tan enfermo. Le perderemos pronto. No hay vida en él para seis meses». Afortunadamente Bakunín se equivocó. Igual ojo clínico tuvo el médico que le atendía a los 15 años, pues pronosticó que no llegaría a los 24.

La confianza que inspiró a Bakunín se resume en el hecho de que el «coloso de la anarquía» le designó secretario particular suyo.

En 1873 Bakunín le encargó una jira de propaganda por España de acuerdo con Cafiero. Pero en Barletta, donde vivía el último, al ir a ultimar los planes, Malatesta fué detenido. Pasaron 18 años antes de que pudiese recorrer España. En 1891 hizo al fin una gran jira de propaganda por nuestro país.

En 1893 Malatesta residía en Londres. Su influencia era notable entre los refugiados o desterrados políticos procedentes de varios países europeos. En un pequeño restaurant perteneciente a la familia Defendi, originaria de Italia, tenía su sitio preferente para las conversaciones y reuniones con los refugiados anarquistas. En la trastienda se elaboraban planes revolucionarios y se escribían manifestos de llamada a la insurrección. En este mismo lugar tenía el obrero electricista Malatesta su habitación.

Jules Huret, redactor del diario parisino «Le Figaro» le visitó ahí mismo en 1893. El periodista tenía por misión entrevistarle, como había hecho con otras figuras relevantes del movimiento social. Huret ha escrito lo siguiente:

«Su habitación es reducidísima, mucho más que la del señor Guesde y más desordenada».

Por tratarse de la celebración de su centenario, recogemos los extremos más importantes comunicados por Huret a los lectores de «Le Figaro»:

«—Los lectores de mi periódico quisieran saber qué es un anarquista.

—Contestadles —respondió Malatesta— que la anarquía es la concepción de una sociedad sin Gobierno basada en la solidaridad consciente y deseada de todos sus miembros.

—¿Cómo concebís una sociedad sin Gobierno?

—Me sería más difícil demostrar la pretensión del Gobierno de dar vida a la sociedad. Hoy y siempre la sociedad no vive más que de sus fuerzas intrínsecas, y el Gobierno sólo ha servido para proteger la explotación de los más por los menos. Examinad los hechos más importantes de la vida so-



cial y veréis como todos se cumplen al margen del Gobierno y, a menudo, luchando contra los obstáculos que éste les opone. No es el Gobierno quien siembra la tierra y amasa el pan. La producción, el comercio, las ciencias, funcionan no sólo al margen del Gobierno sino por iniciativa de los interesados. La diferencia entre la sociedad que deseamos y la que sufrimos es que hoy no hay más que un pequeño número de hombres que pueden organizarse según sus intereses. Y es para proteger a éstos y a sus intereses que existe el Gobierno. Sin embargo oímos decir que todos los hombres tienen derecho a gozar de libertad. En el pasado régimen se pretendía que sin la tutela gubernamental la producción y el comercio serían imposibles. La burguesía conquistó su libertad, y en lugar de caer en el caos supo organizar, sin Gobierno, su potente producción capitalista. Pero la organizó en propio provecho, pues sólo ella y no toda la masa del pueblo se había emancipado. En la sociedad sin Gobierno todos sus miembros gozarán de libertad y aquella servirá los intereses del conjunto. Yo no veo a qué podrá servir entonces cualquier Gobierno puesto que no habrá más privilegios a defender. La anarquía, desde luego, ha existido siempre. En nuestros días, ¿acaso los gobernantes no hacen lo que quieren?

—No, pues son simplemente los «administradores del sufragio universal».

—Seriamente — exclamó Malatesta riendo — ¿creéis en el sufragio universal? Habida cuenta de las condiciones morales y económicas en que se desenvuelve el pueblo, el sufragio universal no puede tener consciencia ni independencia reales, lo que sabéis perfectamente. Por otra parte, no reconozco el derecho a oprimir a la minoría. El juego mismo parlamentario se opone en realidad a la representación de la voluntad popular y resta valor al mandato que los elegidos pueden recibir de sus electores. ¿La prueba? Cada elector significa un diputado. Si su candidato no es elegido, ese elector no está representado. ¿Pero lo está si su candidato resulta triunfante? Este quedará en la Cámara en la posición de uno contra quinientos. Por consiguiente, aun triunfando en las urnas, nuestro bravo elector representa una minoría ridícula. Entonces ocurre esto: que sus intereses, admitiendo que su diputado pueda comprenderlos y defenderlos, estarán a merced de gentes que el elector no ha designado. Suponed que se trate de defender los intereses de los pescadores de Boulogne-sur-Mer o bien los de los leñadores de los Pirineos. Será siempre una mayoría que nada tiene que ver con esos intereses la que legislará sobre la cuestión. De esta forma los intereses reales no pueden abrirse paso y la voluntad de los electores carece de valor. La única voluntad que cuenta es la del Gobierno.

—¿Con qué queréis reemplazar el Gobierno?

—No sirviendo éste para nada, no debe ser reemplazado: hay que destruirlo. Demostradme la función que llena y os diré como pensamos suplirle.

—Por ejemplo: el mantenimiento del orden y la salvaguardia de los intereses particulares y generales.

—Si defendiendo la anarquía es porque considero admitidos los principios fundamentales del socialismo. Ahora bien: si pensáis en una sociedad individualista en la que se eternizan las luchas y los conflictos de intereses, podéis, en efecto, opinar que el Gobierno es necesario. Los que han logrado asegurarse unos privilegios tienden a conservar el aparato que les defiende contra las reivindicaciones de los demás. Pero nosotros, en tanto que anarquistas,

queremos precisamente empezar por poner a disposición de todo el mundo la riqueza social. Y creemos que hecho esto, mediante el buen acuerdo entre todos los individuos, cada cual podrá hallar la mayor suma de satisfacción posible. No pretendo que el mundo se transforme repentinamente en un paraíso ni los hombres en ángeles. Habrá probablemente por mucho tiempo rivalidades, odios y el deseo en algunos de querer imponerse a los demás. Por consiguiente, he ahí la necesidad de defenderse. Pero creo que una vez puesta en común la propiedad individual, que es la gran causa de la injusticia y de las luchas entre los individuos, los conflictos que se produjeran no llegarían nunca a tener el poder de incitar a los hombres a la renuncia de su libertad y menos a echarse en los brazos de un Gobierno que, siempre, so pretexto de establecer el orden, oprimiría a estos hombres. La defensa social no puede ser función especial entregada a gente que hace de esta función un oficio. Veámoslo. ¿Cuáles son las funciones del Gobierno actualmente? El Ejército y la policía. Fuera de esto no encontraréis una sola cosa que no se haga o no pueda hacerse mejor sin Gobierno. En cuanto a estas dos instituciones, no creo que las encontréis útiles.

—¿Cómo! ¿El ejército y la policía no son instituciones útiles?

—Si entendéis que el ejército sirve para aplastar los movimientos populares, sí. Si es para defender el territorio nacional contra una supuesta invasión enemiga, entonces diré que no veo la posibilidad que tal cosa suceda siempre que previamente las rivalidades económicas queden suprimidas. En este caso no habrá más mercados a conquistar ni pasiones de supremacía política a satisfacer. Pero suponiendo que pueda producirse una invasión por parte de cualquier nación donde subsistiría el estado actual de cosas, el pueblo, por sí mismo, sabría defenderse mucho mejor que lo hiciera por él cualquier ejército. Desde luego no insisto en este caso, pues incluso hay burgueses que opinan que la nación armada sería más eficiente para la defensa que el ejército permanente. Respecto a la policía, las causas de los crímenes son casi siempre sociales. Suprimida la causa se suprime el efecto.

—¿Y la magistratura?

—Esta no es más que una rama de la policía. Hay en ella el mismo desprecio por la justicia, la misma sujeción de la superioridad moral y de la equidad a la cuestión del salario y de la producción, la misma impotencia para hacer el bien.

—¿Cómo esperan hacer triunfar sus teorías?

—Por la revolución violenta.

—¿Inmediatamente?

—Lo más pronto posible. La revolución no se hace cuando se quiere, sino cuando se puede. Nuestra misión es precipitarla mediante la propaganda de nuestras ideas y por la organización de nuestras fuerzas; por la unión del proletariado y de todos los elementos revolucionarios.

La conversación entre el periodista Huret y Malatesta abarcó la cuestión social en sus diversos aspectos y especialmente el de la «propaganda por el hecho». Sobre esto afirmó Malatesta: «Esta propaganda es la más provechosa siempre que el «hecho» sea bien escogido».

Con el resumen de estas opiniones creemos haber logrado poner de relieve la personalidad ejemplar de Malatesta, un ejemplo a imitar por las jóvenes generaciones de militantes del anarquismo.

BERNARDO POU



# SALVADOR DIAZ MIRÓN



Es un buen ensayo —Poesía de soledad y poesía de comunión— de Octavio Paz, magnífico poeta mexicano de nuestro tiempo, traslado lo que a continuación entrecomillo: «...en una comunidad de fieles la Poesía se presenta como una actividad subversiva y disolvente». El citado ensayo parece escrito a propósito de Díaz Mirón. Su poesía se presenta así, como un grito disidente, como una protesta viva que asusta y escandaliza a la «comunidad de los fieles», a la tradición política y religiosa. Arrogante y viril, se crece mayúsculo y anárquico frente a todas las ortodoxias, incluso las literarias. No en vano es hijo del Golfo, de allí donde mar y cielo extreman fulgurantes y apocalípticos sus cóleras. Del Golfo trae al altiplano gris un clamor de voces insumisas. Llega como un profeta que anuncia el *Dies irae* de la justicia social. Y, como los profetas bíblicos, arde en cóleras ingenuas. Al zar de todas las Rusias, dice en una composición, cuya ingenuidad pueril hace aun más conmovedora:

Sé bueno y justo, porque Dios se irrita.  
¡Ama a ese pueblo que a tus pies se agita  
con latentes hervores de volcán!  
¡No me persigas más! Dame la mano,  
tiéndemela... si no, tiembla tirano.  
¡Yo soy la libertad!

En la época en que Salvador Díaz Mirón escribe estos versos es aquella en que su vida es un duelo permanente. Se hace famoso por sus ataques a Porfirio Díaz y por sus intervenciones de tribuno en el Congreso. Ama lo justo, lo bello, lo caballeroso. Por eso le atrae España, y de España Castilla, por cuanto de hidalgo, de señero, de firme y principal sabe de ella. De la vida y del honor tenía a la sazón un alto concepto en cuya defensa cifraba su orgullo del hombre. Ese concepto normaba su vida. De ahí aquella su altivez ingenua, aquellas sus arrogancias un poco pueriles, de sus apóstrofes a los sátrapas nacionales y extranjeros. Estas le conquistaban la popularidad y el amor de los que sufren. Espanta a los opresores, pero se atrae a los oprimidos. En defensa de éstos y contra el egoísmo de aquéllos escribe aquellas *Asonancias*, de las cuales tomo esta estrofa:

Sabedlo, soberanos y vasallos,  
próceres y mendigos;  
nadie tiene derecho a lo superfluo,  
mientras alguien carezca de lo estricto.

Tres son las fases que presenta la producción poética de Díaz Mirón. La romántica, que es la primera y la más espontánea. En ésta el poeta es todo ímpetu y frescura. Será la menos docta, pero es la más natural. El romanticismo es el clima de su juventud rebelde. Pocos son los que se substraen en

esos años de arrebatada iconoclasia juvenil a la poderosa atracción del romanticismo. A los veinte años todos llevamos en el corazón un redentor que ambiciona transformar el mundo. En esta época Díaz Mirón es el poeta magnífico que, al decir de Juan Tablada, libera de su plinto a la Victoria de Samotracia, le restituye su testa soberana y anima sus ímpetus. Rememora a la Grecia luminosa y es cuando el lector cree transitar por una avenida de estatuas desde Olimpia a Corinto. Quiero creer que Juan Tablada se refería a esta época, al señalar los entusiasmos de Díaz Mirón por las gestas heroicas de Grecia. Los jóvenes aman a aquel pueblo por su perenne juventud. Y Díaz Mirón no podía substraerse a ese deslumbramiento que la Hélade homérica, con sus dioses y sus héroes, sus mármolles y sus broncees, produce en la juventud de todos los tiempos. Y prueba de esto son sus poemas *Victor Hugo*, *Sursum*, *Voces Interiores*, *A Byron*, *A los héroes sin nombre*, *La Conmemoración*, etc., en los cuales metáforas e imágenes cobran el esplendor de los propileos de la Acrópolis bajo el sol ateniense. De *Sursum* son estos versos magníficos que fijan al poeta su destino:

Cuando el mundo...

.....  
mordido por sus ávidas pasiones  
como Acteón por sus voraces perros;  
cuando sujeto a su fatal cadena  
arrastra sus desdichas por los lodos  
y cada cual en su egoísta pena  
vuelve la espalda a la aflicción de todos;  
el vate, con palabras de consuelo  
debe elevar su acento soberano  
y consagrar, con la canción del cielo,  
no su dolor, sino el dolor humano.

Más adelante dice en el mismo poema:

Cantar a Filis por su dulce nombre  
cuando grita el clarín: ¡despierta, ¡hierro!  
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

La segunda época de Díaz Mirón es la etapa de transición del romanticismo al modernismo. En esta época ha señoreado la forma; se distingue por su equilibrio. Ahora el poeta es medida, un modernista con fugas al clasicismo. Por ejemplo, su *Beatus ille*, que nos recuerda por la placidez de sentimientos y emociones al Horacio, cantor de la paz rústica, está escrito en versos tan impecables como aquellas en que nuestro Fray Luis de León parafrasea y glosa los entusiasmos líricos del poeta latino. Yo me he explicado esta transición, esta nueva actitud del poeta que le lleva a renunciar a sus ímpetus anteriores y a refugiarse en la poesía. Díaz Mirón ha conocido la cárcel, ha sabido de la amargura de la ingratitud, del silencio, del olvido. Muchas de las composiciones de *Lasca* han sido escritas en la cárcel de Veracruz: *Oración del Preso*, *El fan-*



tasma, *Excelsior*, *A Tirsa*, etc., en cuyas estrofas se advierte sobradamente la razón del cambio y en las cuales se advierte también un dejo de resignación. En este libro, *Lasca*, Díaz Mirón está ya muy lejos del poeta que escribiera *Los Parias* y *El Desertor*. Ya no es ni con mucho el poeta que escribiera estos versos a Gloria:

¡Confórmate mujer! Hemos vencido.  
a este valle de lágrimas que abate  
tú, como la paloma, para el nido,  
y yo, como el león, para el combate.

La tercera época se caracteriza por un afán de pulimiento y selección que en ocasiones degenera en un amaneramiento formal. Algunos críticos pretenden que la personalidad de Díaz Mirón está en esta época. Yo tengo para mí que Díaz Mirón deja de ser el poeta de entraña popular a medida que se aleja de su primera época. Pierde en espontaneidad y frescura lo que gana en plasticidad e imagen. Su primera producción poética le sale del corazón: ésta de su última época es el producto de una cuidadosa elaboración cerebral. El intelectual mata al poeta. Ya no es el volcán empenachado de tormentas ni siquiera, a despacho de Goldber, «el taller de un escultor olímpico que saca estatuas de montañas de mármol». Yo diría mejor: es un escultor de miniaturas que pule y cincela filigranas. Las estatuas las sacaba antes, cuando era el poeta arrogante, viril y mayúsculo de la primera época. Aquéllas, además, eran estatuas de mármol vivo, caliente, por el fuego comunicativo de su corazón. Éstas de ahora, son frías, trozos de mármol pulido al modo de una nueva estética con alardes parnasianos los cuales, a despecho de su sabia factura —y tal vez debido a ella— carecen del fuego perenne que debían animarlos.

Prendas hay en mi espíritu y lo exploro  
y de buzo trabajo por cogerlas  
y logro al fin desentrañar las perlas  
y las engarzo en oro.

Así dice en *Oda Mínima* de su última época, pero en esa exploración, en esa afanosa búsqueda de la perla para engarzarla en oro, Díaz Mirón ha perdido su natural espontaneidad, sus ímpetus pasionales, y se ha hecho enigmático y frío para las muchedumbres que le aplaudieron y le amaron. Que al pueblo poco pueden importarle ya sus adquisiciones en riqueza plástica y rítmica. El pueblo es sencillo y ama la sencillez. Hay que hablarle, desnudando nuestra voz de los falsos ropajes que pueden ahogar la emoción comunicativa y el impulso pasional de nuestro corazón. Al pueblo hay que hablarle con el lenguaje del corazón, que es el

que mejor entiende. El otro, el de esa pirotecnia de la retórica modernista, culteriana, quédese para las élites, para los estetas de los gongorismos en boga.

¿Quiere decir esto que yo desdeñe a Díaz Mirón? En modo alguno. Lo tengo por un lírico formidable. Claro que prefiero al Díaz Mirón de la primera época, al que canta a Hugo y sigue los pasos de Byron. Lo leo y admiro en su segunda época, aunque no sea ya mi preferido, en la que se nos muestra como un precursor del modernismo, que habría de influir en Rubén Darío y en Santos Chocano. Y lo leo y lo seguiré leyendo en su última etapa, aunque tampoco sea el poeta de mis preferencias. A su culto a la forma y al ritmo prefiero ese culto que rinde a la libertad y al hombre en los versos de sus primeros tiempos, cuando Díaz Mirón era el poeta —digámoslo con palabras de Urbina— de las muchedumbres populares que se embriagaban con su música impetuosa y torrencial, con sus poesías.

Díaz Mirón, magnífico poeta popular, muere en la cárcel de Veracruz y en ella nace Díaz Mirón, el poeta aristocrático de *Lasca*. No es la reacción de un Oscar Wilde, por ejemplo, el cual sale de la cárcel de Reading más humano y también más rebelde. A la rebelión se llega por la humanización. El proceso que se reliza en Oscar Wilde es a la inversa: para que el aristócrata que escribiera *El Retrato de Dorian Gray* llegara a escribir después *De Profundis* es necesario que el aristócrata muera y se salve el hombre. Y el hombre se salva. Es lo que falla en Díaz Mirón: el poeta muere, porque muere el hombre.

«He pasado—escribe Oscar Wilde en *De Profundis*—por todos los modos posibles de sufrimiento. Mejor que Wordsworth yo sé lo que Wordsworth quiso decir en aquellos versos suyos:

«... El sufrimiento es permanente, oscuro, misterioso, tiene la naturaleza del infinito.» [terioso,

«...Estoy sin un céntimo y sin techo. Sin embargo hay algo peor que esto. Me siento perfectamente sincero al afirmar que antes que abandonar esta prisión con un sentimiento de amargura contra la humanidad, preferiría mendigar voluntariamente mi pan de puerta en puerta.

«Si no me dieran nada en casa del rico, algo recibiré en la morada del pobre; los que poseen mucho suelen ser egoístas, en tanto que los que tienen poco están siempre prontos a repartirlo. No me desagradaría en verano dormir sobre la hierba fresca, y en invierno acurrucarme en un pajar o debajo de una cabaña, siempre que en el corazón tuviera un poco de amor.»

Mariano Viñuales

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### “La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# FACTORES DE DEGRADACION SOCIAL



El cine, el diario y la radio están modelando a grandes masas. El cine ha impuesto figuras universales, modas universales y reacciones universales. Hasta qué punto puede el cine deformar la realidad y presentar imágenes delirantes de una manera de vivir inverosímil nos lo prueban el noventa y cinco por ciento de los films que se ruedan en el mundo, pero de manera especial —por su enorme repercusión en todas partes— el cine norteamericano.

Hasta estos últimos años el cine norteamericano ha invadido los mercados y moldeado a multitudes enteras. Al mismo tiempo ha impuesto en el mundo una imagen absurda y dorada de un país: Norteamérica. Esa imagen es típica del ideal mecanicista de nuestro tiempo. Ella refleja la idea suprema del confort y de la eficacia. Justifica la amplia audiencia que consiguen los films norteamericanos en todo el mundo y su profundo impacto en la conciencia popular. Pocas personas llegan a discernir la irrealidad del permanente trasiego, en las películas, de autos lujosos, suntuosas mansiones, vacaciones alegres, cocinas de ensueño en las que no es menester lavar ni cocinar nada. Y aunque muchas lleguen a intuir la posibilidad de que todo eso sea pura ficción, se dejan mecer en ella, como el toxicómano acude irresistiblemente al fumador de opio. En última instancia ¿qué es el cine para muchas personas, si no un fumadero de opio en el que consiguen el olvido de su realidad y el acceso imaginativo a un mundo placentero y fácil? No creemos haber exagerado al decir en otra ocasión que el aburguesamiento no es solamente una forma de vida, sino una manera de ver la vida y de pensar la vida también.

El cine, en sus formas más extendidas, comporta deformaciones mentales de singular contenido. Estimula pasiones y fomenta envidias. En cualquier caso promueve una psicología desviada de las realidades sociales, de los problemas concretos del hombre. Y, desgraciadamente, el más importante consumidor de films de ínfima categoría es el gran público, la masa popular.

Grandes encuestas han evidenciado la influencia ejercida por el cine en la formación del delincuente juvenil. Pero no es necesario dramatizar las consecuencias para medirlas en sus resultados más generales. Sabemos el impacto de violencia inferido a la mente del niño y del adolescente por el pistolero llevado al celuloide, por la guerra representada espectacularmente de una manera mentirosa, adobando el sadismo y la carnicería hasta transformar-

los en heroísmo e idealidad. Pero si eso no fuera verdad, sabemos ciertamente que el cine ha desvitalizado la imaginación popular, transformando sus gustos, su folklore y su sensibilidad en el sentido más peyorativo.

El cine, como función cultural, no ha desarrollado nuevas aptitudes. Sigue siendo una posibilidad de educación, un posible instrumento de comprensión internacional en el futuro. Contemporáneamente, es una empresa de sometimiento moral al introducir entre las masas el absurdo y la ficción como jerarquías ideales y al fomentar la evasión de la realidad como respuesta a los conflictos espirituales del hombre.

\* \*

Cumpliendo una función idónea al cine dentro del marco de la vida social de hoy, el gran rotativo es otro de los símbolos de la primacía burguesa, de su mentalidad, sus intereses y sus gustos. Las encontradas posiciones que defiende una Prensa dentro del área nacional no importan nada para lo que representa su función intrínseca. Esta consiste de manera capital en inducir a ver las cosas de una determinada manera.

La Prensa es un poder, y un poder formidable. A nadie escapa el hecho de que en todas partes —o casi en todas partes— existe una prensa que no es la prensa burguesa o la prensa del Estado; una prensa que es más honesta en sus propósitos y más radical en sus fines. Esta es la prensa que no tiene circulación. Dirigiéndose a los obreros, a los intelectuales, a los estudiantes y a todas las personas de buena voluntad, casi nunca encuentra el eco merecido. Unas veces porque carece de medios para establecer una seria competencia a la «Gran Prensa», pero casi siempre porque sus ideas, sus soluciones y sus críticas requieren un esfuerzo mental y una actitud subsiguiente que comporta, igualmente, esfuerzo y hasta sacrificio. Entonces resulta más cómodo para la mayoría el fumadero de opio.

En los rotativos el opio se sirve en forma de historietas amenas que, analizadas, demuestran que el tipo medio de lector de esos rotativos no ha transpuesto mentalmente la edad infantil. Originalmente, el auge de la historia cómica colocada en forma de tira periódica se dió en Norteamérica. Su antecedente más remoto se encuentra en las tiras de propaganda que puso Franklin en circulación valiéndose de globos. En 1907 el «San Francisco Chronicle» comenzó a publicar las primeras historietas de Bud Fisher, que algunos años más tarde ya cobraba cien mil dólares anuales por su trabajo. El éxito mobilizó imitadores y dos importantes sindicatos se crearon



para la venta y difusión de las tiras cómicas. Estas daban satisfacción a un público superficial, ávido de diversiones y sensacionalismo. La tira cómica, aparentemente inofensiva, dió paso a su «pendant», la tira de texto e imágenes delirantes.

La evolución de esta «técnica» demuestra que, puesto en marcha un mecanismo, su impacto inmediato tiende a acrecentar el movimiento y a imponerse vertiginosamente. En casi todas partes del mundo se ha puesto de moda una actividad editorial que pudiéramos llamar subsidiaria de la gran prensa, aunque despojada de todo carácter político o informativo. Se trata de las revistas ilustradas, aparentemente para niños, pero que cualquier persona advertida podrá notar que en los medios públicos de locomoción son leídas por los adultos a un ritmo siempre creciente. Sabemos por las estadísticas que ese tipo de publicaciones tiene una circulación exorbitante, mientras las revistas literarias o científicas serias se ven condenadas a una vida precaria o a la extinción.

Contrastemos, a título de ejemplo, posibilidades. El dibujante Han Ketcham inició su carrera en 1951 con un personaje: **Dennis the Menace**, que se publicó en quince periódicos simultáneamente. Un año más tarde 160 diarios lo contrataron. Un libro con dibujos sobre su personaje tuvo una venta superior a 150.000 ejemplares. Ultimamente, la televisión y más de diez diarios latinoamericanos han firmado contrato con Ketcham. Además se publicará una revista con sus historietas. Este éxito fulminante justifica, de paso, el confinamiento de las revistas literarias y políticas, su desaparición muchas veces. **Politics o Partisan Review** encontraron siempre más eco entre la pequeña minoría intelectual del mundo entero, que en el medio autóctono en el que quisieron expandir sus ideas. Hoy viven las revistas universitarias, demasiado intelectualizadas para que puedan lograr un eco popular interesante. Todo lo demás es sensacionalismo de la más diversa factura, pero sensacionalismo a secas. Tal vez haya que buscar en el auge de esa mentalidad el auge simultáneo de los «quemadores de libros» a lo Mc Carthy.

\* \*

En un ensayo crítico de profunda penetración sobre las revistas juveniles —sus tendencias, su psicología, su lenguaje, su color—, George Orwell llegó a conclusiones muy ajustadas a la realidad. Señala que en ese género de literatura, una de las principales características emergidas de la guerra es el culto al matón, a la violencia. Esta misma tendencia ha saturado profundamente una buena parte de la literatura general —principalmente en la novela norteamericana— y ha invadido la calle en las historietas o tiras de los grandes rotativos.

Otra de las observaciones de Orwell en su estudio sobre la literatura juvenil de post-guerra es el culto al caudillo, la necesidad de que el lector se represente en un individuo superior, casi siempre una verdadera deformación humana. Adviertase en esta tendencia el impacto dejado en nuestra época por la psicología del hitlerismo o del fascismo en general. Hay que hacer notar que esa superioridad se basa generalmente en la fuerza física y en la astucia, nunca en la generosidad ni en la inteligencia pura. Aún hay otro detalle de interés, que es la administración de una pornogra-

fía en tales publicaciones, que refuerza la sensación de salacidad en el lector adolescente.

La derivación más importante, por lo nefasta, en este género de literatura, es la que adapta la mentalidad adolescente, en proceso de formación, a los complejos autoritarios, a la dependencia mental hacia el caudillo, el super-hombre, el matón; a la idea de poder representado en la fuerza bruta, en una palabra, y ejercido por individuos que hayan dado suficientes pruebas de gorilismo. Ya ha explicado el psicoanálisis que el substrato genuino de esas tendencias es el complejo de frustración. Según Orwell, las revistas que más exacerban esa tendencia a la crueldad son las norteamericanas. Cita este texto: «En las revistas yanquis notamos verdadera avidez de sangre, descripciones realmente sangrientas del tipo de lucha en que todo vale, aún saltar sobre los testículos del adversario, escritas en una jerga perfeccionada por gentes que cavilan perpetuamente en la violencia». He aquí un ejemplo, en palabras, del contenido de una de las revistas de ese tipo de mayor circulación en EE. UU.: «Avanzó impasiblemente y me aplastó la cara con un derecho duro como un garrote. Saltó sangre y retrocedí, trastabillando, pero junté fuerzas y le hundí la derecha debajo del corazón. Otra derecha dió de lleno en la boca ya deshecha de Sven y, escupiendo los fragmentos de un diente, me sacudió una izquierda feroz contre el cuerpo. (Fight Stories)».

La plasticidad de este léxico, aplicado ininterrumpidamente a inteligencias de formación mediocre, conduce a resultados de alta insensibilidad social o encuentra derivaciones verdaderamente antisociales en el gangsterismo, tan cultivado en las grandes urbes norteamericanas. En las publicaciones de este tipo corrientes en otros países tal vez no se acentuó de manera tan sanguinaria el impacto sádico, pero en casi todas se usa el mismo lenguaje delirante y fantástico y se recurre a la apología de los puños y la astucia para simbolizar al héroe. A este fenómeno no es ajeno, el creciente envilecimiento de las masas, el auge desaforado de los deportes violentos y la expansión invasora de los estadios.

Precedentes históricos nos demuestran en qué medida un envilecimiento colectivo es nefasto para el desarrollo de una sociedad, una civilización o una cultura. El ejemplo más acabado nos lo demuestra la sociedad romana de la decadencia, donde la degradación alcanzó el paroxismo. También entonces los símbolos que dominaban la psicología del mundo romano eran el poder y la fuerza. Las derivaciones más importantes de aquella psicología fueron también el sadismo en el circo y el fomento de una sexología equívoca. Hoy sabemos que una sociedad de tal manera estructurada estaba condenada de antemano a morir en la abyección y a producir monstruos humanos como Nerón y Calígula. De un millón de habitantes con que llegó a contar Roma bajo los Antoninos, la mitad se dedicaba a pordiosear para comer y refocilarse en el circo. El circo terminó siendo el símbolo universal de la sociedad romana y no podemos dejar de establecer un parangón —salvando las distancias de rigor— entre aquel furor de espectáculo y el de las grandes multitudes de los estadios de nuestros días.

BENITO MILLA



# LA MUERTE DE KROPOTKIN

El libro «Kropotkin, el príncipe anarquista», escrito por George Woodcock e I. Avakoumovitch, editado en Inglaterra y traducido inmediatamente al francés, tiene entre muchas de sus virtudes la de revelarnos aspectos inéditos o poco conocidos en detalle sobre la vida de Kropotkin. Desde el primero hasta el último capítulo, este libro es de gran interés para los que hemos visto en Kropotkin no sólo a uno de los más eminentes teóricos del anarquismo, sino a una personalidad ejemplar. De la personalidad de Kropotkin hacen un estudio documentado y analítico los autores. Ningún detalle de su vida múltiple, de hombre de ciencia, de propagandista y de revolucionario, es dejado en olvido. Pero esa fase última de su vida, y de la obra, es lo que más resalta.

La gran carnicería guerrera de 1914-18 fué crucial para la vida de Kropotkin. Aquel acceso de demencia colectiva representó un rudo golpe para las concepciones kropotkianas tan imbuidas de optimismo. La posición que adoptó Kropotkin con respecto al problema de conciencia planteado entonces, ha sido objeto de enconadas críticas. Hay en aquella postura una reacción desesperada ante el barbarismo que implicaba la frustración de sus sueños revolucionarios cifrados por él a corto plazo. Pero subsiguientemente al estallido de la guerra se produce la revolución rusa. Este acontecimiento hace reverdecer sus esperanzas. El retorno a Rusia le promete no sólo la evasión de aquel ambiente de los círculos anarquistas europeos, tan cargado de pasión y tan tormentoso para el espíritu del gran revolucionario, sino la vuelta al suspirado terruño y el contacto directo con la revolución. Kropotkin ve en esta revolución la tabla salvadora para sus convicciones, y quizás inconscientemente, un bálsamo para su prestigio de hombre y de pensador.

En Rusia, la vida de Kropotkin tiene dos fases. La primera es la del hombre todavía influenciado por su recaída circunstancialista de los últimos años; la segunda es una recuperación total de las convicciones de toda su vida. La tiranía bolchevique ha hecho este milagro. Y el espíritu de Kropotkin no sólo llega a encontrarse a sí mismo sino que se supera y llega a emitir la más clarividente profecía sobre el bogante experimento autoritario.

Los autores de «El príncipe anarquista», presentan a Kropotkin en su retiro de Dmitrov, a pocos kilómetros de Moscú, en pleno canto del cisne. Repetimos que esta última fase de la vida del gran anarquista es poco conocida y esperamos que, sin ser una revelación, sea de gran interés para los lectores de habla española.



A hemos mencionado algunos de los visitantes que iban a Dmitrov durante el año 1920. Pero ha habido otros que han informado de un modo más personal y que dan mejor idea de la vida privada de Kropotkin. Durante el mes de mayo Emma Goldman y Alejandro Berkman estaban en Moscú y acostumbraban a visitarle. Estos supieron que George Lansbury, que era entonces redactor en jefe del *Daily Herald*, había obtenido facilidades para personarse en Dmitrov, y que se había puesto a su disposición un tren especial; bajo demanda de Sacha Kropotkin, aquél aceptó traerse a Berkman, Emma Goldman y Shapiro.

Todos ellos quedaron penosamente impresionados al ver a Kropotkin. Emma anota que «observó en él un aire de vejez y decrepitud»; Berkman constata «su aspecto demacrado y su debilidad». Pero todos encontraron en él «su vieja amabilidad y simpatía». Hablaron como de costumbre de los bolcheviques, de los cuales dijo Kropotkin: «Ellos han demostrado como *no hay que hacer* la revolución», subordinando los intereses de ésta a su dictadura y destruyendo las cooperativas que hubieran podido acercar los intereses de los obreros y de los campesinos. De hecho, tanto Kropotkin como sus amigos, se manifestaron tan rudos en su crítica que Lensbury, que tenía entonces una tendencia a dejarse fascinar por el comunismo, hizo la siguiente observación: «No fué ciertamente una noche de conversación agradable: todos estos individuos afirmábanse en su fe anarquista y rehusaban ver o escuchar otra cosa que no fuese en desdoro del régimen soviético». Interrogado por qué no había levantado su voz contra el gobierno, Kropotkin dijo, que, en tanto que Rusia se encontrase bloqueada

por las potencias del Oeste, no uniría su voz al coro de los ex revolucionarios que, por sus acusaciones, no hacían más que ayudar a los enemigos del pueblo ruso. Prefería guardar silencio, y tristemente añadió: «Hemos señalado siempre los defectos del marxismo en acción. ¿Por qué sorprendernos ahora?»

Más tarde, en pleno verano, Emma Goldman hizo otra visita a Dmitrov, y encontró a Kropotkin muy cambiado y mejorado, sobre todo a causa del sol y de una alimentación más abundante.

«Me pareció mejorado, más vigoroso, más vivaz que cuando le ví la última vez... Parecía joven; estaba bastante alegre; su conversación era ágil. Su potencia de observación, su sentido agudo del humor y su generosa humanidad eran tan refrescantes que hacían olvidar las miserias de Rusia, los propios conflictos, las propias dudas de la realidad cruel de la vida.»

Una vez más la conversación rodó en torno de la revolución. Kropotkin estimó que no había ninguna razón para perder la esperanza. Lo producido era aún más importante que la revolución francesa, pese a que los bolcheviques, «estos jesuitas del socialismo», la deformaban sirviéndose de una burocracia asfixiante. Criticó a los anarquistas que habían hablado mucho de revolución en general, pero que no habían hecho gran cosa para preparar la tarea que era necesario llevar a cabo. «En un proceso revolucionario, los actos reales no estriban sólo en la lucha, que no es más que la fase destructiva necesaria para desembarazar la vía para el esfuerzo de reconstrucción. El factor principal de una revolución es la organización de la vida económica del país. La revolución rusa ha demostrado de forma decisiva que debemos prepararnos para esto. Todo lo demás es de menor importancia.»



El estado de ánimo de Kropotkin, generalmente, había mejorado. Lo demuestra su última carta a Tourine, escrita hacia el fin del mes de junio, y en la cual decía a su amigo: «Seguimos viviendo, lo que quiere decir mucho: en buena salud, alerta el espíritu, a despecho de todos los inconvenientes. Naturalmente, hemos envejecido. Sofía, no. Ella se muestra activa y muy ocupada en el huerto y en la cosecha.»

En el mes de junio recibió la visita de Margaret Bondfield, que había ido a Rusia en calidad de miembro de una delegación del British Labour. Fué recibida con alegría por la familia Kropotkin, que estaba, cae por su peso, muy contenta de ver a alguien de Inglaterra, y que le preparó rápidamente un menú a base de sus precarias raciones.

«La señora Kropotkin parecía fatigada—dice aquélla—, pero por otra parte, en mejor estado que yo creía encontrarla. Pedro parecía perfectamente, con sus mejillas rosadas y un aspecto que probaba sin duda el cuidado que su devota compañera tenía por él.»

Después de haber hablado un momento de las cuestiones rusas, el soviét local hizo irrupción para invitar a Margaret Bondfield a dirigir la palabra a la gente del pueblo. Daban aquellos a entender que considerarían la presencia de Kropotkin como un honor. No se sabe lo que pensaría él, pero se personó en la escuela, donde tenía lugar la reunión, indudablemente por sentimiento de deferencia hacia el invitado. Kropotkin fué saludado con aplausos y, a la fin, el presidente pronunció un discurso para rendir «homemaje a los servicios que el proletariado del mundo había recibido del hombre eminente que vivía entre ellos.» Un periodista americano, presente en el acto, dijo a Roger Baldwin que Kropotkin se mostró muy embarazado por esta muestra de amistad de parte de una institución que él había rechazado. Mientras le aplaudían se mostraba como fuera de su ambiente, y después del discurso del presidente, se levantó, medio contento, medio molesto, enrojeció y volvió a sentarse sin pronunciar una palabra.

Al partir Margaret Bondfield, Kropotkin confióle un documento que deseaba ver publicado en el extranjero y que ha sido reproducido como apéndice en el informe de la comisión del laborismo británico. Se trataba de una «Carta a los obreros del mundo occidental», escrita con una claridad y un sentido de realidad que probaba que la capacidad intelectual de su autor no se había debilitado.

Al comienzo, Kropotkin invitaba a los trabajadores y a todos los elementos progresistas a pedir el cese del bloqueo y de la guerra de intervención, visto que tales actos de hostilidad, lejos de salvar a los buenos elementos revolucionarios, tendría «por resultado inevitable reforzar los poderes dictatoriales», obstaculizar la labor de aquellos rusos deseados de una reconstrucción social, y crearía un antagonismo hacia el Oeste. Exponía seguidamente su proyecto de una Rusia organizada a base de una federación de pueblos autónomos que daría lugar a una federación, menos estrecha, de municipios rurales y de ciudades libres; subrayaba el hecho de que un acercamiento rápido entre Rusia y las naciones occidentales podría ayudar a minimizar las tendencias centralistas.

La segunda parte de su carta era una exhortación a los pueblos de los demás países para que tomasen ejemplo de los errores cometidos en Rusia. Al esforzarse a realizar la igualdad económica, la revolución rusa había avanzado un paso más que sus hermanas francesa e inglesa. Pero el esfuerzo de los bolcheviques de llegar a ella por la dictadura centralizadora de un partido, había demostrado solamente «que el comunismo no debe ser impuesto.»

Kropotkin describía como una «gran idea» la concepción original de los Soviets y su control de la vida del país, puesto que esta concepción tendría por consecuencia la participación directa de los verdaderos productores. Pero bajo la dictadura de un partido, estos Soviets o Consejos de Trabajo se hallaban reducidos a un papel pasivo e insignificante.

Preveía Kropotkin que el socialismo haría progresos en todas las partes del mundo, e invitaba a los trabajadores a asegurarse en el sentido de que sus energías no fuesen derrochadas inútilmente, y a emplear aquellas energías en la creación de una nueva Internacional no sujeta a ningún partido, pero basada en la libre cooperación de productores organizados en sindicatos, «con vistas a liberar la producción mundial de la esclavitud en que se encuentra actualmente con respecto al capital».

Eran palabras osadas si se tiene en cuenta que debían ser publicadas en la prensa de Occidente; y que los bolcheviques, que ya habían encarcelado a millares de personas por discrepancias menos fundamentales, las leerían seguramente. Pero Kropotkin, cualesquiera que fueren sus errores, no ha carecido nunca de coraje cívico, y en este caso, como Tolstoi varios años antes, levantó su voz tanto como pudo contra los abusos del Poder, y en Rusia si no pudo ser escuchado más que por un pequeño número de personas, fué por falta de medios de publicidad, de los cuales no había carecido Tolstoi bajo la autocracia zarista.

Durante los meses siguientes, la naturaleza brutal del régimen de Lenin se hizo prácticamente más evidente. La indignación de Kropotkin aumentó, y finalmente, durante el otoño de 1920, cuando los bolcheviques adoptaron el método repugnante y medieval de los rehenes para protegerse contra toda violencia posible de parte de sus adversarios, se vió obligado a escribir su famosa carta a Lenin, documento que, en razón de su valentía y de su lealtad intachable, merece ser colocada al lado del «No puedo callarme», de Tolstoi, escrito doce años antes en circunstancias análogas. No había ninguna vacilación, ninguna duda moral en sus acentos vibrantes:

«He leído hoy en la «Pravda» un comunicado oficial del Consejo de los Comisarios del pueblo, según el cual se ha decidido retener, en calidad de rehenes, a diversos oficiales del ejército de Wrangel. No puedo creer que no haya a vuestro lado un solo hombre que pueda decirnos que tales decisiones recuerdan la más sombría Edad Media, el período de las Cruzadas. Vladimir Ilitch, vuestros actos reales son enteramente indignos de las ideas que pretendéis defender.

«¿Es posible que no sepáis lo que significa efectivamente un rehén? Es un hombre encarcelado, no por un crimen cometido por él, sino porque conviene a sus enemigos practicar el chantaje con vistas a sus compañeros. Estas gentes deben sentir exactamente la impresión de los condenados a muerte a quienes verdugos inhumanos anuncian cada día, al mediodía, que su ejecución ha sido aplazada hasta el día siguiente. Si admitís tales métodos, podremos creer que un día recurriréis a la tortura cual se practicaba en la Edad Media.

«Espero que no me replicaréis con que el Poder es un deber para los políticos, y que todo atentado a ese Poder debe ser considerado como una amenaza de la cual hay que protegerse a no importa qué precio. Esta es una opinión que no sostienen ya ni los reyes; los jefes de los países donde existe aún la monarquía han abandonado desde hace mucho tiempo los medios de defensa por la retención de rehenes, introducido actualmente en Rusia.

«¿Cómo puede usted, Vladimir Ilitch, usted que pretende ser un apóstol de nuevas verdades y el creador de un Estado nuevo, dar su asentimiento a la aplicación de métodos tan repugnantes, tan inaceptables? Tal medida equivale a confesar públicamente que continúa fiel a las ideas del pasado.

«Pero quizás la política de rehenes no tenga por finalidad el salvar su obra sino su vida. ¿Se halla usted tan ciegamente prisionero de sus ideas autoritarias para no darse cuenta de que, situado a la cabeza del comunismo europeo, no tiene usted el derecho de mancillar las ideas que defiende por procedimientos vergonzosos, por métodos que no son solamente la prueba de un error monstruoso, sino que también de un temor injustificable por su propia vida?



«El imperio knuto-germano y la revolución social», continuación, puede decirse, de sus «Cartas a un francés».

Lyon fué un motivo crucial para el espíritu de Bakunin. Consideró desde entonces el mundo de manera distinta. No había menguado en sus trabajos revolucionarios ni sufrieron alteración sus deseos y finalidades. De ningún modo. Continuaba impregnado del ideal de libertad ilimitada sin ninguna clase de impedimentos. Pero acusó la falta de impaciencia revolucionaria de los hombres. Le parecía que querían éstos sestear placenteramente hasta que, cansados de la esclavitud, surgiera nuevamente en ellos la dignidad del hombre. Cuando más contemplaba a estos hombres pasivos y benignos, tanto más le parecía importante la necesidad de sacudirles y despertarles. Marx no se sentiría agobiado por tales angustias. Este, aprovechando este estado de somnolencia, pretendió maniobrar con las conciencias semidormidas. En Bakunin se reanima la fiebre por producir. Escribe cartas e imprime artículos. Anima a todos los considerados como amigos suyos. Y en abril de 1971, en plena Commune de París, se dirige hacia el Jura, donde se hallan sus amigos.

### LOS HOMBRES DEL JURA

Al estallar la guerra se produjo un cambio total en el Jura. Muchos afiliados a la Internacional habían sido movilizadas; otros habían perdido su trabajo a consecuencia de la crisis industrial. La guerra obligábalos a perder contacto con el movimiento. En este momento crucial fué liquidado el periódico del Jura, agobiado por confiscaciones y también por disminución de los abonados.

Además reinaba gran pesimismo, y la unidad había dejado de existir en la Suiza romana. Los del Jura se esforzaban en su afán de apaciguar y conciliar. Sus proposiciones eran justas y prudentes habida cuenta de la posición del adversario. Y concedieron a éste beligerancia en la esperanza de que mediante la buena fe sería posible armonizar las más diversas opiniones. Pero estos adversarios extremaron su hostilidad y declinaron toda propuesta de conciliación. Deseaban la rendición de los del Jura y la eliminación de lo que llamaban influencia de Bakunin y de la «canalla de la Alianza». Conmueve el derroche conciliador del Jura, tanto más si se tiene en cuenta la intransigencia de Utin y sus seguidores. Esta situación remedaba la fábula del lobo y la oveja. Pues la intención de Utin era la destrucción en vez de la unión contra el enemigo común. Este, como toda persona de corto entendimiento, tenía una idea fija que procuraba poner en práctica por encima de todas las cosas. Le importaba poco sus consecuencias fatales para el movimiento. Para Utin y los suyos cada proposición de los del Jura era una especie de celada. Lo positivo no les conmovía y criticaban continuamente los actos de los demás. Situados en la galería podían dedicarse impunemente a esta labor de crítica. Su fin era desprestigiar a los jurasanos a los ojos de los trabajadores.

Después de un extenso y tempestuoso debate la votación quedó establecida de la siguiente manera: 21 delegados votaron a favor y 18 en contra. Por decisión de la mayoría, pues, la Alianza fué aceptada en la Asociación romana. Pero la minoría declaró no aceptar esta resolución bajo ningún concepto, y en vista del tumulto general, el presidente del «Círculo Internacional» pidió a la mayoría que abandonara la sala, pues de otro modo, añadió, tendrían que recurrir a la fuerza. Los empleados colectivistas que habían votado por el ingreso acataron esta «invitación» y abandonaron el Círculo para continuar los debates en otro lugar. La minoría permaneció, y de ahí que en Chaux-de-Fonds tuvieran lugar dos Congresos, colectivista el uno, antiolecolectivista el otro. La Asociación se había escindido. Los ensayos de reconciliación verificados por los colectivistas no dieron ningún resultado.

Con relación a los estatutos, al Comité y al órgano oficial, el Congreso colectivista adoptó las siguientes conclusiones:

1. — El Estatuto de la Asociación es alterado en el sentido de que el Comité puede ser formado por miembros de las diferentes secciones de la Asociación. Como lugar de residencia del Comité, para 1870-71, fué escogido Chaux-de-Fonds, y el Comité quedó compuesto por miembros de las Secciones de Chaux-de-Fonds y Locle.

2. — Como director del órgano oficial fué nombrado un redactor que estaría bajo el control de la comisión redactora, al cual le serían añadidos seis colaboradores de las secciones.

3. — El nombre del órgano es modificado. Se llamará «Solidaridad», con sede en Neuenburg, y James Guillaume será redactor.

En Chaux-de-Fonds, el Congreso antiolecolectivista, compuesto totalmente de delegados de Ginebra y de partidarios de Coullery, aceptó una alteración muy amplia de los estatutos, que preveía que en el futuro no se daría ingreso en la Asociación a secciones puramente propagandísticas (como la Alianza). Prohibía al Congreso la elección de una comisión redactora del órgano oficial, función que transmitía a una sección que naturalmente sería Ginebra.

La discusión de los puntos del programa produjo casi el mismo resultado en los dos Congresos. Y en tocante a la concentración de los fondos para huelgas resultaban diferencias muy notables con relación al valor de las cooperativas. Los antiolecolectivistas parecían aprobarlas sin objeción como medio eficaz en la lucha emancipadora. Por su parte, los colectivistas admitían las cooperativas como forma de organización del trabajo, pero tenían en cuenta que la emancipación de los trabajadores no puede ser alcanzada por medios cooperatistas sino solamente por la revolución social internacional.

Las resoluciones aceptadas por ambos Congresos fueron muy diferentes en cuanto al punto que trataba de la actitud de la Internacional ante el Poder gubernamental. He aquí la resolución de los colectivistas:



«Considerando que una emancipación definitiva de los trabajadores sólo es posible por una mutación de la sociedad políticamente organizada sobre el privilegio y la autoridad y por el establecimiento de una sociedad organizada económicamente sobre la base de la igualdad y la libertad;

«Considerando que todo Gobierno y todo Estado organizados políticamente no son más que instrumentos de explotación al servicio del capitalismo y según el derecho burgués;

«Considerando que la participación del proletariado en la política burguesa sólo puede reafirmar el sistema actual y paraliza la acción revolucionaria de la clase obrera;

«El Congreso recomienda a todas las Secciones de la Internacional renunciar a toda acción que persiga la transformación de la sociedad por medio de la política nacional de reformas. El proletariado debe concentrar toda su atención en fortalecer la organización sindical y en unirse internacionalmente, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. Esta organización será la representación genuina de los trabajadores, la cual obrará libre de toda influencia política de gobierno.»

Muy diferente es la resolución del Congreso antiolecionista:

«1. — La abstención política lesiona los intereses del movimiento obrero.

«2. — Al participar en la acción política y proponer candidatos para las elecciones legislativas y ejecutivas no lo hacemos por creer que por este procedimiento se pueda alcanzar la emancipación de los trabajadores. Sabemos muy bien que se impone previamente la abolición del sistema económico actual. Nos servimos de la representación obrera parlamentaria como medio de agitación y de propaganda, táctica ésta que no puede ser desestimada.

«3. — Y en tanto que la participación política es sólo un medio de agitación, se desprende lógicamente que la total transformación de las condiciones sociales es nuestra gran finalidad. Por tanto, toda colaboración política se halla condicionada a ser una simple táctica para el movimiento socialista.»

Persistió, pues, la Federación romana dividida en dos fracciones. En el Congreso los colectivistas tuvieron la mayoría de su lado, y según los estatutos representaban a la legítima Federación. Es interesante examinar la posición sentada por el Consejo General. Por la forma era lógica su inclinación de parte de los colectivistas; por el espíritu era no menos lógico que se pronunciara por los antiolecionistas. Y siéndolo en espíritu intentó serlo en la forma. Por esto negó legitimidad a la mayoría colectivista, y reconocía como oficial al comité de la minoría, dándole título representativo de la Asociación romana. El comité de Chaux-de-Fonds tendría una simple significación local.

Los colectivistas no podían quedar satisfechos con esta decisión, y poco tiempo después la cuestión tuvo que ser solucionada de otra manera. Pero como acontecimientos de

«3.º — Queda abolido el pago de impuestos y el reconocimiento de hipotecas. El impuesto es substituido por la contribución de la Comuna, imponiéndolo a los ricos en la medida de las cantidades que sean necesarias para salyar a Francia.

4.º — El Estado ha desaparecido; por lo tanto no puede entrometerse en el pago de deudas particulares.

5.º — Todas las administraciones existentes en la Comuna quedan anuladas y los comités para la salvación de Francia ejercerán el poder bajo el control directo del pueblo.

6.º — En las capitales departamentales los comités allí existentes delegarán dos miembros que pasarán a formar parte de la Convención revolucionaria para la salvación de Francia.

7.º — Esta Convención se reunirá en el Ayuntamiento de Lyon.»

Sabemos que Marx y Engels intentaron ridiculizar el movimiento de Lyon y, con él, la participación de Bakunin. El «Volkstaat» llegó a más. Inmediatamente después de los acontecimientos comentó la anterior proclama con la siguiente frase: «La proclama hubiera muy bien podido ser reeditada por la oficina de prensa de Bismark».

Después de la rebelión de Lyon la gran fe revolucionaria de Bakunin decayó. Regresó a Suiza sin confianza, que parecía haber enterrado en Francia. El pueblo le parecía ahora doctrinario y filisteo. Llegaba a Locarno con una profunda desilusión en el alma, creyendo quizás que el espíritu de Bismark era en Europa más fuerte que la revolución. Por lo menos en Alemania y en Francia. Esta le parecía vencida y también la idea de la revolución. Y esto por muchos años. La victoria prusiana no sólo significaba para él la derrota de Francia sino la del mismo pueblo francés. Bakunin había creído que este pueblo se levantaría a la vez contra los prusianos y contra su propio gobierno. En vista del resultado, comprobó su desengaño y despidióse de su idea de una revolución inminente; por lo contrario presagió para Europa un poderío de fuerte reacción militar y burocrática que subsistiría por muchos años. Con su fe desapareció también el sentimiento de su seguridad y fuerza propia ante los ataques de sus enemigos. Según Bakunin, la táctica de Marx había conseguido detener el impulso revolucionario del pueblo. Marx, por su parte, había visto en Bakunin un perturbador de su trabajo propagandista. Las concepciones de Marx eran para Bakunin un motivo adormecedor de la conciencia revolucionaria de las masas. Comprendía éste que la revolución no había sido abortada en Francia por la sola resistencia exterior, sino que también por falta de madurez en el pueblo. Esta falta de madurez había sido el factor más esencial. Según su opinión, la propaganda de Marx mataba esa conciencia popular en vez de despertarla. Y al llegar a esta conclusión concentraba todas sus fuerzas para dar la batalla a las concepciones marxistas.

Al regresar a Locarno, Bakunin se dedicó a plasmar esta opinión en una obra teórica. Así nació la primera parte de



pagar por los obreros. Como Estado, Francia está perdida. No puede salvarse ya por los medios regulares. Le toca a la verdadera Francia, a todo el pueblo francés, entrar en la escena de la historia internacional para salvar su libertad y la de toda Europa por medio de una sublevación gigantesca, al margen de todo estamento administrativo, de todo gobierno central. Y expulsando de su suelo al ejército prusiano Francia habría liberado al mismo tiempo a todos los pueblos de Europa e impulsado la emancipación social del proletariado.»

### BAKUNIN EN LYON

Bakunin era un hombre de acción, y aprovechaba en este sentido cuantas posibilidades se le ofrecían. Mantenía correspondencia epistolar con todos sus amigos franceses, y a los 56 años de edad penetró en Francia atraído por la lucha revolucionaria e ideológica. A invitación de estos amigos se dirigió a Lyon el 15 de septiembre de 1870. No describiremos en detalle los hechos desarrollados en esta ciudad francesa del 26 al 28 del mes de septiembre de aquel mismo año. Tuvieron estos acontecimientos un comienzo favorable que correspondió con ciertas circunstancias materiales y psicológicas. Pero terminaron poco después en un fracaso. Detenido Bakunin en el Ayuntamiento de Lyon por los guardias nacionales, fué liberado por sus amigos. Seguidamente se dirigió a Marsella, permaneciendo allí del 30 de septiembre al 24 de octubre. Trató también en Marsella de organizar una sublevación, pero como las circunstancias no se presentaban favorables decidió embarcar para Génova y regresar seguidamente a Locarno. Días después de su salida comenzó la rebelión en Marsella. Se proclamó allí, el 11 de noviembre, la comuna revolucionaria que ocupó el Ayuntamiento durante cuatro días.

Para tener una idea de las actividades de Bakunin durante estos acontecimientos, reproducimos el manifiesto del Comité Revolucionario de Lyon (26 de septiembre) que traduce el espíritu de Bakunin. El manifiesto llevaba la firma de éste:

«REPUBLICA FRANCESA. — FEDERACION REVOLUCIONARIA DE LAS COMUNIDADES. — La situación caótica en que se debate el país, la impotencia de los poderes oficiales y la indiferencia de las clases privilegiadas han empujado a la nación francesa hacia el abismo. Si el pueblo francés, organizado revolucionariamente, no se decide a actuar urgentemente su futuro queda sellado y la revolución habrá sido automáticamente aplastada. Atentos a este enorme peligro, y en la convicción de que la acción desesperada no puede retrasarse ni un momento más, los delegados de los comités, unidos para salvar a Francia, proponen las siguientes resoluciones:

«1.º — Queda abolido el aparato administrativo y gubernamental. El pueblo francés toma posesión de su propio destino.

«2.º — Todos los tribunales quedan anulados y serán substituidos por la representación del pueblo.

gran importancia ocupaban su atención, el problema quedó sin resolver, por lo que ambos comités desenvolvieron de forma independiente.

### LA GUERRA Y LA «COMMUNE»

La guerra franco-prusiana interrumpió el desarrollo normal de la Internacional, pero no puso fin a la polémica iniciada por Marx. Sus ataques contra Bakunin persistieron. Pero la guerra afectaba psicológicamente a los trabajadores europeos. Impidió el trabajo orgánico, despertó sentimientos patrióticos y secó las raíces del internacionalismo especialmente en aquéllos en que éste había arraigado débilmente. Los efectos del conflicto, la derrota de la «Commune» de París y la matanza de miles de obreros, destruyeron la vanguardia revolucionaria en Europa. Quedó aniquilado por varios años el movimiento francés, hasta entonces el más avanzado, y debilitó en la mayoría de los revolucionarios el valor y la fe en la transformación del orden social burgués. Después de la guerra los hombres eran diferentes a ellos mismos; no eran ya los jóvenes ardientes y esperanzados por alcanzar las estrellas sino hombres maduros con la desilusión en el alma, con cicatrices morales dolientes y con esperanzas truncadas. Antes y durante la guerra habían creído en una pronta transformación social; después no osaban seguir creyendo en cosas tan admirables ni mucho menos.

Antes, la idea de una inminente revolución social latía en muchos internacionalistas franceses. Estos esperaban una ocasión favorable para derrocar el imperio. Pretendieron proclamar la república social y ofrecer la paz a Alemania. En caso de que ésta no aceptase la paz le declararían la guerra revolucionaria. Confiaban en una intensa actividad de los socialistas alemanes. Iban, pues, muy lejos en sus propósitos. Según ellos la guerra prepararía el camino a la revolución internacional.

Al comenzar la guerra Bakunin se hallaba en Locarno. Sus opiniones eran muy parecidas a las de los internacionalistas franceses. Tras de las primeras victorias alemanas una sola cuestión contaba para él: precipitar la revolución social en Francia y oponerla a la amenazante dictadura de Bismark.

### «CARTAS A UN FRANCÉS»

Un informe escrito en Zurich puntualiza sus ideas:

«Se encuentra Francia en una situación tan peligrosa que sólo puede salvarla de la esclavitud el pueblo en armas. La burguesía prefiere ver perdido el país antes que contemplar al pueblo armado, pues esto supondría su caída. Sería la revolución social y no solamente para Francia sino para toda Europa. Un pueblo francés dueño de su voluntad y de su iniciativa en las comunas federales y revolucionarias de Francia, y la abolición de la administración del Estado serían la salvación de Francia. Pero la burguesía no puede permitirlo, pues sería su muerte. Francia sólo puede ser salvada por los obre-



ros y los campesinos unidos. ¿Están los campesinos dispuestos a esto? ¿Se hallan obreros y campesinos estrechamente unidos? Verdad es que los campesinos franceses son bonapartistas y al parecer reaccionarios. Pero es sólo aparentemente. Interiormente son egoístas y están aferrados a la propiedad, pero detestan a los grandes señores que les roban el fruto de su trabajo. Verdad es que el emperador es amado de los campesinos. Es una ilusión que brota de la historia por la que se considera al emperador enemigo de los grandes señores. Por eso no tenemos que atacar al emperador. Debemos dejar pensar a los campesinos como ellos quieren, pues en realidad minan el poder del Estado y el del emperador. Debemos inculcar a su patriotismo la necesidad de expulsar a los prusianos. Pero que antes deben liberarse de los grandes señores usurpadores de la tierra y del trabajo ajeno. Debemos inducirles a que no paguen ni deudas particulares ni impuestos ni tampoco intereses de hipotecas. Repito que todo el bonapartismo de los campesinos es superficial, una enfermedad de la piel. El campesino es revolucionario en el fondo, y la reacción se ha aprovechado con frecuencia de este sentimiento revolucionario de los campesinos para favorecer los propios intereses.

«¿Aborrece el campesino al obrero? Si lo hace es porque le cree el lacayo o gendarme al servicio de los usureros de la ciudad. Se dice que el campesino es inculto. Esto importa poco. La superioridad del obrero sobre la burguesía no estriba tampoco en saber, sino en su poderoso sentimiento de justicia. Y esta es precisamente la fuerza del campesinado. A pesar de su incultura está dotado de gran intuición humana, de una agudeza admirable y de mucha energía para el trabajo.

«¿Los campesinos, son devotos? En tal caso su devoción no les impidió en 1789 comprar los bienes de la Iglesia confiscados por el Estado y a pesar de todos los anatemas de esa Iglesia. Los jacobinos afirman que los clérigos deben ser eliminados por decreto para acabar con la beatería en el campo. Por decretos estatales no se crea ninguna forma de libertad. Entonces, ¿cómo neutralizar la influencia de los curas. Por la propaganda, por medio de una propaganda apropiada a la psicología de los campesinos, sin hacer frases revolucionarias, sino hablándoles con un lenguaje templado y objetivo y tan comprensible como sea posible. Así se hacen las revoluciones, no a la manera de los revolucionarios autoritarios, sólo enérgicos y revolucionarios de palabra. La demagogia de palabra es un artificio para engañar al pueblo, y para encubrir la debilidad de las acciones. Tenemos que hacer lo contrario. Hagamos poco de la revolución pero hagámosla. Dejemos a otros elaborar teorías sobre los principios de la revolución social y regocijémonos viendo los principios alterados por los hechos. No queremos propagar el futuro con palabras sino con hechos. Esta es la propaganda más popular, la más potente e irresistible. Sólo los actos son consecuentes. Nada, pues, de decretos, revolucionarios o no.

«¿Qué deben hacer los revolucionarios? Extraer la revolución de la masa, del alma del pueblo; no otorgar a éste una forma de organización sino suscitarla a base de soñar en ella.

Una organización de abajo a arriba, no de arriba a abajo. ¿Cómo? Por la influencia individual sobre los individuos más inteligentes y de más prestigio. ¿Que los campesinos no desean la propiedad común? Detestan a los «divisores» que poseen algo de imaginación. Y la fantasía es el gran y más estimado motor de la historia. El individualismo de los campesinos es una necesidad. Y tenemos que calcular sobre ella. De atacarlos les empujamos hacia la reacción. Si queremos hacer la revolución con ellos no tenemos que reparar en las particularidades de su desarrollo. De una actitud justa ante los campesinos depende la victoria o la derrota de la revolución. Nada de decretos que pretendan otorgar a los campesinos el comunismo o el colectivismo. El resultado sería una rebelión de éstos contra los ciudadanos. Los obreros lo presienten y por ello son tan apáticos y medrosos. Estos han leído demasiado libros, mucha teoría en vez de encararse con la vida y formarse de ella una opinión. Y han llegado a abominar de los campesinos y a ser detestados por ellos. Estos sienten un odio innato contra las ciudades las cuales han venido reinando sobre ellos desde hace muchos siglos por medio de la explotación y de la ley.

«Campesinos y obreros deben marchar codo con codo contra los prusianos, superando así los errores mutuos. Los primeros deben tener la seguridad de que los segundo están dispuestos a abandonar sus pretensiones jacobinas, tan arrogantes como ridículas, tan injustas como dañosas en su pretensión de imponer su ideal político y social a millones de campesinos. Tal idea es una herencia de la burguesía revolucionaria.

«En el caso de que los campesinos osaran atacar la propiedad de los grandes señores, su instinto propietario quedaría destruido por sí mismo. Pues la propiedad expropiada carece de la sanción política y jurídica del Estado. El derecho hereditario de la propiedad desaparecería al paio de tal confusión. Sólo los hechos revolucionarios permanecerán de hecho. No nacerá súbitamente una organización ideal de la revolución, sino una organización viva y capaz de desarrollarse y no la putrefacción que conlleva la iniciativa del Estado cuando pretende controlar su desarrollo natural.»

Un corresponsal del «Volksstaat» (órgano de los socialistas alemanes) escribió desde París que la guerra dejaba indiferentes a los obreros ante el hecho de que los alemanes se acercaran a la capital de Francia. Y que a los mismos obreros parecía importarles poco la derrota del emperador. Sobre esto afirmaba Bakunin:

«Hay indudablemente una separación absoluta de clase e intereses. Pero ante la invasión de los soldados del rey de Prusia el obrero no debe permanecer indiferente. No sólo los bienes y libertades de la burguesía se hallan amenazados sino los de todo el pueblo francés. Y sacrificar la libertad por odio hacia la burguesía es una ceguera y una traición a la propia dignidad, a la causa del proletariado mundial y al socialismo revolucionario. La victoria definitiva de Prusia significaría miseria y esclavitud y también onerosos impuestos a



»¿Qué porvenir se reserva al comunismo si uno de sus más importantes defensores pisotea los sentimientos más honorables?»

Parece ser que Kropotkin no quedó satisfecho con expresar por escrito su protesta contra aquella injuria hecha a la humanidad, y que hizo realmente una visita a Lenin en Moscú para discutir con él esta cuestión. Pero es posible que este viaje no haya sido emprendido únicamente con este solo propósito. A principios de otoño, una nueva amenaza vino a turbar a su familia. Sacha enfermó de fiebre tifoidea, y su madre se dirigió a la capital para cuidarla. Pedro, sin duda alguna, fué también a Moscú por esa misma época, más que nada para no quedar solo en Dmitrov.

Posiblemente hizo dos visitas a Lenin durante aquel otoño, pues en el mes de septiembre escribió al sindicalista italiano Armando Borghi, comunicándole haber ido a ver a Lenin a fin de rogarle cesara en la persecución de las cooperativas, pues no dejaba de interesarse por esta cuestión. En efecto, no más tarde que en diciembre de 1920, el jefe cooperativista Berkenheim le visitó y habló extensamente con él de la situación en que se encontraba este movimiento. El incidente de los rehenes ocurrió en octubre o más tarde, después de la carta de Borghi. Parece, pues, que vió a Lenin dos veces durante el año 1920.

Atabekian se encontró con él después de esta segunda entrevista. Kropotkin se hallaba muy excitado y condujo a su amigo a una pieza aparte, donde tenía la seguridad de que no serían molestados. Le pidió entonces si no le había ofendido por haberse entrevistado con Lenin en favor de un amigo, antiguo emigrado, que figuraba en la lista de los rehenes. Atabekian contestó que estaba de acuerdo aun habiéndose tratado de hacer la gestión con el zar, tratándose de gente condenada a muerte. Kropotkin dijo entonces que había también pedido a Lenin la completa abolición del sistema de rehenes y, en general, de las ejecuciones, y que le había recordado los perniciosos resultados de esta política durante la revolución francesa y su recaída en la reacción. Y concluyó bastante cándidamente: «Le he hecho un poco de miedo».

Es seguro que por aquella época diversos cambios tuvieron lugar, pues se suprimió para ciertas secciones de la Cheka el derecho de practicar ejecuciones. Pero no es seguro que esto tuviera ninguna relación con las gestiones de Kropotkin. En todo caso, esta benignidad no fué más que temporal y, durante la guerra civil, se registraron ejecuciones en pleno campo de batalla sin tener en cuenta los decretos publicados por Lenin.

Sin embargo, sea porque Kropotkin se daba cuenta de la terrible prueba por la cual pasaba Rusia y la revolución, abrigó todavía una cierta esperanza y, en el mes de noviembre, escribió a un amigo: «Usted sabe bien la gran fe que he tenido siempre en el porvenir... Sin desorden, la revolución es imposible; sabiendo esto no he podido desesperar, y tampoco desespero ahora.» Pero hablando con Volin, escritor anarquista que había tomado parte en las operaciones de Makhno en Ucrania, y que vino a visitarle a Dmitrov en el mismo mes de noviembre, fué más pesimista y realmente clarividente. Pues le dijo con tristeza que el desarrollo centralista bajo la dictadura de Estado de un solo partido, había producido «una revolución típicamente abortada» que podría, según él, conducir a una «profunda reacción».

Por fin, a últimos del mes de noviembre, Kropotkin hizo un esfuerzo. A ruego de sus amigos y en particular de Sofía y de Sacha, que aparentemente le habían exhortado en aquellos mismos días, redactó una declaración sobre lo que entendía era trabajo a realizar en Rusia por los anarquistas. Es evidente que este esfuerzo para expresar sus más profundos sentimientos, causó una viva emoción, pues cuando llamó a su mujer y a su hija cerca del escritorio para leerles lo que había escrito, se hallaba agitado, su voz temblaba, y su escritura, por lo general clara y regular, era poco menos que ilegible.

Esta declaración, titulada «¿Qué hacer?», es posiblemente el documento más desesperado y el más trágico que haya salido de la pluma de Kropotkin, pues contemplando sin prejuicio el mundo que le rodeaba, no veía nada capaz de parar el declive incesante y la muerte, posiblemente, de la revolución. Una revolución, había dicho, era un vasto fenómeno social sobre el cual los individuos ejercían realmente poca influencia; los pequeños grupos no mucha más, mientras que los grandes partidos no podían hacer más que caminar por la superficie de los acontecimientos y utilizarlos para su provecho propio. La revolución rusa había tomado un derrotero distinto de aquel para el cual los anarquistas estaban preparados; pero en aquellas horas no había ningún medio para detener la carrera de los acontecimientos.

«En este momento, la revolución rusa se encuentra en esta posición. Comete errores. Sume en la ruina a todo el país. En su furiosa locura aniquila vidas humanas. Por tratarse de una revolución y no de un progreso específico, destruye sin preocuparse de lo que destruye ni del fin hacia el cual se dirige.

»Y no tenemos por el momento ningún poder para dirigirla por otros canales hasta que por ella misma se ponga fuera de combate. Es necesario que se agote por sí misma.

»¿Y luego? Luego, inevitablemente llegará la reacción. Tal es la ley de la historia y es fácil comprender que no pueda ser de otra manera. La gente se imagina que podemos cambiar la forma del desarrollo de una revolución. Es una pueril ilusión. Una revolución es una fuerza tal que su crecimiento no puede ser modificado. Y una reacción es absolutamente inevitable, tan fatal como el surco que se produce en el mar tras de cada ola, lo mismo que la inevitable debilidad en el ser humano después de un período de febril actividad.

»En consecuencia, lo único que podemos hacer es emplear nuestras energías en disminuir el furor y la fuerza de la reacción que se aproxima. Pero, ¿en qué deben consistir nuestros esfuerzos?

»¿En modificar las pasiones en ambos bandos? De existir gentes capaces de hacer algo en este sentido, el momento de su «debut» no ha llegado todavía. Ninguno de los dos bandos se hallaría todavía dispuesto a escucharlos. Yo veo una cosa: debemos reunir a las gentes capaces de emprender un trabajo constructivo en el seno de cada partido cuando la revolución se sienta agotada.»

Kropotkin no tenía intención de publicar este documento, que iba solo destinado a algunos amigos íntimos. No quería que el mundo entero viera la desesperanza que se le ofrecía cuando se abismaba en la profundidad de su espíritu. Fué sin duda la última declaración meditada que hizo sobre la revolución rusa, aunque dejó un también inconcuso ensayo que emprendió probablemente en la misma época, titulado «El ideal y la revolución». Dice en él que la labor de la revolución rusa ha sido entorpecida porque tuvo lugar durante una gran guerra, y también porque no estuvo animada «de la misma elevada moral» que inspiró la revolución inglesa y la francesa. Kropotkin hizo responsable de esta falta a las infiltraciones del materialismo económico alemán durante la década precedente, y no había otra esperanza que la posibilidad de contemplar «el sentido común del pueblo ruso en la superficie» y hacer capaces a los rusos para liberarse del azote de la autarquía «que amenaza con debilitar a la revolución rusa y esterilizarla.»

En el mes de noviembre, Volin encontró a Kropotkin en buen estado de salud y de lucidez; pero al acercarse el invierno su salud declinó de nuevo, no hallándose en condiciones de abandonar Dmitrov. Los simpatizantes moscovitas de Tolstoi invitaronle a reunirseles para celebrar el aniversario del gran novelista; pero Kropotkin tuvo que excusarse mediante una carta de fecha 21 de noviembre:

«Yo hubiera deseado pasar dos o tres días con todos vosotros para evocar la memoria de quien ha enseñado a los hombres el amor y la fraternidad, que ha despertado su conciencia y cuya potente voz les invitó a construir una nueva



sociedad sobre cimientos fraternales y sin amos; de aquél cuyas palabras serían tan necesarias precisamente en estos momentos. Desgraciadamente, mi pésimo estado de salud me obliga a declinar vuestra amable invitación. Pero mi pensamiento está a vuestro lado y asimismo toda mi alma, y también junto a todos aquellos para quienes el nombre de León Nicolaievitch es amado.»

Sin embargo, una semana después su estado de salud parecía mejorado, y el 14 de diciembre Sacha escribió a Moscú, a Margaret Bonfield:

«Mi padre está muy bien. Nos molesta a todos saber que la gente cree que muere de hambre. Comparado con muchas otras gentes se encuentra bien. Mamá ha envejecido mucho a causa del penoso trabajo de este verano y de mi enfermedad.»

Diciembre fué el último mes en que su salud fué pasable, y dos días antes de Navidad escribió la última carta que pudo trazar de su puño y letra. Un anarquista holandés, P. De Reyner, le había invitado a pasar en Harlem el resto de sus días. Kropotkin se sentía ya demasiado débil para este viaje; pero por encima de todo había tomado la firme decisión de no desertar de su país en tiempos de crisis. Escribió, pues, para declinar esta invitación, y como se trata de su última carta la transcribimos íntegramente:

«Querido compañero De Reyner:

«Reciba mi reconocimiento más afectuoso por su amable carta de noviembre, llegada a mis manos. Los tres, mi mujer, mi hija y yo, nos sentimos profundamente conmovidos por la carta y la invitación. Pero, seguramente sabe usted ya, por la carta que he dirigido a los compañeros de «Der Syndikalist», que nuestra situación presente no es tan mala como en el año pasado por esta misma época. Disponemos de lo necesario para vivir, cosa que no ocurre en todos los países de Europa. Ya es una gran cosa. Mil gracias por su invitación. Si vuelvo alguna vez a Europa occidental haré lo posible para rendirle visita en Harlem.

«En Rusia, desgraciadamente, la revolución social ha tomado un carácter centralista y autoritario. Ello no niega, sin embargo, la posibilidad de poder pasar de una sociedad capitalista a una sociedad socialista. Y esta idea confortará seguramente a los socialistas de Europa occidental en sus esfuerzos para reconstruir la sociedad sobre la base de una igualdad antimilitarista. Al mismo tiempo, los errores centralistas cometidos por la revolución comunista rusa contribuirán seguramente a que eviten errores semejantes los trabajadores de otros países.

«Saludos fraternales.—Pedro Kropotkin.»

«P. S.—Vivimos en una pequeña ciudad a 60 kilómetros al Norte de Moscú, donde tenemos un pequeño huerto que cultiva mi mujer. Desgraciadamente, no me encuentro en condiciones de realizar personalmente cualquier trabajo físico, de modo que es mi mujer la que nos procura todas las legumbres de que tenemos necesidad. Yo trabajo en un voluminoso libro que trata de la moral basada sobre cimientos racionalistas. Puede usted escribirme en holandés. Comprendo bien esta lengua aunque no pueda escribirla.»

No fué nunca a Harlem, pues unos meses más tarde, a mediados de enero, fué fulminado por una pulmonía, su última enfermedad. Su estado fué seguidamente de cuidado, y Sacha contrató en Moscú una enfermera rusa, E. Lind, diplomada en Inglaterra, la cual ha legado el testimonio más completo de los últimos días de su paciente. Emma Goldman, que era también enfermera diplomada, ofreció cuidarle, pero Sacha rehusó el ofrecimiento a causa de las condiciones de incomodidad que ofrecía Dmitrov, y Emma, informada de que el estado de Kropotkin no era crítico, partió para Petrogrado.

Atabekian fué a Dmitrov para asistir médicamente a Kropotkin, y Lenin decidió enviar por tren especial a un grupo de cinco eminentes médicos de Moscú, presididos por los profesores Pletnef y Jourovsky. No hay que poner en duda que durante sus últimas semanas Kropotkin gozó de todas

las atenciones que podía proporcionarle Rusia, mientras que Sofia, Sacha y la enfermera velaban a la cabecera de su lecho con los mayores desvelos.

Pero su cuerpo sentíase demasiado débil para soportar esta última enfermedad, que empezó de forma alarmante mediante violentos ataques cardíacos que debilitaron al enfermo considerablemente, haciéndole creer que su última hora se acercaba. Este sentimiento, sin embargo, no le impedía aparecer en estado de relativo buen humor. Las primeras constataciones de los médicos inclinaron, sin embargo, a éstos a estimar que su constitución y la vida sana que había llevado durante sus últimos años le permitirían el restablecimiento, y, escuchando esta opinión, Kropotkin manifestó que no deseaba morir, pues tenía todavía trabajo a terminar y que haría lo posible para curarse.

Al comienzo sentíase agitado y no menos descontento por no poder prestar su ayuda. Su cerebro era activo, y las nuevas e incasantes ideas que quería debatir absolutamente con todos los presentes le producían fatiga, impiéndole conciliar el sueño. Como si tuviese la potestad de hacer penetrar en un cuerpo robusto la última partícula de actividad, continuaba escribiendo cuando encontraba fuerzas para hacerlo, y una noche pasó sus horas de insomnio en la elaboración del esbozo de una comuna anarquista.

Hablaba del pasado, volviendo con insistencia a sus primeros recuerdos de la infancia, hablando continuamente de su madre y algunas veces de la emperatriz María Alexandrovna, esposa de Alejandro II, que había él siempre respetado y compadecido.

Al cabo de un cierto tiempo parecía que su enfermedad no se agravaba, y la enfermera retornó a Moscú. Pero algunos días después sufrió un ataque que causó una parálisis temporal del cerebro, privándole de la palabra durante algunas horas. Se repuso, pero acentuóse su debilidad. Sacha y Boris Lebedef regresaron. Los amigos de Moscú y de toda Rusia aguardaban angustiosamente, pues sabían que no llegaría a reponerse.

Durante estos últimos días fué paciente, sin quejarse nunca de su estado, sin deplorar su muerte que sabía, desde entonces, inevitable. Siempre delicado, decía: «¡Qué pena causar tanta molestia a gente tan buena!»

Ya hacia el fin dejó de interesarse por lo que le rodeaba. Permanecía horas sin pedir nada, pero algunas veces, mostraba curiosidad al respecto de las personas en las cuales soñaba. Una vez, después de un prolongado silencio, dijo: «¡Qué difícil es morir!» Casi en el último momento de su vida reconoció a sus amigos y, dos horas antes de su muerte, conversaba alegremente con ellos.

Murió justamente al dar las tres de la madrugada del 8 de febrero de 1921, silenciosamente y, en el último momento, inconsciente. Su mujer y su hija, así como Atabekian y Boris Lebedef estaban presentes. Emma Goldman, que había sido retardada por las malas condiciones en que funcionaban los trenes, llegaron demasiado tarde. Berkman, con un grupo de militantes anarquistas, llegó de Moscú aquel mismo día.

El gobierno bolchevique ofreció inmediatamente rendir a Kropotkin funerales en todo el país, pero su familia y sus amigos se negaron a ello, pues sabían bien que el viejo anarquista hubiera considerado esto como una injuria. Una comisión fué formada, pues, por los representantes de las agrupaciones anarquistas rusas con vistas a tomar las disposiciones necesarias para la ceremonia.

Inmediatamente presentáronse dificultades. A causa de la nacionalización de todos los servicios públicos y del cierre de todas las imprentas, tuvieron que dirigirse al soviét de Moscú para solicitar su concurso. La organización del servicio se resolvió fácilmente, pero la cuestión de imprenta era más complicada. Tras algunas negociaciones, las autoridades consintieron en autorizar la impresión de un periódico único en memoria de Kropotkin; pero al pedir los anarquistas que la publicación no fuese sometida a la censura, esta pretensión les fué denegada categóricamente. Tomaron, sin embargo, la



cosa por su mano, abrieron una imprenta que la Cheka había clausurado e imprimieron dos octavillas no censuradas referentes a Kropotkin.

Mientras tanto, en Dmitrov, el gran hombre se hallaba tendido en su lecho de muerte en el gabinete donde había trabajado y vivido los últimos tres años. Incesantemente, obreros, campesinos, intelectuales y también soldados y oficiales bolcheviques, desfilaban por la modesta morada. Después, el féretro fué conducido a la estación y situado en un tren especial que debía trasladarle a Moscú. Aquel día fueron cerradas las escuelas, y los niños esparcieron ramas de pino sobre la nieve delante del convoy. Toda la gente del pueblo acompañó al cadáver hasta la estación, comprendida la guarnición del ejército rojo que, por deferencia a las opiniones del difunto, presentóse sin armas.

En Moscú, una multitud esperaba al tren fúnebre en una estación de los arrabales y acompañó los restos de Kropotkin, al son de música revolucionaria, hasta el Palacio del Trabajo, donde debía reposar en un lecho de parada. Este edificio fué en otro tiempo palacio de la nobleza, y en la sala denominada de las Columnas, quedó depositado Kropotkin; era la misma sala en que tuvo lugar, muchos años antes, el baile en el curso del cual, vestido el niño Kropotkin de príncipe persa había sido presentado al zar Nicolás I. Durante los tres días siguientes, millares de personas desfilaron ante el difunto para rendirle homenaje.

Sin embargo, otro conflicto había surgido entre la comisión fúnebre y las autoridades; esta vez, a propósito de los anarquistas que habían sido encarcelados en las prisiones de Moscú por haber expresado demasiado libremente sus opiniones. Algunos de ellos se hallaban detenidos en el Departamento especial de la Cheka; otros, en la terrible ergástula zarista de Boutirky, que Tolstoi ha inmortalizado en «Resurrección». La comisión funeraria envió un telegrama a Lenin, pidiéndole que los detenidos fuesen puestos en libertad para el día del sepelio. La comisión ejecutiva central de los Soviets recomendó a la Cheka liberar a aquellos detenidos «en tanto que fuese posible», a fin de que pudiesen tomar parte en la ceremonia. La Cheka accedió a condición de que se le diesen seguridades de que los detenidos regresarían a la cárcel; pero cuando fué otorgada esta seguridad, contestó que no existían detenidos anarquistas. Se sabía que esto era falso, pues Berkman había estado en Boutirky y también en el Departamento especial y había hablado con los detenidos que se encontraban allí.

En la mañana del día de los funerales, los anarquistas decidieron emplear la acción directa y, a invitación de la comisión, Sacha Kropotkin telefonó a Kamenev, al Soviet de Moscú, para decirle que si los detenidos no eran puestos en libertad se daría conocimiento a las multitudes reunidas en el Palacio del Pueblo, y fuera de él, de la falta de los bolcheviques a la palabra empeñada, y que las banderas bolcheviques serían arriadas de la capilla ardiente. Corresponsales de la prensa americana y británica, entre los que se encontraba el escritor Arthur Ransome, estaban allí, y la actitud de la multitud apiñada en la sala se convirtió en amenazante. Víctor Serge, que asistió a la ceremonia, nos ha dicho:

«La sombra de la Cheka estaba en todas partes; pero la gente era numerosa y estaba excitada. Con su cabeza austera, su frente alta y lisa, su nariz marcada y su barba blanca, Kropotkin parecía un profeta dormido, mientras que a su alrededor voces irritadas murmuraban que la Cheka había violado la promesa de Kamenev. Las banderas negras, los discursos, las murmuraciones timidas provocaban en la multitud una suerte de delirio...»

Kamenev pidió un margen de tiempo y prometió que los detenidos llegarían dentro de veinte minutos. Durante una hora la multitud esperó en medio de un frío penetrante; después, siete hombres solamente, los de la prisión especial, aparecieron. La Cheka aseguró a la comisión que los hombres de la prisión de Boutirky estaban en camino, y los fu-

nerales dieron comienzo, pero los detenidos en cuestión no llegaron nunca.

La orquesta de la Opera de Moscú interpretó la Primera Sinfonía y la Patética de Tchaikovsky, que Kropotkin había amado siempre, y cuando el féretro fué conducido fuera de la sala, un coro de doscientos ejecutantes, también de la Opera, entonó el «Requiem» y «Eterno Recuerdo», que también había sido cantado para Tolstoi.

En las calles un inmenso desfile de cien mil personas siguió a la caja mortuoria en su marcha de cinco millas, hasta el cementerio de Novo-Devichi, al borde del río, frente a las colinas de los Jilgueros, donde, en su juventud, Herzen y Ogaref, habían jurado consagrar su vida al pueblo ruso. Las banderas de los partidos políticos, de los sindicatos, de las sociedades científicas y literarias y de las asociaciones de estudiantes, flotaban por encima de la multitud, que marchaba al son de la música revolucionaria. La «Internacional» no fué ejecutada por deferencia a Kropotkin, que detestaba este canto que comparaba al «aullar de perros hambrientos». Soldados sin armas, marinos y grupos de niños se mezclaban con las jóvenes; figuraban muchos antiguos amigos de Kropotkin, tales como Vera Figner y Armando Ross, que, cuarenta y nueve años antes, habían iniciado a Kropotkin en la doctrina anarquista. Los estudiantes y los obreros formaban una hilera, cogidos de la mano en torno al grupo de duelo, que avanzaba en un orden imponente. Era la última manifestación contra la tiranía bolchevique, y mucha gente tomaba parte tanto para reclamar la libertad como para rendir homenaje al gran anarquista. Las banderas, que llevaban grabadas inscripciones como la de «Donde hay autoridad no existe la libertad», o bien «Los anarquistas piden ser libertados de la cárcel del socialismo», expresaban bien alto el estado de espíritu de aquella jornada.

En el Museo Tolstoi la bandera negra anarquista flotaba en honor a Kropotkin, y un busto del gran novelista se hallaba situado en la escalera, mientras que la música de los amigos de Tolstoi interpretó la «Marcha Fúnebre», de Chopin, cuando el cortejo hizo alto. Ante la prisión Boutirky hubo nueva parada, y los detenidos, a través de las rejas de las ventajías, gritaron su adiós.

Por fin llegóse al cementerio y el féretro fué descendido hasta la fosa, debajo de un abedul argentado. Los oradores avanzaron uno tras otro para pronunciar sus discursos: un estudiante, un tolstoiano, representantes de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques, Mostovenko en nombre de los bolcheviques y Rosmer en nombre de la Tercera Internacional; Emma Goldman, en nombre de los anarquistas extranjeros y seis anarquistas rusos. El último, Aaron Baron, uno de los detenidos liberados bajo palabra de regresar a la cárcel, hizo sensación por sus ataques audaces contra el gobierno, «Demacrado, barbudo, usando lentes de oro—así le describía Víctor Serge—, se mantenía de pie y clamaba su protesta en reto al nuevo despotismo, a los verdugos de la fortaleza, por la ofensa que había sido causada al socialismo, por la violencia, mediante la cual el gobierno aplastaba bajo sus pies a la revolución.»

Desaparecía el sol de aquel breve día de invierno cuando el último orador terminó su discurso ante la multitud silenciosa y apiñada en el cementerio, y mientras caía la tierra sobre el ilustre revolucionario, el cortejo empezó a ponerse en marcha en dirección de la ciudad, al son de los aires revolucionarios. Los anarquistas volvieron a sus cárceles, de donde algunos no volverían a salir; sus compañeros en libertad se convirtieron en el objeto de persecuciones continuas y cada vez más intensas de parte de las autoridades bolcheviques. El gobierno, que había querido honrar a Kropotkin con duelo nacional, emprendió la obra de eliminación sistemática de aquellos que predicaban o esforzaban en aplicar sus teorías.

Una ciudad de las estepas y una o dos escuelas recibieron el nombre del filósofo anarquista; la calle en que se levanta el Museo Tolstoi fué rebautizada con el nombre de Kropotkin, y la vieja morada donde nació fué ofrecida en don por



el Soviet moscovita a la comisión funeraria para convertirla en Museo. (Cosa bastante rara, la calle donde se encuentra llevaba el nombre de Tolstoi.) Nicolás Lebedef fué nombrado administrador, y Sofia vivió allí mismo y acompañó frecuentemente a los visitantes entre sus colecciones. Por dos veces, en 1923 y en 1929, Sofia regresó a Europa occidental. Perseveró siempre en su aversión hacia el gobierno bolchevique, pero vivió sin ser molestada hasta 1938. (Lebedef ha-

bía muerto en 1936.) Al morir Sofia, el museo fué suprimido por el gobierno, sus colecciones fueron dispersadas por otros museos, y el edificio fué atribuido a la Academia de Ciencias.

GEORGE WOODCOCK  
I. AVAKOUMOVITCH

(Trad. de J. Peirats.)

# La zuta sin fin

Novela fantástica y real

## CAPITULO VIII

### La puerta del Consulado

Personas: FEDERICO, RODRIGUEZ, PEREZ, AGENTE CONSULAR, EL ASMATICO, UN NOVIO, SEÑOR GORDO, SEÑOR FLACO, NADIA, UNA NOVIA, SEÑORA, OTRA SEÑORA.

Glorieta cortada al fondo por céntrica, anchurosa vía. Afluyen dos calles del lado derecho e izquierdo de un gran edificio haciendo chaflán: es el Consulado hispalense, con el asta escueta de la bandera. Fontana. Bancos. Fotografos del minuto.

Un señor gordo y otro flaco penetran en el Consulado: los dos vienen a paso de tortuga leyendo el periódico. Se estrechan la mano y entran.

PEREZ. — ¿Te estrenaste?

RODRIGUEZ. — Recién monté el establecimiento. No tengo prisa.

PEREZ. — Esto va mal. No se gana.

RODRIGUEZ. — Para mal comer.

PEREZ. — A mí me gusta comer bien.

RODRIGUEZ. — Menos da una piedra.

PEREZ. — Yo estoy hecho a ganar dinero.

RODRIGUEZ. — Hecho a perderlo yo.

PEREZ. — Tuve mejores exclusivas que ésta.

RODRIGUEZ. — Yo, fotografías de lujo.

PEREZ. — «Modus Vivendi».

RODRIGUEZ. — No, no: establecimientos por todo lo alto. En París estuve de moda.

PEREZ. — ¿Y en Hisphalea no?

RODRIGUEZ. — Nadie es profecta en su tierra. ¿Lo eras tú?

PEREZ. — Gastrónomo... y coleccionista de sellos.

RODRIGUEZ. — ¡Qué ver tienen los... «sellos» para comer trigo!

PEREZ. — ¿Y la fotografía con nuestras actividades?

RODRIGUEZ. — Pérez, que estamos en la «rue».

PEREZ. — Sin vender una escoba.

RODRIGUEZ. — Lleva tiento hasta con los pájaros del jardín.

PEREZ. — Son más peligrosos los de cuenta.

RODRIGUEZ. — ¿Te refieres a los «réfugiés».

PEREZ. — A los rojos. ¡Deja que el Generalísimo se haga con ellos.

RODRIGUEZ. — Puede que los establezca.

PEREZ. — ¡Puede!

RODRIGUEZ. — Tal vez les ponga un «tambo» para que vivan.

PEREZ. — Se volvería la leche.

RODRIGUEZ. — No me gusta.

PEREZ. — A mí, sí.

RODRIGUEZ. — Mira quien viene por ahí.

PEREZ. — El señor Ojeda. Falta hace que «sude».

AGENTE CONSULAR. — Buenos días.

PEREZ. — Felices.

RODRIGUEZ. — Felicísimos, señor Ojeda.

(Se dan la mano).

AGENTE CONSULAR. — ¿Y...?

PEREZ. — Ya usted ve...

RODRIGUEZ. — En paro forzoso. Nos coge espantándonos las moscas.

AGENTE CONSULAR. — Como no abundan...

(Dos señoras se sientan en el banco donde está el ASMATICO, llegado casi a la par que el AGENTE).

PEREZ. — Las moscas las han traído los refugiados.

RODRIGUEZ. — Hombre..., el año pasado no había tantas.

AGENTE CONSULAR. — La falta de higiene es cosa en este país casi exigida por la tradición. El agua no limpia y da sed.

PEREZ. — Otra pepla: el vino.

RODRIGUEZ. — Soy abstemio.

PEREZ. — Yo sé en qué consiste.

RODRIGUEZ. — Capaz eres de culpar a los rojos.

AGENTE CONSULAR. — Eso daría color y sabor al vino.

PEREZ. — Prefiérola blanco, que es más a la sangre de Cristo.



AGENTE CONSULAR. — ¿Habláis con muchos hispalenses?

RODRIGUEZ. — Regular. Andan escamados.

PEREZ. — Se corre que la fotografía es cuento, y nosotros «chivatos».

RODRIGUEZ. — Ya no es un secreto la entrega de clisés a ustedes. Aquí tiene los de ayer; mujeres.

PEREZ. — Tenga: mujeres y hombres.

AGENTE CONSULAR. — ¿Como andáis de dinero?

PEREZ. — A la cuarta.

RODRIGUEZ. — Yo, a dos velas.

AGENTE CONSULAR. — Se os ayudará, en tanto abrimos el comedor. Esta obra pía marcha de prisa. Nos proponemos tratar cuerpo de rey a los refugiados.

PEREZ. — Ustedes saben hacer las cosas.

RODRIGUEZ. — Picarán, sí, señor; hay mucha hambre.

AGENTE CONSULAR. — Sobre todo desengañados. Y como los duelos con pan son menos...

RODRIGUEZ. — ¡Qué vergüenza para la Auxiliadora! ¡Tener ustedes que ocuparse de los rojos!

PEREZ. — La obra pía... engordar para morir.

AGENTE CONSULAR. — ¡Ja, ja! Voy al Consulado en procura de fondos con que atenderos. Vuelvo en seguida.

RODRIGUEZ. — Hasta ahora.

PEREZ. — Vaya usted con Dios.

(Diríjese el AGENTE al Consulado. Unos novios se colocan ante la máquina de RODRIGUEZ, y éste los retrata. El ASMATICO tose, estornuda, espata...)

SEÑORA. — ¡Por favor!

OTRA SEÑORA. — ¡Qué peste de refugiados!

ASMATICO. — Colonial, Madame. Je fis la guerre du 14.

SEÑORA. — Pardon, Monsieur.

OTRA SEÑORA. — Je vous en prie de me pardonner.

ASMATICO. — Allons, allons!...

(Vánse, menos el ASMATICO).

A los novios:

RODRIGUEZ. — Un momento. Gracias.

(Sientánse los novios, y esperan. Llegan al jardín NADIA y FEDERICO).

NADIA. — ¡Desiste hombre, desiste! Tú no te quieres bien.

FEDERICO. — Estoy resuelto.

NADIA. — El Consulado, la antesala de la muerte...

FEDERICO. — Bueno.

NADIA. — Donde abastecen al verdugo...

FEDERICO. — Le sobra carne.

NADIA. — ...y se saca el billete para la sepultura.

FEDERICO. — Me es lo mismo.

NADIA. — ¡No claudiques! Aguanta los palos como todos y espera desesperando, que vendrá la nuestra, y entonces...

FEDERICO. — ¿Qué?

NADIA. — Nos cobraremos de ahora... ¡con creces!

FEDERICO. — Para mí no es pudrirse en vida. Prefiero la cárcel. Al menos, los presos fraternizan. Ninguno es más que otro. Rastrillo adentro, la ropa común, el reglamento por igual y la misma estada.

NADIA. — Almacena veneno y guárdalo: ahora puede caerte encima si lo escupes.

FEDERICO. — Me toco el asco con la mano.

¡Uf! La ira tiene luz y caliente: el odio, que también da calor, dice del desquite. Todo lo apaga y lo enfía el hastío. Me siento hundido en lo profundo de mí, como si más propios escombros me envolviesen. Todo mi ser es igual que una casa deshabitada. Tengo aquí, en el paladar, el sabor de la muerte...

NADIA. — Clava los pies en el suelo. Uncete incluso a los más molestos y repelentes. No rompas los eslabones de la cadena, aunque tengas que arrastrar a un traidor. Prepara tu venganza, dando tiempo al tiempo. Huir es renunciar al desquite. ¡No renuncies, no huyas!

FEDERICO. — Hasta siempre.

NADIA. — De cobarde te tildarán los hombres que aun quedan, y tu deserción regocijará a los cobardes.

FEDERICO. — No pudiendo vivir entre los hispalenses como amigo, me avengo a morir como hispalense entre los enemigos.

NADIA. — ¿Y sin exigir cuentas?

FEDERICO. — La luna es insolvente.

NADIA. — ¡No, no: los aprovechados habrán de rendirlas!

FEDERICO. — Razones y dineros alcanzarán.

NADIA. — ¡Federico, hombre!...

FEDERICO. — Guarda esto.

(Le entrega una pistola y echa a andar.

NADIA queda parapetada en una de las calles afluentes. El AGENTE sale al entrar FEDERICO en el Consulado).

AGENTE CONSULAR. — Se que no estrechará mi mano y no se la doy. ¿Usted sigue bien? ¿Sigue en sus trece?

A los novios:

RODRIGUEZ. — Voilà.

(Miran las fotos y se desternillan de risa).

EL NOVIO. — ¿Somos nosotros?

LA NOVIA. — Paga y... dale propina.

RODRIGUEZ. — Mentira parece que sean ustedes hispalenses.

EL NOVIO. — Hispalenses «véritables».

PEREZ. — No hagas caso, que éstos dicen cincocientos, y no quinientos como Dios manda.

EL AGENTE CONSULAR. — Preséntese al Cónsul y dígame que ha hablado conmigo. Le conoce de nombre. Está en pormenores de su actuación en Hisphalea.

FEDERICO. — ¿Cree usted?

AGENTE CONSULAR. — Naturalmente, usted hizo ruido durante el movimiento, siendo una de sus figuras más destacadas. No se trata de un vulgar luchador, de un luchador anónimo, sino de un verdadero hombre de acción. Tiene cuentas con la Policía, está expulsado de varios países y, habiendo huído del campo, anda por aquí sin papeles.

FEDERICO. — ¿Soy o no la pieza codiciada?

AGENTE CONSULAR. — ¡Vaya por Dios! También usted adolece de vanidad. Quíteselo de la cabeza: no nos da por la caza, no somos cinegéticos. Mida con cuidado su responsabilidad y obre en consecuencia. Su decisión, la de muchos arrepentidos.

FEDERICO. — ¡Ojo: yo arrepentido, no!

AGENTE CONSULAR. — Patriota, menos. Usted sabrá en qué funda su propósito de reintegrarse a Hisphalea.

FEDERICO. — No vengo a confesarme.

AGENTE CONSULAR. — ¿Entonces?...

FEDERICO. — Dígame los trámites a llenar y



la demora de los mismos. Tratándose de mí, la cosa irá de prisa.

AGENTE CONSULAR. — «Vanitas vanitatum»... Todos, todos ustedes, paranoicos. No hay rojo que no se crea un Marat.

FEDERICO. — ¿Acaso no es ésta su misión, la de ayudar a bien morir?

AGENTE CONSULAR. — No, por que no soy sacerdote. Además, a ustedes los toma calzados la muerte. Piénselo. Oiga a su conciencia, mejor, a su instinto. Si el volumen de sus faltas —¡quién sabe si méritos!— le impide pisar el suelo patrio, en el que habrá, sin duda alguna, de entenderse con la justicia, a trueque de seguir padeciendo, quédese aquí y rehaga, si puede, su vida.

FEDERICO. — Harto sabe usted que no. Aquello y esto, morir al palo.

AGENTE CONSULAR. — Aquello y esto, consecuencia de lo demás. «Cada cosa engendra su semejante».

FEDERICO. — Oyéndole, más detesto a los enemigos de casa. Estamos tan cerca por ellos. A la derecha o a la izquierda que me incline, un náufrago. Ustedes rien con cara seria, y ahora, precisamente ahora, usted se mofa de mí. Le divierte mi agonía, como al gato la del ratón. Vamos, acabe de clavarme las uñas. Ya hemos jugado bastante: yo pierdo y usted gana.

AGENTE CONSULAR. — Me confunde con sus compañeros de juego.

FEDERICO. — Se llevan poco con ustedes.

(Transición).

Garantías, de haber algunas...

AGENTE CONSULAR. — El Consulado no es relojería, ni ustedes relojes.

FEDERICO. — Voy a sacar billete para la fosa.

AGENTE CONSULAR. — Créame, no es tan fiero el león...

(Entra FEDERICO en el Consulado. Con aire de triunfo le ve el AGENTE rendirse y entregarse, dándose cuenta NADIA, la cual, pegada al paredón, dispara la pistola y huye. El AGENTE CONSULAR viene a tierra).

PEREZ. — ¡Ella... la mujer que aquí estuvo con el rojo ha sido! ¡Yo la he visto!

RODRIGUEZ. — ¡Y yo... y yo! ¡Corramos a denunciarla.

(Rápidamente, recogen los útiles de trabajo. El ASMATICO sufre un acceso de tos).

PUYOL

## Enseñanzas de la Revolución



AMERICA ha saludado en el triunfo de la Revolución Francesa el nacimiento de nuestra era. El acontecimiento fué considerado, por su contenido social, como portador de una aurora nueva en la conciencia del mundo, adormecida por milenios de esclavitud y plebeyismo. Sediento el continente de libertad, se tenía entonces la impresión del derrumbe fulminante de un sistema que fenecía a piquetazo limpio. La humanidad asistía a un renacimiento de las ciencias, las artes y las letras que prometía situar al hombre en el centro del universo. Al calor de estos hechos, un orden nuevo se gestaba, y las mismas clases menesterosas, víctimas del poder terreno, hallaron en este albor de la historia un lugar dentro del universo moral, cuyos horizontes extendíanse más allá de todas las fronteras.

Libertad, igualdad y fraternidad, tal era la divisa de la revolución, que repetirían pocos años después millones de gargantas del otro lado del mar y cuyos ideales flaneaban en todas las banderas del nuevo continente en llamas. De tal acontecimiento numerosos pueblos convirtiéronse en entidades propias, labrando su independencia y abrieron, en el surco de la civilización, rutas hasta entonces desconocidas al entendimiento. De allí viene América, en su temprano florecer, chamuscada por los resplandores de la revolución en que había de redimirse en sus cuatro extremos.

Una revolución no es un asalto a mano armada, dijo un pensador. No es tampoco el asesinato or-

ganizado, ni siquiera la destrucción sistemática de seres y cosas que entorpecen el curso del progreso como elemento de desorden, sino un vuelco de principios y de sistemas, que deben tender a la emancipación, a la capacitación, a la superación del hombre sobre todas las dificultades que regímenes de opresión le imponen. Una revolución es lo que trastoca todo aquello cuanto impide la marcha evolutiva del entendimiento entre el hombre y los elementos que le circundan; que impide la guerra y hace causa suya la paz mediante el trabajo, el esfuerzo laborioso; que aniquila los viejos sistemas de esclavitud y da al ser humano todas las posibilidades de la personalidad en cualquier aspecto social y político. Y los próceres que han alimentado el fuego divino de la revolución americana, consideraban que ella debería tender siempre a la libertad, a la restitución de la independencia espiritual, guía inequívoca de las agrupaciones sociales que, por una ley natural, dentro de ella deben desenvolverse si no desean perecer. La revolución no tiene límites en especulaciones filosóficas, preceptos ni sistemas. Si no persigue esos objetivos, carecerá de base y, consiguientemente, degenerará en revuelta, trapisonda de cocina, sin salir de ahí. Una revolución como la que estamos experimentando en pleno ciclo evolutivo, es producto de siglos. Los enciclopedistas la iniciaron hace siglo y medio y aun es norte hacia el que dirigimos los pasos cuando vemos lejos. Sus enseñanzas, a las que nuestro siglo dirige sus pasos, aun son luz en el tortuoso camino del territorio humano.

El hombre representa el ideal que sustenta, que



siempre está por encima del hombre y de su imagen, que nace, crece y muere. Es una consecuencia de nuestra propia imperfección incesante, arte idealizado y espíritu en personificación. A ese ideal pertenece la humanidad, compuesta de elementos buenos y malos. Pero no podrá sostenerse por el terror, la imposición rigurosa, última fase de su existencia, que trae infaliblemente aparejado un derrumbe fulminante. Ninguna agrupación podrá sostenerse mediante el temor de perecer en tiempo definido. Tampoco podrá trocarse en centro de evolución y mucho menos arrastrar consigo nuevos satélites que secunden su labor o procedimientos. Un principio de existencia le impide destruirse a sí mismo. La ley de conservación de la especie ejerce sobre su estado psíquico una presión ilimitada, por lo cual ha de guiarse hacia la luz, valor inapreciable para el hombre.

Así lo han comprendido los filósofos de la antigüedad, donde la esclavitud fué rémora a la evolución propiamente dicha de aquellos pueblos, que luego quedaron sepultados con sus propias imperfecciones. En el orden espiritual, tenemos el ejemplo más cruento en los fundamentos de la teocracia, en Asia y Africa, que fueron aplastados por los movimientos liberadores, en contraposición con el avance de la cultura elaborada a orillas del Mediterráneo que tuvo por cuna a Grecia y Roma, y a base de cuyos ejemplos lograron los pueblos del mundo, sobreponerse a los inconvenientes que siglos anteriores le dejaron en triste herencia. Y esto se ha evidenciado ya en épocas más remotas al crear corrientes que más tarde habría de destruir por inadecuadas al estado social, o para construir los cimientos y aspiraciones de otros principios más amplios, conforme con las exigencias morales de los pueblos. En este juicio abona el ejemplo de la edad media, con la fundación y expansión del catolicismo, la invasión de la barbarie germana, la vida monástica, la justicia del régimen feudal que tuvieron su contraposición en el Renacimiento, para abarcar luego la gran renovación operada en la sabiduría, en la política instaurada con el advenimiento de las nacionalidades occidentales, donde cada pueblo trocose en colectividad de costumbres y formó la ligazón que habría de conducirlos a su propia independencia como en el caso americano. Después, los grandes descubrimientos y el desarrollo industrial, para llegar a los progresos iniciados en el siglo XV y proseguidos hasta nuestros días en incesante actividad, para dar crédito al hombre moderno de que nada se crea en esclavitud y todo es producto de la libertad moral, política y económica.

Las autocracias primitivas, como las de Egipto e Israel, que dieron base a la civilización comenzada en Grecia, para extenderse posteriormente a través del orbe, son elementos poderosos para conjugar las ideas a iniciativas que debieron sucederse a través del tiempo, en el transcurso de épocas y edades. Los pueblos sometidos a esclavitud han vivido eternamente atemorizados, bajo la presencia del terror. Incapacitados por ello para toda acción individual, controlados sus actos y husmeados hasta sus pensamientos, no han podido ver más allá, olvidados de querer ser, de discurrir, escudriñar en el tiempo y en el espacio. Por el contrario, el hombre libre acciona por impulso propio, siguiendo el rumbo trazado por su destino, aun cuando a tropezones, pero abierto su horizonte a todas las sugerencias e iniciativas. Cayendo aquí, levantándose allá, prosigue su ruta, utilizando sus energías en

procura de lo desconocido, para robar los secretos a la naturaleza, como en las ciencias físicoquímicas en la edad contemporánea, para ofrecérselas al hombre, habitante de la tierra que aspira a encontrar cuando menos una estancia tranquila, al rescaldo de su hogar.

La actividad dominante en Grecia fué esencialmente intelectual, y no social propiamente dicha, al revés de la vida ordinaria de Roma que tuvo ya un carácter esencialmente distinto. El pueblo helénico jamás ha sentido afición por las empresas bélicas y ha debido aceptar algunas presionadas por el orgullo de sus libertades. Rechazó heroicamente la que le declararon los persas y aceptó la pelea en último extremo por su propia existencia de comunidad libre, en opinión de uno de sus más reputados historiadores. En cuanto a la contienda troyana, no pasa de ser una hermosa leyenda, explotada por literatos y poetas que hicieron del hecho un motivo de arte sutil y arrobador. Pero se vió entretanto agitado por autarquías y convulsiones internas, que no fueron obstáculo suficiente para desviarle de la actividad mental que se había contraído en la zona continental ateniense y en las islas del archipiélago, cuya repercusión sin igual en el arte, en las ciencias y la filosofía, exteriorizó en forma sin precedentes hasta entonces en el mundo civilizado.

Un examen de aquella creación evoca los caracteres más representativos en el orden de la cultura, caudal inmenso de conocimientos y creaciones estéticas, de especulaciones filosóficas en procura de la verdad y de teorías establecidas sobre el origen de ciertos fenómenos naturales. Continuadora de esta civilización está en lugar inmediato la labor del pueblo latino, influenciado por el pensamiento ático durante los primeros años del imperio que se destruye a sí mismo y aniquila los restos de aquella civilización al pretender la conquista de la Hélade una vez echado en brazos de la dictadura, para eludir el problema de la esclavitud con lo que mata las mejores energías creadoras. Grecia ha salvado sus luchas intestinas en los últimos años de su florecimiento pero armando el brazo del macedón, cae a su vez en la servidumbre; Y la decadencia del pueblo helénico fué acentuándose desde entonces a tal punto que más tarde es fulminado por la corrupción, que culminó en la disolución de los sistemas de convivencia, que arrastró consigo la misma civilización grecorromana, que desaparece triturada en las garras del vandalismo dictatorial desembocado por el militarismo.

El pueblo helénico ha sido grande en tanto fué libre y sus hombres podían interrogar al infinito. La dictadura ha sido una maldición que desarticuló las comunidades prósperas de la cuenca mediterránea. El saldo dejado en herencia es producto de voluntades dispersas, empujadas por la acción de sus antecesores, acuciados en buscar campo propicio para el cultivo de las ideas, arrancadas del alma popular y no por impulso de presiones extrañas que la individualidad repugna, como se observa en los pueblos americanos que arrastran en sus venas la sangre de los episodios más negros de la tiranía. Estos fenómenos tienen para el sociólogo moderno un valor de estudio, en su alcance por remontar al porvenir, basándose en los acontecimientos históricos.

Pero el hombre está naciendo. Hasta el presente tiene un origen muy cercano, siendo sumamente joven sobre la tierra. La humanidad apenas ha dado comienzo a la primera etapa de su historia. El ca-



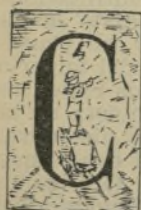
mino ha resultado por cierto azaroso, mas la pesada carga que lleva a espaldas servirá de cimiento para la gran construcción del porvenir. Mientras tanto, los hombres se despedazan en una angustia grande. Qué será del futuro inmediato de la humanidad sólo los dioses lo saben. Nadie puede aventurarse a predecir qué quedará de su paso por la tierra mientras le queden algunas energías de reserva para salvar los restos informes de un período cíclico que envuelve, desde los principios de la historia a nuestros días, toda la vida civilizada. Luchando entre la dictadura y la libertad, hoy se encuentra en medio de la vida en calidad de espectador, inmóvil y en posición estática.

Mientras tanto, un hecho evidente, ejemplo vivo de sacrificio, motivo para literatos y poetas de todos los tiempos queda en pie como reserva desafiante a la pasividad del individuo, caudal inmenso que se ha salvado de todas las hecatombes y que luego del desastre ha venido llenando la historia

con el fruto de su vientre y con los nuevos retoños ha tratado siempre en todas las épocas de imprimir a la vida un sentido más dulce de generosa ternura. Después del ocaso, luego del cataclismo que rebasa en barbarie a los templos de la civilización, la madre, mártir eterna en el sacrificio voluntario de su misión, aparece responsable de su destino. Ella soportó todas las atrocidades de la tiranía. La guerra interpuso en la acción de lo humano el honor tristemente ingrato de poner su alma amorosa, su mano floreciente de caricias, sobre la desventura de nuestros tiempos maldecidos. Y ella, que no el hombre bestializado por una cultura analfabeta, es la urna funeraria de los sentimientos, la diosa de nuestra segura inspiración, luz de nuestra alma atormentada y pensamiento entorpecido, fuente de cuyo vientre creador mana el sueño de la edad dorada, de la libertad.

CAMPIO CARPIO

## ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO



ON el título «The strong is lonely» (literalmente «El fuerte está solitario»), ha sido representada en Nueva York «Terre de Dieu» del austriaco Fritz Hochwälder, que fué estrenada en Suiza durante la pasada guerra. La conozco a través de la versión que ha obtenido cerca de quinientas representaciones en París, anunciada «Sur la Terre comme au Ciel» y de la

que hacía una magnífica creación Víctor Francen, que ha interpretado el mismo papel en la adaptación inglesa.

La obra, tan bien acogida por el público de la capital francesa, ha sido puesta en escena únicamente seis veces en la importante ciudad yanqui. Víctor Francen, en unas declaraciones a la prensa, ha indicado sus sospechas de que Washington, encontrándola tendenciosa y comunizante, haya ejercido presiones de todas clases para hacerla fracasar. Las palabras del actor pueden tener un fondo de verdad, puede existir también un deseo no confesado de paliar el fracaso con razones extra-teatrales, pero el poco éxito se justifica con otra razón de más peso: la obra es demasiado «intelectual» para Broadway.

La acción se desarrolla en la segunda mitad del siglo XVIII en la ciudad de Buenos Aires. La Compañía de Jesús había conseguido del monarca español, el monopolio de una extensa región a las orillas del Paraná y del Uruguay, que alcanzó una gran prosperidad económica y especialmente un avanzado estado de madurez social. La colectivización de los bienes y la solidaridad entre los hombres, habían hecho de aquellas tierras una especie de paraíso, ambicionado por todos los aborígenes que soportaban el látigo de los colonos. La pena de muerte, por ejemplo, había sido abolida, consi-

derándose al culpable más como víctima merecedora de compasión y ayuda que como reo.

Las fuerzas políticas, temerosas de perder su imperio sobre tan extensas regiones y los colonos, deseosos de someter a los 150.000 habitantes que vivían prósperamente, luchaban por arrancar a los jesuitas el poderío y la autonomía sobre tales territorios. Diré entre paréntesis, que en la obra los «buenos» son los jesuitas y los «malos» los españoles, y que a pesar de la benevolencia con que la recibirían las autoridades religiosas de la España actual, no creo que consiguiese pasar por el cedazo de la censura, debido a la oposición de los elementos nacionalistas.

Cediendo a las instancias de los colonos, el rey de España, a la sazón Carlos III, decide suprimir el beneficio de que gozaba la Compañía de Jesús y envía allí a D. Pedro de Miura. El padre provincial reacciona aprisionando al Visitador del Rey y dando órdenes para oponerse por la fuerza de las armas a que sea deshecha la magnífica labor realizada. Interviene entonces un enviado secreto del General de la Orden que le manda acatar las disposiciones reales. El padre provincial lo considera absurdo. De nada sirven las palabras de su interlocutor, explicándole que han sido expulsados de Francia y Portugal y que cuentan con la protección del rey de España como único bastión. Enfrentarse al rey es sacrificar la Compañía. Pasando por encima de la enormidad de la injusticia, de los crímenes que se cometerán y de la inhumana explotación que los colonizadores van a ejercer sobre los nativos, el interés vital de la Orden es de ceder. Incapaz de convencerlo, el representante del General tiene que recurrir a recordarle el voto de obediencia que ha hecho. A partir de este momento, la obra se centra en la repugnancia de los jesuitas a aceptar una disposición injusta y criminal, a sacrificar



las decenas de miles de indígenas que viven dichosos, por cumplir el voto de obediencia. Nada valen ni las súplicas ni las protestas. Ni los sentimientos ni la razón cuentan; ni el humanitarismo ni la caridad son escuchados; la confianza que los colectivistas han puesto en ellos hay que traicionarla. No existe otro valor divino ni humano que el interés de la Orden. No es posible vacilar. La decisión viene del jefe absoluto, el padre General, y hay que obedecer. El compromiso contraído al pronunciar el voto es claro y tajante.

La obra tiene un momento de sumo interés cuando se le objeta al padre provincial que ceder es sacrificar las almas de los nativos, que abandonarán a Cristo al verse traicionados por sus representantes y sojuzgados por quienes se dicen sus siervos. Es igual. Contra Dios si es precio, hay que obedecer.

Uno a uno todos los hijos de San Ignacio (espirituales, se entiende) acatan las intenciones del padre provincial tras una tremenda lucha interior, mayor todavía que la librada por éste, porque ellos ignoran la presencia del enviado secreto y no pueden comprender el cambio de criterio realizado en unas horas, ni la suprema energía con que defiende su nueva posición. Hay, sin embargo, un rebelde. El padre Orós, antiguo guerrero y jefe de las fuerzas armadas del «reino de Dios» (ya en aquellos tiempos los jesuitas «estaban en todo»), se niega a entregar su mando a los españoles y cuando el padre provincial le recuerda su voto de obediencia, le responde que éste no puede obligarle a cometer un pecado. La lucha es corta; el padre provincial, accidentalmente herido en la refriega muere, no sin antes dar la absolución al padre Orós, ya arrepentido de su desobediencia que ha sido condenado a muerte, mientras el resto de jesuitas es exilado.

La obra está escrita, a mi juicio, en loor de la Orden, presentándola en el doble aspecto de bienhechora y víctima, pero con cierta habilidad, no como «El divino impaciente» de Pemán, que tras varios años he vuelto a leer estos días, y donde el objetivo es clarísimo.

Las condiciones económicas en que se desenvolvía esa sociedad están bastante lejos de ser idénticas a esas en que se desenvuelve el comunismo actual.

Por otra parte, su efectividad en la trama es hasta cierto punto secundaria, y no creo que el fracaso obtenido por la obra en Norteamérica sea debido a presiones gubernamentales. Lo que ha sucedido es que hay una clara diferencia de nivel en la mentalidad. París, es la vieja Europa, con muchos siglos detrás. Nueva York es un compuesto de niñez intelectual con madurez utilitaria. Los hombres que están constantemente preocupados por conseguir que el número de tuercas que aprietan en el día aumente de dos unidades, o por saber el estado en que se encuentran las obras de la base naval de Cartagena, es casi imposible que puedan asomarse al problema ideológico que la obra presenta. Todos los valores que pueden entrar en juego, como la dignidad, el amor a los nativos, la repulsa de la injusticia, etc., no tienen para ellos ningún interés ante la tabla de sumar o una estadística cualquiera.

Los espectadores parisinos pueden sopesar los valores en juego e interesarse al proceso psicológico de los personajes, aunque para ellos el problema no puede existir por negarse a una entrega tan completa de su personalidad.

La obediencia total es una forma activa de la muerte. Hacer entrega de la vida. Podría preguntarse, si cuando la obediencia es llevada a su máxima expresión, puede encontrarse algún mérito en quien obedece, y si un Dios justiciero podría premiar o castigar una acción realizada exclusivamente bajo el imperativo de una orden. El sólo mérito estaría en la violentación de las fuerzas activas naturales, pero esto es muy cómodo cuando se posee la fe. Se trata, en verdad, de un abandono, de una deserción. Y siguiendo esta idea, se presenta la duda de que Dios puede considerar como ofensiva para él la negativa a hacer uso de unas cualidades, que son precisamente en las que debe fundarse todo el mérito de la salvación.

Pero, váyale usted con este género de consideraciones al indígena neoyorkino. Y es que de París a Nueva York hay, en el terreno del espíritu, mucha distancia, y en esa parece que los yanquis no están muy posibilitados para batir ninguna plusmarca.

FRANCISCO FRAK

## ~~~~~ BREGA POR IDEALES ~~~~~

# LA BESTIA HUMANA



DESDE hace tiempo, venimos notando una especie de desviación o abandono, sobre principios que deben constituir, en tanto la realidad no demuestre lo contrario, la razón de ser de una brega doctrinaria, intensa, fervorosa y leal en cuanto tenga relación con la organización, trato y desarrollo del ser humano entre sí.

Parece como si hubiésemos olvidado, o como si desconociéramos los simples, a fuer de profundos, postulados de hace casi un siglo, echados a la reflexión del mundo proletario, por aquellos pensadores que integraron y dieron vida a la famosa Internacional de los Productores.

Tal vez, mareados por líricos revolucionarismos o por retóricas de un disfrute inmediato de las bellezas, con frecuencia candorosas, de una vida fácil, es que descuidamos las bases sobre qué descansar deben todas las reformas y todas las organizaciones, ya por evolución, ya por revolución, —olvidando que revolución no es solamente el hecho estrepitoso, bullanguero y destructor, sino el constructivo, modificante y creador de cosas mejores, a veces sin notarse el cambio—, y nos acomodamos resignadamente a lo que resulte del desarrollo posible de las cosas.

Tal vez, por egoísmo o por interés particularista, nos dejamos alejar del punto de mira generoso y solidario que debería primar en la brega para la



consecución de mayores bienes, descuidando la relación y ligazón que debe primar en la convivencia social sin cortapisas ni parcialidades.

Aquellos fervorosos cultores de una situación humana más racional, establecieron un principio que debe ser fundamental para esa convivencia, y fué el criterio internacionalista programado, conscientes de que las razas, los pueblos, las nacionalidades, los accidentes geográficos, no son más que casuales, inherentes al individuo y a las colectividades de seres racionales, y de ahí que proclamaran su aspiración mundial y sostuvieran la necesidad de unirse los productores de todos los países, en ese mutuo apoyo que, cada día más, necesitan los seres para su entendimiento, normal desarrollo y dignificación.

Las distancias entre los hombres, no eran tan reducidas como lo son hoy, lo que creaba dificultades de entendimiento, pero ellos ya captaron la necesidad de abatir fronteras, de conocerse y relacionarse entre sí, sino en persona o en lo físico, en espíritu e inteligencia al menos, para conseguir el logro de una superación mental, moral, afectiva, solidaria y digna propia de todos los racionales sin distinción de razas, países, climas y zonas de residencia.

Fuese creando, por parte de las clases y castas dominantes y para evitar esa inteligencia y relación, rivalidades, desprecios, orgullos y malevolencias entre unos y otros, manera fácil de obstaculizar acuerdos, y surgieron esas argucias de límites, fronteras, nacionalidades, trapos patrios y verbalismos que convierten al ser en un rival del vecino o en un enemigo del connacional que no admite diferencias.

La deformación de la mentalidad prodújose, y se continúa de más en más, en escuelas, liceos, universidades, hogares, entidades, pueblos y conglomerados, logrando así mantener las rivalidades, los desprecios, las diferencias de seres y pueblos, de tribus y razas, con lo que los usufructuarios de tales desavenencias logran imponerse y profundizar odios sin base. Es el chovinismo a pleno dominio.

Y el proletariado mundial, el productor de por doquier ha descuidado ese dilema de la unión y comprensión entre ellos, por sobre fronteras, por encima de patriotismos turbadores, por desdago de nacionalismos egoístas, careciendo así del ligamen y apoyo para una acción eficaz entre pueblos y colectividades que pudieran entenderse en el sostén de una brega con intereses comunes a fuer de divergentes necesidades derivadas de costumbres, climas y éticas diversas pero concordantes a un propósito del mejor vivir en sus propias zonas, todo lo cual es fácilmente admisible merced a una organización federativa que respete y coordine las conveniencias particulares de seres y pueblos que no se obstruyan entre sí.

El día que el proletariado, el productor de cosa útil, el profesional especializado logren captar el profundo y racional sentido de los dilemas formulados por los internacionalistas de hace un siglo, y se pongan de acuerdo y se dispongan a darles aplicación sin cortapisas, la brega por ideales superativos y dignificadores de la especie, adquirirá un contenido real que echará abajo todos los engaños y morbosidades con que se mantiene a las masas, y entonces sí que podremos considerar que comienzan por sí mismos la emancipación de los trabajadores.

\*\*\*

La bestia más bestia de las bestias, es la bestia humana...

Tal vez la afirmación que viene repitiéndose durante evos, y que lejos de atenuarse se afirma más y más, a pesar de los pujos de civilizados, de cultos, de sabios, de instruidos, de buenos, de nobles, de fraternos, de amarnos unos a otros, de honrados, de, en fin, todos los adjetivos laudatorios que somos capaces de endilgarnos sin rubor, pero que no logran, ante una imparcial y serena observación de los hechos atenuar la humana condición de bárbaros, crueles, sádicos, morbosos, pasionales, idiotas, degenerados, etc., que lucimos y usamos con un sentido irresponsable de paranoicos.

La noción de racional se adquiere mediante el ejercicio de valores naturales, pero, en virtud de una supuesta evolución civilizante, que no es más que involución evidente, se han trastocado los papeles de tal manera, durante siglos y siglos de desviación, que el sentido de dignidad humana, de afecto y consideración al prójimo, se han convertido en cantinela simplista y fácil para afirmar dogmas, castas, doctrinas, verbalismos y conceptos fallaces que permitan a los audaces, trepar y vivir a costa de la crueldad común y credulidad masiva.

Y lo peor de todo ello es que, actualmente, las masas, cada día más, aceptan y se conforman con esos lemas y esas realidades artificiales y falsas, como condición inherente al vivir y a la organización de la especie que quiere ser sabia, buena y justa.

No olvidemos que el mal o defecto del hombre individual o colectivamente, no está en su desvío mental y físico, sino en el espíritu que le induce a someterse, como condición superior, a todos los defectos o males de la vida trastocada por un capitalismo feroz, irresponsable y patológico que todo lo domina.

Desde que el hombre saliera de las cavernas para enfrentarse con más amplios panoramas en su vivir, desarrollarse y reproducirse, hasta nuestros tiempos, su deventura fué creciendo, envolviéndose en los más engañosos supuestos de elevación mental, y esclavizándose en las mallas de un tejido cuya trama iba formando su propio sudario como lo más natural y eficiente para su persistencia.

¿Quiere decirse, con ello, que el estado cavernario, salvaje, animal de prehistóricas edades, fuera más aceptable o deseable para nuestra especie? Mal nos juzgaría quien tal pensara de cuanto apuntamos.

Lo que queremos señalar o destacar con nuestras censuras a esa civilización bárbara que nos arrulla, a esa involución que nos aniquila, a fuer de hipersabios, es que, si no se logra una recuperación verdad, el finis del «homo sapiens» es inevitable, —a pesar de sus humos de inteligente, hábil y culto—, muchos siglos antes de su natural y evolutiva decadencia biológica.

Reclamamos, solamente, un poco de reflexión, de meditación acerca del estado actual de la especie en sus varias y múltiples formas y necesidades de desarrollo, y notaremos fácilmente, lo distantes que estamos de cumplir el destino al que es de suponer nos debemos, de mejorarnos, superarnos, dignificarnos como especie superior, como seres racionales si no queremos que el ser animal, la bestia que hay en nosotros predomine y venza, en comparación con los seres y las cosas que nos rodean y que saben comportarse y desen-



volverse sin las graves consecuencias que nos agobian, en virtud de no haberse desviado de su estado natural ni haber transgredido normas inherentes al ser al formarse y desarrollarse.

Y ello debe conducirnos a la reflexión, por cuanto, a poco de utilizar la razón que decimos ser nuestro tesoro mental, estaríamos en posesión de valores y materiales que, en efecto, podrían hacer de la vida humana, el centro de una civilización activa que nos condujera al summum del bienestar y de la concepción superior que debe ser nuestro fin.

Si nos fuera dable echar a la bestia que nos subyuga, librarnos de las mentiras civilizantes, manumitirnos de los vicios y egoísmos que nos sujetan, retornar a la naturaleza en visión amplia, de futuro y perspectiva, tal vez nos libraríamos de ese

sambenito que nos colgamos y arrastramos sin ventura, siglo tras siglo, y la bestia humana podría devenir el animal más civilizado y cuerdo de Natura, merced a los medios y recursos a su alcance, pero, mientras sigamos con la euforia sabia que nos aplasta, no podemos hacer más que considerarnos inferiores a aquellos seres que saben formarse, hacer, reproducirse y desarrollarse cumpliendo la ley de la Vida, que no es destrucción morbosa, sino evolución consciente y natural de seres aptos para gozarla plenamente.

¿Por qué ese empeño en seguir siendo la más bestia de las bestias, conformándonos con el mutuo elogio de civilizados que se destruyen sin rubor ni honor?

ALBANO ROSELL

## Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

13. «Il 94». Quincenario anarquista. Carrara. Inicia su aparición en 1911, publicándose, bajo todos sus aspectos, como continuador del periódico «Combattiamo», que había iniciado su aparición en diciembre de 1902 y la había continuado hasta el 4 de abril de 1904, a pesar de que había sido secuestrado muy a menudo por las autoridades. Además de los secuestros, los procesos repetidos obligan a su editor, Ugo Del Papa, a dejar Italia para escapar a la detención. Vuelto a Italia después de la amnistía, en 1911, se pone de acuerdo con Alberto Meschi para lanzar «Il 94», continuando su publicación hasta 1915, a principios de la guerra. En 1919-20 se publican aún algún par de números.

En 1945, con ocasión de celebrarse en Carrara el primer Congreso Nacional de los Anarquistas de Italia, el periódico vuelve a reaparecer como órgano de la Federación Libertaria de Massa-Carrara. Continúa apareciendo, bastante regularmente, hasta 1947. Después han aparecido algunos números salteados, pero muy irregularmente. Redactores de la primera serie: Ugo Del Papa y Alberto Meschi. De la segunda serie: Ugo Fedeli. Colaborador, Alfonso Failla.

14. «La Parole degli Anarchici». Órgano de los grupos anarquistas de Carrara. Octubre 1913. Se trata de dos números únicos publicados en el mes de octubre, durante el período electoral. Redactores: Ugo Del Papa y Alberto Meschi.

15. «La Scuola Moderna». Periódico quincenal para la propaganda y las actividades del «Asilo Escuela Moderna Racionalista». Clivio. (Como). Se inicia la publicación en 1910, pero aparece bastante irregularmente, publicando sobre todo las cantidades recibidas y las actividades desarrolladas para la realización de la Escuela Moderna de Clivio. En 1920, reemprende con cierta regularidad, en pequeño formato y a cuatro páginas, redactado por Luigi Masciotti. Después, tras una breve suspensión, reaparece en mayo de 1922 bajo forma de revista con 16 páginas y la nueva dirección en «Varesse», agregándose el subtítulo de «Rivista

Mensile per gli Atti e la Cultura Racionalista». Redactor, Auro d'Arcola. Salen dos números. El último lleva fecha de octubre de 1922.

16. «La Squilla Nova». Órgano quincenal de propaganda. Gratuito. Lecce. Inicia su publicación en 1912, en pequeño formato, a cuatro páginas y dos columnas. Suspendido a principios de 1914, reemprende su aparición para publicar pocos números en 1915, en Milán. Redactor, A. Miceli.

17. «Volontà». Periódico de propaganda anarquista. Ancona. Comienza a publicarse a principios de junio de 1913. Llega hasta el estallido de los acontecimientos que culminaron en la famosa «Settimana Rossa» (Semana Roja), de junio de 1914. El periódico fué dirigido con toda efectividad por Errico Malatesta, su fundador. Después de la acción que tuvo lugar, y que obligó a Malatesta a buscar nuevamente refugio en Londres, la redacción fué encomendada a Cesare Agostinelli, fiel y constante colaborador de Malatesta en casi todas las iniciativas periodísticas. Agostinelli, logró mantener airoosamente la publicación hasta el momento en que Italia entró en guerra, en mayo de 1915. Es una publicación interesantísima, particularmente durante el período que va de 1914 a 1915, por su atrevida campaña contra la guerra. Colaboradores principales: Luigi Fabbri (Adamas, Catilina, L. F.), Guglielmo Caravani, Nella Giacomelli (Petit-Jardin, Ireos), Prof. Ettore Molinari (Epifane), Libero Merlino, Luigi Bertoni, Errico Malatesta, etc.

Terminada la guerra, en abril de 1919, reemprende su publicación como se indica más abajo.

18. «Volontà». Reseña quincenal anarquista. Siempre en Ancona. Dirección de Luigi Fabbri. Se trata más bien de una revista que de un periódico, no sólo por su reducido formato, y porque lleva ocho en lugar de cuatro páginas, sino sobre todo por su contenido. Se inspira siempre en las ideas de Malatesta, quien se encuentra en Londres, imposibilitado de prestar su contribución.

Y en el período de las grandes agitaciones, cuando se planteaba el problema de la revolución rusa, al mismo tiempo que la húngara, la alemana e incluso la italiana, en la



«Reseña» se examinaban y estudiaban a fondo los problemas que estos movimientos suscitaban. De gran importancia fué la discusión que se abrió en torno de «Anarquía o dictadura», y sobre «Problemas de la Revolución». Los artículos firmados «Quand-Même», son del propio Fabbri. Colaboraban: Camilo Berneri (Camilo da Lodi), Errico Malatesta, Luigi Bertoni, etc. Cesó la publicación en 1920, en razón de que la mayor parte de sus redactores y colaboradores eran a la vez colaboradores y redactores del entonces diario anarquista «Umanità Nova», por lo que no podían atender a su aparición. De mucha importancia fué la campaña que desarrolló la «Reseña» contra «Las tendencias dictatoriales en la revolución».

19. «La Fiaccola». (La Antorcha). Revista quincenal de ciencia, filosofía y arte. Vittoria (Sicilia). Comenzó a publicarse en mayo de 1913, con 22 páginas, y se publicó hasta principios de 1914, dirigida por el abogado Nicosa Francesco. Tuvo mayor difusión en América del Norte que en Italia.

20. «Gli Scamiciati». Periódico obrero quincenal. Novi Ligure (Nueva Liguria). Inicia su publicación en abril de 1913, y cesa en 1914, al estallar la guerra mundial. Insertó una polémica muy interesante sobre el «Illegalismo», que tuvo lugar entre Gavilli y Malatesta. Redactor: G. Gavilli. Terminada la guerra, a pesar de que Gavilli había fallecido, el periódico reemprende su publicación, pero sin aquel brío que le imprimía Gavilli.

21. «Gli Scamiciati». (Los descamisados). Pegli. Inicia su publicación a principios de marzo de 1920. No se publica regularmente; aparece cuando puede. En la cabecera del periódico se advertía: «A los ataques personales respondemos con el desprecio». No tuvo vida muy larga, pues en 1921 dejó de aparecer. Colaboradores: Pizzorno, Lato Lattini, G. Rolando. Mantenía una tendencia antiorganizadora en el terreno político.

22. «Il Ribelle». Quincenal. Milán. El núm. 1, que lleva fecha de 24 de octubre de 1914, lleva como subtítulo: «Quincenario antiguerrero», pero en su segundo número se modifica por «Quincenario anarquista». Aparecen ocho números, o sea hasta fines de febrero de 1915. Las dificultades de la situación hicieron casi imposible entonces toda publicación anarquista. Redactores: Carlo Molaschi. Colaboradores: L. Guberti, Leda Rafanelli, etc.

23. «Il Pensiero Anarchico». Órgano del Grupo Anarquista «Martiri di Chicago». Roma. Vió la luz durante muy pocos números, pues comenzó a salir en 1914, época poco propicia. A causa de la crisis económica provocada por la guerra europea, no pudo mantenerse la publicación.

24. «La Favilla». Pequeño periódico de propaganda popular. Roma. Inicia su publicación en 1914, y la continúa hasta fines de 1916. Entonces, su redactor, Aristide Ceca-relli, cae gravemente enfermo, por lo que, obligado a la inactividad, la publicación se suspende.

25. «Il Solco». Pequeño periódico de propaganda popular. Sinigaglia. Comienza a publicarse a principios de 1914, tratando de preferencia cuestiones antirreligiosas. Continúa hasta mediados de 1915. La entrada de Italia en la guerra obliga a suspender la publicación. Redactor: Ottotino Manni.

En 1919, el redactor lanza un llamamiento al objeto de poder reemprender la publicación del periódico, con el compromiso de transformarlo en periodiquito de propaganda y de difusión gratuita. Al no haber recogido los fondos suficientes para asegurar la aparición, por lo menos durante un año, el redactor desiste de su intención. Con fecha 12 de septiembre de 1919, se publicaba un anuncio en «Il Libertario», dando cuenta de haber renunciado a la iniciativa.

26. «La Sfida». Número único. Roma. 1914. Es ésta la primera publicación lanzada por los anarquistas «interven-

cionistas» en los momentos más febriles de la discusión tenida en el campo internacional sobre la guerra europea. Apareció en ocho grandes páginas y colaboraron Libero Tancredi, Maria Rygier, Mario Gioda, Renzo Provinciali, Oberdan Gligli y Agostino Pallinelli.

27. «La Guerra Sociale». Semanario. Milán. Comienza a publicarse a fines de 1914 y continúa apareciendo hasta mayo de 1915, apareciendo en total una veintena de números. Su finalidad era propagar la intervención de Italia en el conflicto europeo, reclamando la participación activa de los revolucionarios de todas las tendencias. Sostenía la tesis de la «guerra revolucionaria», de Italia aliada a Francia «revolucionaria», valorizando la necesidad de la guerra. Redactores: Eduardo Malusardi. Colaboradores: Oberdan Gligli, Massimo Rocca (Libero Tancredi), Maria Rygier, Mario Gioda, etc.

28. «Abasso la guerra, il militarismo, la patrie». Milan, septiembre de 1914. Número único contra la guerra, que fué completamente secuestrado por las autoridades. Reproduce artículos de E. Malatesta, del abogado Luigi Molinari, etc.

29. «Contro la Guerra». Número único. Parma. Ve la luz el 6 de febrero de 1915, a cargo de un grupo de anarquistas y de sindicalistas. Es importante, porque este grupo toma posición en Parma contra la corriente del sindicalista Arce De Ambris, que mantenía una posición favorable a la participación en la guerra. Colaboran, además de Enrico Leone, Luigi Fabbri, el abogado Luigi Molinari e Italo Garinei. En este número se anuncia la próxima aparición de «Guerra di Classe» como órgano de la Unión Sindical Italiana.

30. «Coerenza». Semanario antimilitarista, antipatriótico y contra todas las guerras. Milán. Inicia su aparición en febrero de 1915, dirigido por Pulvio Zocchi, sindicalista, en desacuerdo con los otros militantes de la Unión Sindical Milanese. A pesar de que la personalidad de Zocchi era un poco rara, y de que su posición era más bien personalista, colaboraron en esta publicación, presentada primorosamente, muchos anarquistas, entre quienes se hallaba el abogado Luigi Molinari. Se publicaron siete números, hasta el momento de la intervención de Italia en la guerra europea.

31. «Il Grido degli Oppressi». Pontelagoscuro. Aparecieron algunos números entre los meses que van de marzo a mayo de 1915. Redactor: Stami Cesare.

32. «Il Piccone». Ferrara. Pequeño periódico de propaganda de carácter racionalista, pero de tendencia libertaria. Aparecieron unos pocos números en 1915.

33. «L'Alba Libertaria». Órgano mensual de propaganda femenina. Pontremoli. Inicia su publicación en febrero de 1915. Aparecen pocos números. Redactora: Emma Pagliari.

34. «L'Alba dei Liberi». Semanal. San Severo (Puglie). Inicia su publicación en marzo de 1915. Aparecen solamente dos números.

35. «Squilla Nuova». Periódico quincenal de propaganda anarquista. Milán. 1915. Aparecen un par de números como continuación del mismo periódico publicado con anterioridad en Lecce (1912). Redactor: Augusto Micelli.

36. «La Favilla». Periódico quincenal de propaganda comunista-anarquista. Redactor: Aristides Ceca-relli. Después de aparecer seis números, a principios de 1918, se suspende por falta de fondos. Aparecen algunos números más después de enero, pero se suspende definitivamente por la enfermedad de su redactor, que fallece al poco tiempo. Los fondos recogidos para su publicación se reparten entre diversas publicaciones: «La Volontà», de Ancona; «La Valanga», de Roma; «L'Avvenire Anarchico», de Pisa; «Libertario», de La Spezia, que reemprende su publicación en febrero de 1919, y por las «Victimas Politicas».

37. «Germinal». Semanal. San Severo. (Puglie). Inicia su publicación el 7 de septiembre de 1919. Aparecen solamente dos números.



38. «Epur si Muove». Número único. Turín, 15 de abril de 1917. Editado a cargo del «Circolo Operario». Dos páginas. Redactor responsable: Agnello Odoardo. El número va dedicado al gran acontecimiento de aquellos días: la revolución rusa.

39. «Il Comunista». Número único. Imola. Edición a cargo del «Fascio Haz Libertario de Imola». Aparece con ocasión del 1.º de mayo de 1919.

40. «Anarchia». La Spezia. Redactor: Roberto D'Angio. Hacia fines de 1919, D'Angio, que había sido de los «intervencionistas», lanzó un llamamiento para publicar un periódico. Este llamamiento apareció en el diario fascista «Il Popolo d'Italia», dirigido por Benito Mussolini. Esta forma tan extraña de anunciar un periódico anarquista en la prensa fascista provocó una gran animadversión, y levantó no pocas críticas y discusiones desfavorables a D'Angio, sobre todo por parte de «Il Libertario», del cual D'Angio había sido redactor y colaborador activo durante varios años (en La Spezia). La misma crítica se lanzó desde la revista «Iconoclasta», que se publicaba en Pistoia. En tales condiciones «Anarchia» vió la luz a principios de 1920, pero agido con animadversión, murió casi de inmediato.

41. «Iconoclasta». Quincenal. Pistoia. Comenzó la publicación en mayo de 1919, bajo la forma de periódico, y contribuyó muchísimo a la campaña pro recogida de fondos para la creación del diario «Umanità Nova». Después de pocos números se convirtió en revista quincenal de «propaganda y discusión de las ideas anarquistas», con sus páginas abiertas a todos. Muy variada e interesante, pudo continuar su publicación hasta fines de 1921, época en que, a consecuencia de sus artículos contra el fascismo, fué suspendida por las autoridades. Redactores: Virgilio Gozzoli y Silvestri. Colaboradores regulares: Camilo Berneri (Camilo da Lodi), Renzo Novatori (Ferrari), Pietro Bruzzi (Brutius), Ugo Fedeli, Carlo Molaschi, Cesare Zaccaria.

42. «La Valanga». Semanario anarquista. Roma. Editado a cargo del grupo anarquista «Il Pensiero». Comienza a publicarse, en gran formato, a fines de abril de 1919, y continúa hasta principios de 1920. Alguno de sus redactores demostró muchas simpatías por el bolchevismo y por la «dictadura del proletariado». Redactores: Temistocle Monticelli y Ettore Sottovia (Combeferre).

43. «Umanità Nova». Diario anarquista. Milán - Roma. Inicia su aparición el 26 de febrero de 1920, en Milán, bajo la dirección de Errico Malatesta. Redactor principal, Gigi Damiani. Redactores: Carlo Frigerio, Corrado Quagliano, C. Cecarelli, etc. Colaborador asiduo, Luigi Fabbri. Al aparecer en Milán lo hizo en pequeño formato (tipo diarios alemanes), alternando cuatro y ocho páginas. Se publica en Milán hasta el 23 de marzo de 1921, fecha en que, a consecuencia de una campaña por la libertad de Errico Malatesta (a quien habían detenido por un discurso), de Armando Borghi y de Corrado Quagliano, se lanzó una bomba contra el teatro Diana. Los citados y algunos más se hallaban detenidos desde hacía cuatro o cinco meses, y en aquellos días habían comenzado una huelga del hambre para protestar contra el proceder de la magistratura, que alargaba las cosas y no se decidía enviarlos a juicio. Se dijo que la bomba se había lanzado intencionadamente por orden del procurador Gasti. A raíz de este hecho, los fascistas, con la cooperación de la policía, devastaron los locales del periódico, «empastelaron» la imprenta y detuvieron a los redactores que se encontraban allí. El último número de la serie de Milán lleva fecha 24 de marzo de 1921, año II. Tras muchos esfuerzos y dificultades y después de haber publicado bisemanalmente algunos números de «Il Libertario» de La Spezia, «Umanità Nova» logró ver de nuevo la luz en Roma, el 1.º de julio de 1921, en formato normal de los diarios. Continuó hasta que, destruido por dos veces el local por la acción de los fascistas, se hizo imposible su publica-

ción y su difusión. Cesó su publicación como diario en el número 183, el 12 de agosto de 1922. Con el número 184, año III y con fecha 19 de agosto de 1922, inicia por algunos números su publicación, primeramente bisemanal y finalmente semanal, siempre con la esperanza de reemprender su aparición diaria hasta diciembre de 1922. Su último número fué el 196.

Fué «Umanità Nova» una publicación importantísima, ya que llevaba en sus páginas el comentario cotidiano y la crítica anarquista de los acontecimientos que se desarrollaban en aquellos años de viva agitación y de fervor revolucionario, a más de su crítica diaria al fascismo. Además de los citados más arriba colaboraron activamente Nella Giacomelli (Ireos, Petit-Jardin, Ynkio), el profesor Ettore Molinari (Epifane), Camilo Berneri, etc.

44. «La Voce Anarchica». Quincenal. Este. Padua. Aparece el 15 de... de 1920, a cargo del «Comitato per la propaganda nel Veneto». Aparecen muy pocos números.

45. «Libero Acordo». Periódico anarco-comunista. Quincenal. Roma. Comienza a aparecer el 16 de julio de 1920. Sufre una breve interrupción en 1922. Reemprende su publicación hasta agosto de 1916. En esta época, al agudizarse la reacción fascista, que de hecho suspende todas las publicaciones de oposición al régimen, queda definitivamente suspendido. En 1926 había cambiado de formato, apareciendo bajo forma de revista de «propaganda por la educación y por la cultura libertaria». Sigue siendo quincenal y sale con 20 páginas. Durante los años 24, 25 y 26, fué secuestrado muy a menudo, como todas las publicaciones anarquistas. Redactor: Temistocle Monticelli. Colaboradores: Camilo Berneri, Ottorino Manni, Luigi Fabbri.

46. «Cronaca Sovversiva». Semanario anarquista de propaganda revolucionaria. Nueva serie. Turín, 1920. Después de la supresión del periódico en Linn Mass y de la deportación de sus redactores hasta entonces residentes en los Estados Unidos, se reemprende su publicación en Turín el 17 de enero de 1920, con idéntico formato y cabecera, continuándola cerca de un año, hasta el 2 de octubre de 1920. A raíz de una serie de artículos que determinaron repetidos secuestros del periódico, sobre todo uno titulado «¡Soldado, hermano!...» (reproducido en un manifiesto que fué ampliamente difundido, sobre todo en los cuarteles de Italia); los redactores del periódico fueron denunciados. En el proceso que se abrió dos años después, en octubre de 1922, Galeani fué condenado a trece meses de prisión. Las publicaciones fueron suspendidas.

Redactor: Luigi Galeani. Administrador: Raffaele Schievina. Gerente responsable: Pietro Rainieri.

47. «A Stormo». Semanario libertario revolucionario. Turín, 1920. Se trata de una edición especial de cuatro mil ejemplares realizada por «Cronaca Sovversiva» dedicada a los Estados Unidos, ya que con su nombre propio le era prohibida la entrada en el país. Se utilizaba este subterfugio para dirigirse a los amigos y compañeros que quedaron en los Estados Unidos. Se reproducen en este período, casi integralmente, los mismos artículos que se publican en «Cronaca Sovversiva». También inicia su publicación en enero y la termina en octubre de 1920.

48. «Germinal». Periódico anarquista. Trieste. Su divisa era: «Por la revolución y por el anarquismo». El periódico aparecía con anterioridad a la guerra europea. Ante el acontecimiento bélico fué obligado al silencio, pero después de la forzada presión guerrillista, reinicia su publicación, en septiembre de 1921, pero aparecieron pocos números.

49. «Nichilismo». Revista quincenal individualista anarquista. Milán. Comienza a aparecer con 16 páginas en abril de 1920. Se publica regularmente hasta marzo de 1921. A raíz del atentado producido en el Teatro Diana de Milán, se produce la consiguiente reacción antianarquista que obli-



ga a suspender la revista como muchas otras publicaciones. Redactores: Carlo Molaschi y Maria Rossi. Colaboradores: Leda Rafanelli, Renzo Novatore, Ugo Fedeli, Meniconi Fioravanti.

50. «Sorgiamo». Número único. Imola. Publicado en ocasión del 1.º de mayo de 1920. El periódico, que debía haber aparecido regularmente como semanario, se limita a un número único por falla de su administrador. Editado por el grupo «Sorgiamo».

51. «Sorgiamo». Semanario anarquista. A cargo de los grupos anarquistas de Imola y sus alrededores. Comienza a publicarse a principios de junio de 1920, y se suspende en abril de 1921, a consecuencia de un atentado a la bomba consumado contra un fascista, y la consiguiente acusación de «complot anarquista» por parte de la policía, lo que obligó a los redactores del periódico a abandonar la región. Vuelve a aparecer el 6 de enero de 1923, como «quincenario anarquista de la Región Emiliano-Romagnola», publicándose siempre en Imola. Pero sólo pudieron aparecer unos pocos números.

52. «Spartaco». Número único, publicado en ocasión del 1.º de mayo de 1920. Roma. Editado por el grupo anarquista «Spartaco».

53. «Spartaco». Periódico mensual de propaganda anarquista. Roma-Bagnoli del Trigno. Comienza a aparecer en pequeño formato en 1920. Se publicaron siete números a cargo del grupo anarco-comunista «Spartaco». En 1921 aparece en Ragnoli del Trigno (Campo-basso) a cuenta del «Circolo di coltura operaria», pero siempre, en una y otra ocasión, bajo la dirección de Ettore Sottovia (Combeferre). En 1922 dejó de publicarse para contribuir a la aparición del diario «Umanità Nova».

54. «La Commune». Número único, publicado el 18 de

marzo de 1920, en conmemoración de la Comuna de París. Fabriano. A cargo del grupo anarquista de Fabriano.

55. «Iconoclasta». Número único especial. Suplemento de la revista «Iconoclasta», en ocasión del 1.º de mayo de 1920. Pisa. A cargo del «Grupo anarquista Spartaco», de Pisa.

56. «Imola Nostra». Número único. Imola. Publicado en septiembre de 1920. Dedicado a los diputados elegidos en las famosas «elecciones rojas». Redactor: Mancione.

57. «La Frusta». Quincenario anarquista de tendencia antiorganizadora. Fano. Inicia su aparición en 1920, y continúa hasta 1922. Su redactor, Giobbe Sanchini, había sido deportado (?) de los Estados Unidos junto con Luigi Galleani, de «Cronaca Sovversiva», a consecuencia de su activa labor contra la guerra. Era un pequeño periódico escrito casi completamente por su redactor.

58. «Anarchia». Órgano quincenal de la Federación Anarquista de Campana. Nápoles. Comienza a publicarse el 17 de junio de 1920. Aparecen muy pocos números. Redactores: C. Imondi y Bruno Misefari.

59. «Il Grido della Rivolta». Quincenario a cargo de la Federación Anarquista Florentina. Florencia. Inicia su publicación a principios de abril de 1920 y continúa hasta mediados de 1921. Entonces es lanzada una bomba contra un cortejo fascista que desfilaba por la ciudad. El periódico fué suspendido y los redactores se vieron precisados a darse a la fuga.

60. «La Rivolta degli Unici». Sesto San Giovanni. Milán. 9 de diciembre de 1921. Número único dedicado a la propaganda anarquista individualista.

(A cargo de la Sección Bibliográfica de la C.R.I.M.)

U. F.

(Continuará.)

El alcoholismo es casi tan terrible como la guerra. Francia iba hasta hace poco a la cabeza de los países alcohólicos. Recientemente ha sido sobrepasada por los Estados Unidos. El 10 por 100 de los ingresos de los franceses se invierten en bebidas alcohólicas. En un hogar francés en el que entren 30.000 francos por mes, 3.000 son consumidos en alcohol. Resultado: sobre 100 hombres hospitalizados, 65 presentan síntomas alcohólicos. Se trata de enfermos alcohólicos, no de borrachos. Sobre el consumo de vinos, el profesor Mauriac ha escrito: «Mi deber es decir muy alto que el vino, bebida bienhechora a pequeñas dosis provoca la locura y demás trastornos inherentes al consumo de los demás alcoholes». Anatole France decía que el alcohol mata a los que lo consumen. Es la verdad y más todavía en un Estado que no osa escoger entre el alcohol y la vivienda. ¿Cuántas viviendas no se construirían si se consagrara a su construcción lo que se derrocha en alcohol? Seguramente decenas de millares suplementarias cada año. Depende de nus, el 30 por 100 de los accidentes de trabajo, el progresivo que provoca el 25 por 100 de divorcioestra voluntad y clarividencia resistir al alcoholismo 57 por 100 de los accidentes de circulación y el 23 por 100 de las riñas y agresiones.

Pierre SAINDERICHIN.



# POETAS DE AYER Y DE HOY

## Poemas de Mar y Tierra

### I

Hoy mis ojos se queman  
con la sal de mis sueños;  
¡Te necesito mar!

Mar de la orilla mía  
alejada del mar.  
Lengua que se prolonga  
hacia su propia, inalcanzable, arista.

¡Qué eternidad de arena es el camino!

Te necesito mar,  
como el objeto  
precisa su perfil.

Indefinido estoy sin tu presencia,  
orilla de mi orilla,  
raíz de mi raíz.  
Sin ti, río sin madre  
soy que tierra bebe  
como una mancha absurda sin destino.

Mi perfil es el mar:  
Te necesito.  
Mis ojos se hacen sa' por recordarte,  
y cuando te recuerdan  
se hacen agua de mar  
por alcanzarte.

### II

Está lejos la tierra,  
estoy cerca del mar:  
hoy deseo la arcilla,  
ayer lloré la sal.

El viento que se aleja mar adentro  
¿dónde irá?  
La tierra que se oculta a mi mirada  
¿dónde está?

Hoy deseo la arcilla,  
ayer lloré la sal.

La vida que se acerca por tu sangre  
¿dónde está?

Mi vida con tu vida navegando  
¿dónde irá?

Está lejos la tierra,  
estoy cerca del mar.

### III

Perder cuando se ama es encontrar definitivamente:  
Recuperarte, sí, recuperar  
es un hallazgo firme en el deseo.

Encontrarte de nuevo  
tan imposible como te he soñado  
desde mi posición en altamar

¿La tierra? ¿El mar?  
Arista.  
Sombra que se dilata a' pasar de los faros:  
perfil inquieto, sí,  
pero ¡perfil!

Miradme así:  
Raíz sobre una ola  
que no encontró el camino  
de su propia raíz,  
rodeada de océano asombrado.  
La tierra allí.

¿La tierra? ¿El mar?  
Arista.  
Una línea que diga: tú terminas aquí  
y aquí comienza el mar  
y ésta es tu orilla,  
como un espejo en el que te miraras.

Ese cabo deforme es mi nariz  
y este golfo es mi boca  
y esa laguna oscura  
el ojo  
con que me estoy mirando.

Retrato sin medida.

¿La tierra? ¿El mar?  
Arista.  
Perfil de mi perfil  
recuperado.

J. CARMONA BLANCO



# "La C.N.T. en la Revolución española"

Está terminado y próximo a aparecer el tercer y último volumen de esta importantísima obra, en la que el compañero José Peirats se ha esforzado en establecer la verdad histórica en torno a la participación de la C.N.T. en la Revolución española iniciada el 19 de julio de 1936.

Debido al más elevado coste del papel y de la mano de obra, a pesar de nuestro firme propósito de evitar todo aumento de precio, nos vemos obligados a elevar de cincuenta francos el valor del tomo III. Así pues, este se venderá a 750 francos, precio de venta, con el acostumbrado descuento de 10 % a paqueteros y correspondientes.

Para aquellos lectores que quieran contribuir a ayudarnos a hacer frente a los pagos apremiantes de la edición, haremos como para los volúmenes precedentes, condiciones especiales.

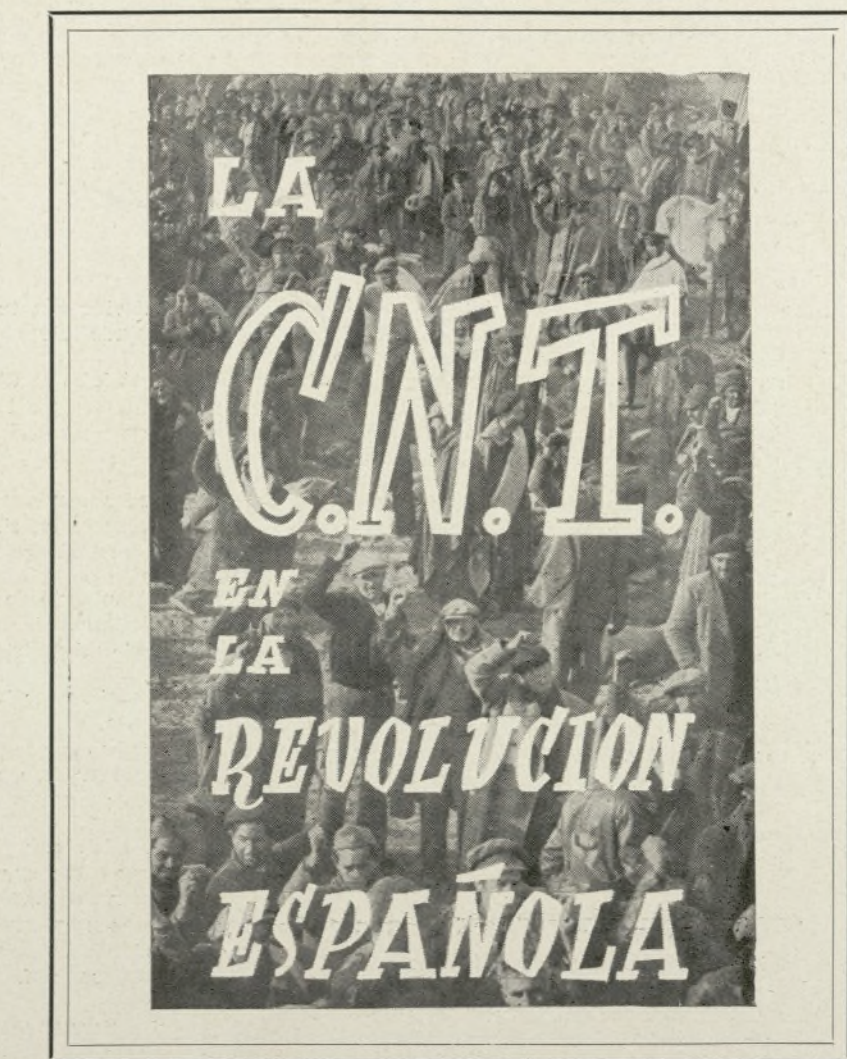
Todos aquellos que envíen ya desde este momento el valor del tomo III, lo recibirán a su aparición al precio de 650 fr. Para la buena marcha administrativa, rogamos a todos cuantos envíen el pago anticipado, especifiquen bien claro en el dorso del mandat: Para pago del tomo III de «La C.N.T. en la Revolución Española».

\*\*\*

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C.N.T. en la Revolución Española», libro escrito con profunda objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el II tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, pronto a ponerse a la venta:



Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incau-

tación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXV. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVI. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVII. — El último baluarte.

Capítulo XXXVIII. — ¡Ay del vencido!

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)